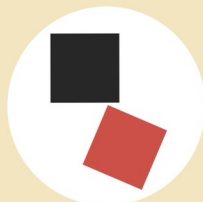




LENIN, LOS CAMPEBINOS Y TAYLOR



EDICIONES
DOS CUADRADOS



Granja colectivizada (Koljós) en 1923

LENIN, LOS CAMPESINOS Y TAYLOR

Ensayo de análisis histórico-materialista sobre el
nacimiento del sistema de producción soviético

ROBERT LINHART

Traducción y edición:
2CUADRADOS.

Primera edición en francés: 1976

Título original en francés: *Lénine, les paysans*, Taylor

Impreso en Madrid, Estado español

Primera edición

Enero de 2024

Web: www.doscuaadrados.es

Twitter: @2Cuadrados

Instagram: @2_cuadrados

Índice

Introducción: El amor a la vida	5
I. Lenin y los campesinos	19
1. El movimiento de masas	21
2. El hambre	31
3. El odio	48
4. La Revolución Cultural	60
II. Lenin y Taylor	71
1. ¿Qué es el sistema Taylor?	73
2. Límites de la crítica de Lenin a Taylor antes de la Revolución de Octubre	80
3. La complejidad de la posición «tayloriana» de Lenin en 1918	100
4. Los ferrocarriles: el surgimiento de la ideología soviética del proceso de trabajo	112
5. Los «sábados» comunistas	133
6. El proletariado desaparecido	146
Anexos: Textos de Lenin (1923)	169
Sobre las cooperativas	171
Nuestra revolución	180
Más vale poco y bueno	185

Introducción

El amor a la vida

«Los hombres no siempre morirán en silencio».
John Maynard Keynes, 1919.

Un hombre vaga por la inmensidad helada del Lejano Norte de Canadá, hambriento y agotado. Está perdido, su compañero ha muerto: intenta llegar a la costa.

Un lobo le sigue. Pero es un lobo enfermo, casi tanto como él, y no se atreve a atacarle mientras parece que aún le quedan fuerzas.

Finalmente, el hombre, incapaz de dar un paso más, cae al suelo. El lobo, pensando que había llegado el momento, se acerca e intenta hundir sus colmillos en la carne del hombre. Pero él mismo está tan debilitado por la enfermedad que no puede cerrar las fauces sobre su presa. El hombre tiene entonces un último suspiro: muerde al lobo y la energía de la desesperación es tal que sus dientes abren una herida en la bestia, de la que bebe la sangre. Este alimento le da fuerzas para seguir caminando. Finalmente llega a la costa, donde un barco lo acoge. Una vez a bordo, marcado por su larga prueba, siempre teme pasar hambre; acumula y devora sin cansarse todas las galletas que puede reunir, hasta el punto de volverse obeso...

Este relato corto de Jack London se titula *El amor a la vida*. Fue el último texto que Lenin leyó, dos días antes de su muerte, en enero de 1924. A Lenin le gustaba mucho este cuento. Murió con esta imagen de una lucha final y atroz entre un hombre hambriento y un lobo enfermo. En un momento en que la joven República Soviética, agotada pero temporalmente victoriosa, se instalaba en la NEP («Nueva Política Económica», adoptada en 1921, poco después del final de la guerra civil).

Catorce estados imperialistas, aliados con las fuerzas reaccionarias rusas, han pasado tres años intentando destrozarse la Rusia incruenta donde el proletariado, mediante la revolución de octubre, fundó su Estado. Pero estas bestias están ellas mismas demasiado enfermas para cerrar comple-

tamente sus colmillos: la guerra mundial, que desangra Europa desde 1914, las ha agotado; su población está repleta de sufrimientos; su clase obrera está exhausta y hostil a esta operación de policía contrarrevolucionaria, que prolonga la interminable carnicería. Motines, huelgas y revueltas debilitaron la intervención, que la tenaz resistencia del joven Estado acabó por repeler. De esta lucha cuerpo a cuerpo surgió una formación soviética profundamente marcada por las condiciones mismas de su nacimiento, por el calvario de la guerra y el hambre.

A principios del siglo XX, la Europa imperialista, que había sumido a la mayor parte del mundo en una terrible noche colonial, se estaba convirtiendo ella misma en un campo de batalla.

¿Quién contará la historia de esta gigantesca máquina de opresión mundial, sobre la que flotó la «Belle Époque» europea de famosas cortesanas y los primeros automóviles? ¿Quién hablará de los cientos de millones de esclavos en Asia, África y América Latina? ¿Los coolies¹ que caían como moscas? ¿Los negros exterminados en masa para construir las grandes líneas ferroviarias africanas? ¿Los campos de trabajos forzados y las plantaciones de Indonesia e Indochina? ¿Los millones de muertos desconocidos que cayeron sin identidad: «indígenas»? ¿Civilizaciones engullidas, absorbidas por la noche? - Ni siquiera como para ganar un Premio Nobel... De masacre en masacre, el reparto del botín acabó en carnicería: después de 1914, Europa, atiborrada de sangre, se sumió en la barbarie.

1914-1920: surge un nuevo mundo. La primera dictadura proletaria duradera. Pero también el comienzo de las formas más sofisticadas de dictadura burguesa: las dos se enfrentan en Europa y entran en un proceso de lucha e interacción. Y, en el resto del mundo, el comienzo de una era de levantamientos contra el imperialismo y guerras de liberación nacional. "Las salvas de la Revolución de Octubre nos trajeron el marxismo-leninismo", dijo Mao Tse-tung, refiriéndose a la época en que los pueblos

¹ Culi, culí o coolie fue el apelativo utilizado para designar a los cargadores y trabajadores con escasa cualificación procedentes de la India, China y otros países asiáticos. También se utilizó para nombrar a los emigrantes de esos países que eran contratados en las colonias europeas o en los países americanos.

que buscaban su propio camino de resistencia a la opresión colonial percibieron la Revolución de Octubre como el primer golpe decisivo al sistema mundial de dominación por el gran capital. Los primeros destellos del alba. La brutal transformación de Europa en esta época tiene a la vez profundos antagonismos y características globales. Si, para tipos de formaciones sociales similares o comparables, existe en cada época un nivel global y un sistema dado de técnicas *productivas*, existe también un nivel dado y un sistema dado de técnicas *estatales* y de medios de ejercicio del poder -empezando por su forma más radical: la guerra.

De la lucha europea surgieron la Unión Soviética, Lenin, el Ejército Rojo y Stalin.

Pero también surgieron el cabo Adolf Hitler, el sargento Doriot y el general Pétain. Y conocemos el papel que desempeñaron más tarde las asociaciones de veteranos, los embrionarios cuerpos francos, los primeros grupos fascistas y las organizaciones nazis. Los principios del Estado francés de Vichy -la estructura misma del Estado francés «moderno»- empezaron a tomar forma en esa época.

El salvajismo de la Primera Guerra Mundial y la crisis profunda del imperialismo plantearon de forma nueva en todos los países de Europa las cuestiones fundamentales de la organización social, de la simple supervivencia -y del sistema productivo y estatal.

El economista inglés John Maynard Keynes, que más tarde se hizo famoso por inspirar las nuevas políticas económicas de los Estados capitalistas sacudidos por la Gran Depresión de 1929, también estaba marcado por la experiencia de la Primera Guerra Mundial: formó parte de la delegación británica en la Conferencia de Paz que dio lugar al Tratado de Versalles. Escribió en 1919:

"Antes de la guerra, [Europa] se mantenía a sí misma más que adecuadamente, mediante una organización delicada y extremadamente complicada basada en el carbón, el hierro y el transporte. Como consecuencia de la destrucción de esta organización y de la interrupción de las importaciones, una parte de esta población se ve privada de medios de subsistencia.

[...] El peligro que nos amenaza es, pues, la caída de las condiciones de vida de los pueblos europeos hasta un punto (punto ya alcanzado en Rusia y también

en Austria) que, para algunos, será una verdadera hambruna. Los hombres no siempre morirán tranquilamente: pues la inanición, que provoca el letargo y la desesperación impotente, sume a ciertos temperamentos en la agitación nerviosa de la histeria y la desesperación más furiosa. Estas personas, en su angustia, podrían derribar lo que queda de organización y aplastar la civilización bajo su deseo de satisfacer sus pasiones abrumadoras. Contra semejante peligro, debemos unir todos nuestros recursos, todo nuestro valor, todo nuestro idealismo".²

Apreciarán el tono mojigato del distinguido economista: ¡como si correspondiera a un representante de la City -y del «mundo de los negocios» capitalista que había llevado a Europa a la masacre- dar lecciones de buena conducta a los pueblos exasperados! Para defender la «civilización», la Europa capitalista no movilizó su «idealismo», sino todos los recursos de su militarismo: Pétain, Weygand, Noske, Koltchak y Denikin, los Corps Francs, los Ejércitos Blancos, las tropas coloniales, los tribunales militares y las prisiones, las ejecuciones sumarias y las masacres.

Hablemos de Francia. Pétain se curtió como estadista burgués en la tormenta del 14-18. Fue en 1917, ante la sublevación de los proletarios de uniforme que, asqueados por las inútiles ofensivas, se amotinaron en masa, cuando definió *los principios sistemáticos del Estado burgués autoritario*, que volvería a encarnar de 1940 a 1944 bajo la ocupación alemana y con el apoyo de Hitler. En un informe de 1925 titulado «La crisis moral y militar de 1917», reiteró y exaltó su política fascista *avant la lettre*:

“En cuanto los disturbios se extendieron a las Fuerzas Armadas, se organizó allí una estrecha vigilancia de los elementos dudosos, que se está extendiendo a todo el país [...]. No es necesario ocultar que el peligro procede principalmente de la retaguardia, y el Comandante en Jefe desea obtener del Gobierno un esfuerzo paralelo al suyo, para extinguir en el país los focos de infección que son perfectamente evidentes”.

[La carta del 2 de junio de 1917] enumera las medidas que debe tomar el gobierno:

a) supervisar y frenar las organizaciones internas que se esfuerzan por inculcar la indisciplina en el ejército y llevarlo a la revuelta [...];

² J. M. Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, París, 1920, p. 184-185.

b) **controlar y dirigir la prensa**; prohibirle que critique al mando [...]. Obtener discreción sobre la revolución rusa, las huelgas en Francia, la cuestión de la paz [...];

c) **examinar sin demora los expedientes de condenas a muerte presentados al jefe del Estado** [...];

d) devolver al sur de Argelia y Túnez los talleres para presidiarios y parias, las compañías de obreros búlgaros, los destacamentos de obreros nativos indisciplinados, verdaderos focos de desmoralización [...]"³

Un programa de dictadura abiertamente terrorista por parte de la burguesía, amenazada aún más por los levantamientos proletarios que por la guerra interimperialista. La represión de 1917 fue el embrión del sistema de dictadura que la burguesía instauraría bajo la dirección de Pétain, que había llegado al poder como consecuencia de la invasión nazi. El Estado y el sistema administrativo contruidos entonces se mantuvieron en lo esencial mucho después de la *Liberación* y de la «purga» superficial, hasta nuestros días.⁴

³ Pétain, *La crisis moral y militar de 1917*, París, 1966, p. 106-108.

⁴ Sabemos que muchos de los componentes de la organización administrativa y profesional de la Francia actual se remontan a la época de Vichy. La muy reaccionaria "*Ordre des Médecins*", creada bajo Pétain, defiende su existencia y su ideología con la implacabilidad que todos conocemos. El sistema estadístico actual fue creado esencialmente por la administración Pétain.

Véase el libro del historiador estadounidense Robert O. Paxton, *La France de Vichy* (París, 1974), que ofrece un análisis detallado del importante papel desempeñado por el periodo pétainista en la «modernización» del Estado francés y del aparato productivo. Véase el capítulo "*Bilan: l'héritage de Vichy*", pp. 309-332, en particular pp. 325-326: "*Es en la administración pública, en la modernización y en la planificación económica donde se perpetúan más claramente las medidas –y el personal– de Vichy. [...] La evolución que observamos de 1940 a 1944 –abandono de las concepciones tradicionalistas en favor de una gestión especializada y de una modernización planificada– corresponde a tendencias políticas y económicas a largo plazo*". Y, p. 332: "*Fue entonces [bajo Vichy] cuando una generación de técnicos y jefes adquirió una nueva experiencia y un nuevo poder*".

El Estado francés de Giscard y Poniatowski, de la cárcel de Toul, de la masacre de presos de julio de 1974, de las ratonnades⁵, las palizas, los secuestros en la cárcel clandestina de Arenc, de las milicias antiobreras de Sochaux y otros lugares, de la batalla de Argel, del «gégène»⁶, de Massu y Bigeard. ... es también heredera de Vichy y, aún más atrás, de los experimentos de condicionamiento y control de la población en 1917, en plena Primera Guerra Mundial.

Algunos intentaron volver a poner de moda la socialdemocracia y las corrientes «socialistas» antibolcheviques de la época. Sin embargo, los dirigentes obreros que traicionaron la causa del proletariado en 1914-1918 y se adhirieron más o menos abiertamente a la «unión sagrada» preconizada por la burguesía fueron directamente responsables de este giro de los acontecimientos. El sindicalista Merrheim optó por obstaculizar el naciente movimiento proletario "para evitar una paz de Brest-Litovsk para Francia".⁷ Es cierto que Francia no tuvo una paz de Brest-Litovsk en 1917-1918. Pero sí tuvo la represión sangrienta, primero, de los motines en el ejército y la flota, de las huelgas obreras; del paro y la miseria obrera de los años 30; de la continuación y el agravamiento de la explotación terrorista de las colonias; de la ocupación nazi, de la Rue Lauriston, de las guerras colonia-

⁵ Hace referencia a la **masacre de París del 17 de octubre de 1961**. Conllevó la represión sangrienta de una manifestación de argelinos ocurrida en París, Francia, durante la Guerra de Independencia de Argelia. La represión de la policía parisina, entonces dirigida por Maurice Papon, contra la población argelina de la región parisina duró todo el otoño de 1961.

⁶ Generador para tortura eléctrica.

⁷ Véase Philippe Bernard, *La Fin d'un monde*, 1914-1929, París, 1975, p. 99: "[En 1918], aprovechando el descontento provocado por la retirada de los especialistas de las clases más jóvenes, que eran sustituidos en las fábricas por trabajadores extranjeros, una minoría sindical creyó posible crear un movimiento a la vez derrotista y revolucionario, similar al que se había producido en Rusia: ésta es [...] la impresión que nos da la forma en que se desarrollaron los acontecimientos, especialmente en la región de Saint-Étienne [...]. En este caso, Clemenceau recibió la ayuda de Merrheim, el líder del Comité de defensa sindicalista [...]. Merrheim nunca se había adherido a las tesis del derrotismo revolucionario: "No queríamos someter a Francia a la paz de Brest-Litovsk", dijo en el Congreso de la CGT de 1919, para justificar su conducta de entonces."

les en África y Asia, de la tortura, de la OAS, de la cretinización burguesa, del *Parisien libéré*, y Guy Lux....

Tiempos despiadados: la implacabilidad del cuerpo a cuerpo funcionó como un proceso de selección de especies. En ambos bandos. En el campo burgués: los primeros experimentos de capitalismo de Estado con el racionamiento y la subordinación de la industria a las tareas militares; la transformación de los métodos políticos y los embriones del fascismo; los inicios del pensamiento keynesiano... En las filas de los trabajadores, todo lo que había sido oportunismo antes de 1914 apareció, a la luz de los años de la guerra, como traición abierta; los matices se convirtieron en abismos: la bancarrota del sindicalismo y de la II Internacional.

En el campo proletario, cualquier error político en la estrategia y la táctica de la insurrección es fatídico. Los proletarios alemanes, húngaros e italianos tuvieron una sangrienta experiencia de ello.

El programa de los espartaquistas alemanes, publicado en enero de 1919, tras el comienzo de la insurrección del 9 de noviembre de 1918, declaraba:

"La revolución proletaria no implica el terror en sus objetivos [...]. No necesita derramamiento de sangre, porque no ataca a seres humanos, sino a instituciones y cosas".

Pocos días después, la insurrección proletaria se ahogó en sangre y Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, que habían escrito estas líneas, fueron masacrados por el ejército alemán por orden de un gobierno «socialdemócrata».

Béla Kun pensaba que estaba «más a la izquierda» que Lenin, sobre todo con su política agraria, al rechazar el reparto de tierras y pretender transformar directamente las grandes propiedades señoriales húngaras en granjas estatales. No contó con el apoyo del campesinado y la República Húngara de los Consejos se hundió tras una breve existencia de 133 días y una heroica resistencia a las tropas imperialistas (incluidas las fuerzas francesas del general Franchet d'Espérey, que había venido a luchar contra el bolchevismo y a «salvar la civilización», como su colega Weygand al año siguiente en Varsovia). La socialdemocracia húngara, en cuyos compromisos había depositado su confianza Béla Kun, traicionó la revolución,

entregó el país a las tropas rumanas, francesas y de otros países, y allanó el camino al terror fascista del regente Horthy.

La tormenta de motines e insurrecciones se extendió por toda Europa. Pero sólo el Estado soviético emergió y se mantuvo en el bando proletario. En sí mismas, las condiciones extraordinariamente difíciles del nacimiento de la primera dictadura duradera del proletariado *ya constituían un límite*.

A todos aquellos que, haciendo caso omiso de las terribles condiciones de la formación del primer Estado proletario, condiciones impuestas por la barbarie imperialista, pretenden juzgarlo como una encarnación pura de la «idea marxista» (o de la «idea leninista»), imaginamos que les preguntan: "¿Qué querían que hiciera? Y ellos responden: ¡Que se murieran!"

No tiene sentido hablar de la política de Lenin y de la formación de la Unión Soviética sin analizar las condiciones concretas -condiciones que, por otra parte, produjeron nuevas formas de dictadura burguesa en toda Europa.

Volvamos de nuevo a Keynes, de quien no se puede sospechar que simpatizara con el bolchevismo. En sus *Consecuencias económicas de la paz*, continúa su cuadro de la miseria europea al final de la Primera Guerra Mundial hablando de *Rusia, Hungría y Austria*:

"Allí, los males de la existencia y la descomposición de la sociedad son tan conocidos que no es necesario analizarlos. Estos países [...] son un ejemplo vivo de cuánto sufrimiento puede soportar el hombre y hasta dónde puede caer la sociedad [...]. La productividad física y la resistencia a las enfermedades disminuyen poco a poco, pero la vida sigue como puede hasta que finalmente se alcanzan los límites de la resistencia y los consejos de la desesperación y la locura sacan a los que sufren del letargo que precede a la crisis. Entonces el hombre se inquieta y se rompen los lazos de la costumbre. El poder de las ideas es soberano. El hombre escucha todas las sugerencias de esperanza, ilusión y venganza que le trae el viento. En el momento de escribir estas líneas, el bolchevismo ruso parece,

al menos por el momento, consumido, y los pueblos de Europa central y oriental están sumidos en un espantoso letargo".⁸

De hecho, la Rusia soviética, que en el verano de 1918 había sido reducida por sus enemigos al tamaño del Gran Ducado de Moscovia, y que en 1919 estaba asolada por el hambre, el frío y el tifus, sitiada por tropas invasoras y por los ejércitos blancos de Kolchak y Denikin, parecía estar al límite de sus fuerzas. Un discurso pronunciado por Lenin el 4 de junio de 1918 (*Informe sobre la lucha contra el hambre*) describía la gravedad de la situación en términos similares a los de Keynes al año siguiente:

"En todas partes, tanto en los países beligerantes como en los neutrales, la guerra, la guerra imperialista entre los dos grupos de buitres gigantes, ha llevado al agotamiento total de las fuerzas productivas. La ruina y la miseria han llegado al punto de que en los países más avanzados, civilizados y cultos, que no conocen el hambre desde hace decenios, sino incluso desde hace cientos de años, la guerra ha provocado hambrunas en el sentido más verdadero y literal de la palabra [...]. Alemania y Austria, por ejemplo, por no hablar de los países vencidos y esclavizados, padecen hambre, la más real de las hambrunas [...]. Ahora que todos los medios de producción se ponen al servicio de la guerra, las más oscuras predicciones se cumplen ante nuestros ojos, y vemos que el retorno a la barbarie, el hambre y la decadencia general de todas las fuerzas productivas golpean a un número cada vez mayor de países.

Ahora tenemos que resolver la cuestión más básica a la que se enfrenta toda comunidad humana: la superación del hambre"...⁹

«Resolver la cuestión más básica de cualquier comunidad humana». Surgida de una Europa devastada, la economía soviética nació y tomó forma como *un modo de resolver las cuestiones más básicas de la supervivencia*: la alimentación, la calefacción y la producción de los objetos más esenciales para la existencia humana. Desde el principio, esta economía dependió de los fenómenos naturales (así como de las catástrofes imputables a la acción humana); estuvo marcada por el ritmo de las estaciones, el ciclo de las labores agrícolas (arar, sembrar, cosechar), la cuestión de los transpor-

⁸ Op. cit., p 200-201.

⁹ *Obras completas*, vol. 27, pp. 447, 448 y 451.

tes y las comunicaciones esenciales, los embates del frío y las dificultades particulares del invierno, la búsqueda de combustible, la resistencia a las epidemias... Cuando, en diciembre de 1919, en la VIII Conferencia del PC(b)R, Lenin enumeró y analizó los principales problemas del momento, quedó claro hasta qué punto estaban en juego las condiciones fundamentales de la simple supervivencia:

"El problema del abastecimiento es la raíz de todos los problemas [...]. Otro problema esencial es el del combustible [...]. La madera debe salvarnos [...].

Nuestra tercera tarea es luchar contra los parásitos que transmiten el tifus exantemático. Este tifus, en una población minada por el hambre, enferma, privada de pan, jabón y combustible, puede degenerar en una calamidad que nos impida completar cualquier edificio socialista.

Este es el primer paso de nuestra lucha por la cultura, y es una lucha por la existencia."¹⁰

Cereales, pan, madera, arado, convoyes de suministros y combustible... Se sucedían consignas de emergencia de rigurosa sencillez: «Todo por los suministros», «Todo por la cosecha», «Todo por el combustible», «Todo por el transporte». De un frente vital a otro, sin descanso. Al mismo tiempo, la guerra movilizaba las fuerzas del nuevo Estado en una frontera provisional y luego en otra («¡Todos contra Koltchak!», «¡Todos contra Denikin!»). El marco de la política de Lenin -y del sistema económico que tomó forma en estas condiciones de encarnizada lucha de clases- estaba ahí. Pero, al mismo tiempo, se trata de una formación ideológica específica (el bolchevismo, el marxismo revolucionario en las condiciones de la Revolución Rusa) que entra en un proceso contradictorio de fusión con la realidad y, por tanto, de transformación. Una concepción global del movimiento de masas, de la revolución, de la clase obrera, del campesinado, de los intelectuales, del imperialismo, del socialismo, del trabajo, de la técnica, etc., es puesta a prueba por los hechos, aplicada, transformada, en parte mantenida, en parte abandonada. Algunas ideas funcionan como puntos de referencia, otras como límites explícitos, otras (que ahora se nos aparecen a la luz de más de medio siglo de desarrollo histórico) como lími-

¹⁰ O.C. t. 30, p. 185-187.

tes implícitos, no percibidos a primera vista, no percibidos, por tanto, en su momento.

En la actual coyuntura histórica e ideológica, hay una serie de factores que hacen urgente analizar y evaluar críticamente tanto el leninismo como etapa históricamente determinada en el desarrollo del marxismo revolucionario, como la experiencia histórica de la Unión Soviética como formación social concreta. He aquí cuatro que me parecen esenciales desde este punto de vista:

1. *La aparición del revisionismo en la URSS*; el proceso de restauración del capitalismo; la transformación del primer Estado proletario duradero en instrumento de dominación de una burguesía imperialista (Checoslovaquia, India, etc.).

Plantear la cuestión de las raíces del revisionismo es también necesariamente cuestionar los límites de la Revolución de Octubre y de las luchas de clases que la precedieron y siguieron, así como los límites subjetivos del bolchevismo y del pensamiento de Lenin.

2. *La Revolución Cultural en China* y, desde antes de 1965, la nueva forma en que el *pensamiento de Mao Tsetung* y el desarrollo de las luchas revolucionarias del pueblo chino permitieron plantear un cierto número de cuestiones fundamentales sobre la revolución y la *transformación socialista* de la sociedad: línea de masas, tratamiento dialéctico de las contradicciones fundamentales (ciudad-campo, agricultura-industria, trabajo manual-trabajo intelectual), teoría y práctica de la revolución ininterrumpida y por etapas, transformaciones revolucionarias en la esfera de la ideología, teoría y práctica de la revolución bajo la dictadura del proletariado, crítica de masas al revisionismo, etc.

3. Desde 1968, *la descomposición del «izquierdismo» en Francia* ha dado lugar a toda una serie de ataques ideológicos contra Lenin, el marxismo-leninismo y los principios fundamentales de la dictadura del proletariado. Los ideólogos «modernos», enarbolando diversas banderas («deseo», «espontaneísmo», «antiautoritarismo», e incluso, para algunos, un pseudo «maoísmo» que nada tiene que ver con el pensamiento de Mao Tsetung), adoptan, con respecto a Lenin y a los inicios de la dictadura del proletariado en Rusia, la posición de odio de clase que siempre han man-

tenido la burguesía y las fuerzas reaccionarias frente a la revolución proletaria. Exhumando viejos sofismas y calumnias acumulados a lo largo de los años por los secuaces de los escribanos del capital, esta gente se apresura a actualizarlos, conservando lo esencial: la tergiversación de la realidad histórica, la inversión de las responsabilidades, la retórica vacía, el subjetivismo y el idealismo. Insisten en presentar el bolchevismo como una variante del pensamiento burgués y de la política burguesa, caricaturizando a Lenin como un «golpista» y un «autócrata», en desafío a la realidad histórica. A través de Lenin y la experiencia histórica de Octubre, atacan el principio mismo de la revolución y de la dictadura del proletariado. Bajo el pretexto del «derecho a la rebelión», niegan el derecho de las masas oprimidas a rebelarse y establecer su dictadura sobre los explotadores. Es importante refutar estas campañas de calumnias contra Lenin y la Revolución de Octubre para emprender un auténtico análisis crítico del leninismo y de la experiencia soviética, a la luz de los hechos y desde el punto de vista del materialismo histórico.

4. *La crisis económica mundial y los esfuerzos de los pueblos del Tercer Mundo* comprometidos en la lucha contra la dominación imperialista para industrializarse y construir una economía independiente exigen también un análisis detallado y, en la medida de lo posible, una evaluación de la experiencia de la URSS y de las características específicas del pensamiento de Lenin y de la ideología bolchevique en el ámbito de la política económica y de la transformación de los procesos de producción y de trabajo. Cuestiones tan candentes hoy como la de la «transferencia tecnológica», la elección de los métodos de producción y la transformación de las estructuras agrarias, pueden recibir elementos importantes de un debate de este tipo.

Todo pensamiento tiene sus límites. Ninguno puede encarnar una verdad absoluta, fuera del tiempo y de la realidad histórica. El de Lenin no fue una excepción. Toda formación social tiene también sus límites, que tienen que ver con las condiciones concretas de su surgimiento, las relaciones que mantiene con otras formaciones sociales, el nivel alcanzado por las fuerzas productivas de su época, etc.

El objetivo del presente trabajo es intentar un análisis histórico materialista de las medidas concretas y de la ideología de Lenin y del partido bolchevique en el terreno de la organización económica. Me he limitado aquí a dos conjuntos de problemas que me parecen esenciales en la medida en que conciernen directamente a las dos clases fundamentales de productores directos y han contribuido, más que otros problemas (a veces más espectaculares), a dar a la Unión Soviética su fisonomía y su profunda estructura:

- *la política agraria* (es decir, las relaciones con el campesinado);
- *la política de organización del trabajo industrial* (es decir, uno de los aspectos esenciales de las relaciones con la clase obrera).

Como veremos, ambas están estrechamente entrelazadas en varios puntos.

No pretendo ser historiador, ni siquiera presentar una reflexión de *conjunto* o un resumen de la revolución soviética.¹¹

El objetivo es más bien investigar algunos puntos clave. De ahí el carácter deliberadamente discontinuo de este trabajo, detallado en algunas cuestiones y elíptico en otras. Podría considerarse, si se quiere, como un intento de «acupuntura teórica».

Explorar ciertos límites de la Revolución rusa y del pensamiento de Lenin. No para cerrar la brecha, sino para ampliarla. No para abandonar el camino abierto -el camino de la revolución proletaria- sino para llevarlo más lejos.

¹¹ La obra histórica fundamental de E.H. Carr, *La revolución bolchevique*, había permanecido durante mucho tiempo sin traducir al francés: ahora se ha colmado esta laguna.

Charles Bettelheim también ha emprendido un análisis exhaustivo, desde el punto de vista del materialismo histórico, de los procesos de la lucha de clases en la formación social soviética y su desarrollo. Se ha publicado el primer volumen, que abarca el período 1917-1923 (Charles Bettelheim, *Les Luites de classes en URSS, première période*, París, 1974); en breve aparecerá un segundo volumen, dedicado esencialmente al período de la NEP. Sólo podemos aconsejar al lector que se remita a estas dos obras básicas para obtener una visión más exhaustiva de las cuestiones que aquí se abordan.

En un texto escrito el 14 de octubre de 1921, *con motivo del 4º aniversario de la Revolución de Octubre*, Lenin dijo:

"Esta primera victoria no es aún la victoria definitiva (...) Nosotros hemos empezado la obra. Poco importa saber cuándo, en qué plazo y en qué nación culminarán los proletarios esta obra. *Lo esencial es que se ha roto el hielo, que se ha abierto el camino, que se ha indicado la dirección.*"¹²

¹² *Obras Completas*, tomo 44, Editorial Progreso, Moscú, 1981, pp. 144-152; ver también p. 485.

PRIMERA PARTE

LENIN Y LOS CAMPESINOS

Capítulo 1.

El movimiento de masas

*¡El virgen, el vivaz y bello día de hoy
Da un aletazo ebrio va a desgarrarnos este
Lago duro olvidado que persigue debajo de la escarcha
El glaciar transparente de los vuelos no huidos!*
Mallarme

Todo cuenta en el ciclo del trabajo agrícola. Pero es a finales de octubre cuando el mundo se reconstruye. La cosecha ha terminado y la tierra vuelve a estar disponible, inmensa e indiferenciada. Todo tiene que empezar de nuevo. ¿Pero cómo? ¿Quién arará qué? La revolución de febrero de 1917 aún no había cambiado gran cosa en el campo: pero sí había planteado la cuestión.

Hay propiedad legal, hay posesión, hay usufructo, tenencia, etcétera. Aquí la tierra pertenecía al zar, allí a la Iglesia, allá al señor, en otros lugares a la comunidad rural (el *mir*); otras tierras pertenecían a campesinos particulares. La «cuestión agraria», como suele decirse, es «compleja»...

Pero de repente, en el otoño de 1917, cada campesino sintió que el verdadero momento de apropiación de la tierra, el acto más profundo de apropiación, era cuando la reja del arado, rompiendo la tierra para una nueva arada, inauguraba un nuevo año de trabajo y producción. Y aquí llega.

Desde el derrocamiento del zar, el destino de las tierras ha sido objeto de debate durante meses. ¿Cómo repartir las tierras señoriales, codiciadas desde hace siglos por la masa campesina? ¿Hay que esperar a que se forme la Asamblea Constituyente? ¿Hay que indemnizar a los terratenientes o no? ¿Qué instituciones del campo se encargarían del reparto? Allá, en las tumultuosas asambleas de la ciudad, los planes circulan y chocan. Y no se hace nada. Y ahora llega el otoño. ¿Permanecerá el pueblo en silencio? En el campo se tiene la sensación de que éste es un momento decisivo. ¿Se

permitirá a los terratenientes arar y sembrar sus tierras a su antojo, como hacen todos los años? ¿Se les permitirá talar la madera, las inmensas reservas de materiales y combustible que han acumulado en los bosques? ¿Volverán a alejarse respetuosamente de las tierras más ricas y ararán el suelo pedregoso de su propia parcela?

Sí, es ahora cuando todo entra en juego, en la época del arado. Ha llegado el momento en que cada propietario, cada poseedor del suelo, delimita su territorio, su tierra, durante un año. Esperar más, dejar pasar este momento, es dejar las cosas para otro año. ¿Y quién sabe dónde estaremos un año después? ¿Quién sabe lo que habrán planeado los terratenientes y sus aliados?

Impedir que los señores aren sus tierras, ararlas en su lugar –de inmediato– y talar su madera, es establecer un nuevo derecho. Los campesinos eran muy conscientes de que la tierra no podía darse por sentada. ¿Qué significa «tomar tierras»? Todo el mundo tiene claro que la tierra se queda donde está, ¡que no se la pueden llevar! Claro que se pueden llevar aperos de labranza, derribar vallas, quemar granjas y confiscar cosechas. Ha habido actos de pillaje de este tipo desde marzo de 1917. Pero son actos de pillaje: pueden explicarse y justificarse por el odio acumulado contra los señores, por los inmensos sufrimientos del pasado y la servidumbre aún reciente. Pero para la masa de los campesinos, estos actos no establecían un nuevo derecho; eran ajustes de cuentas al margen de la ley. Y a menudo, eran los «pobres» los que actuaban así, los campesinos sin tierra. Para otros campesinos, los «pobres» no son del todo verdaderos campesinos. Podemos entender sus actos de desesperación, pero esa no es la salida. No, la salida está en el acto de vivir, en el trabajo: ahí es donde se fundan los verdaderos derechos, en arar y sembrar, en esa larga marcha sin aliento en la que, surco tras surco, contra la tierra pesada y los escombros, el campesino fuerza el camino para la subsistencia del año siguiente.

Desde febrero-marzo de 1917, había enfrentamientos políticos en torno a la cuestión agraria: ¿nacionalización? ¿Reparto? Cada grupo tenía su propio programa, se acumulaban los proyectos de ley y los decretos, y los soviets se enfrentaban por los textos. Bolcheviques, mencheviques, socialistas-revolucionarios y cadetes se enfrentan. En el campo se habían

producido algunos «desórdenes», y las ideas se propagaban –y también había desertores que regresaban del frente, que agitaban en los pueblos y presionaban para la toma de tierras–. Pero en verano no se había conseguido nada decisivo y, aunque algo había madurado en la inmensidad del campo, seguía siendo sólo el progreso silencioso y subterráneo del pensamiento colectivo que iba tomando forma lentamente...

Y entonces, en agosto-septiembre-octubre de 1917, este pensamiento colectivo se condensó y una idea simple se apoderó del inmenso campesinado, una idea que iba a sacudir de nuevo a Rusia: ahora es el momento de actuar, a la hora de arar. Ahora nos toca a nosotros, los campesinos, apoderarnos de las tierras señoriales, marcarlas con nuestro trabajo y establecer así nuestros derechos.

Agosto-septiembre-octubre de 1917: en toda la vasta llanura rusa, las masas campesinas entran en acción, se apoderan de las tierras de los señores, prohíben por la fuerza las roturaciones ordenadas por los terratenientes, aran y siembran a su antojo y cortan leña en los bosques de los señores por su propia cuenta. *El movimiento campesino de masas se propuso resolver la «cuestión agraria» a su manera.* Era la «división negra». La Revolución se encontraba en un nuevo punto de inflexión: una vez más, todas las fuerzas sociales y políticas, todos los individuos que hasta entonces habían participado en la acción revolucionaria, eran puestos a prueba. ¿Qué actitud adoptarían ante el levantamiento campesino?

Este es el punto decisivo. Es la esencia misma de la Revolución lo que está en juego. ¿Quién decide cuándo una revolución es decisiva? ¿Un grupo de hombres decididos, o las súbitas transformaciones de la conciencia social, cuando millones de hombres entran repentinamente en acción? ¿Y cuál fue la naturaleza profunda de Octubre? ¿Un golpe de Estado o una revolución en el pleno sentido de la palabra?

Que toda la leyenda «antileninista», en su afán por describir –y denunciar– a un bolchevismo desvinculado del movimiento de masas y que perpetra un audaz golpe de Estado *por sorpresa*, no mencione el vínculo directo entre el levantamiento de octubre y el levantamiento de masas de los campesinos rusos es, en conjunto, fácil de entender. Cuando se repite que sólo los socialistas-revolucionarios, herederos de los populistas, esta-

ban vinculados a los campesinos, mientras que los bolcheviques actuaban como políticos burgueses, es obviamente difícil admitir que en el momento crucial en que se planteó *prácticamente* la cuestión de si apoyar o reprimir el movimiento revolucionario de masas de los campesinos, *sólo Lenin y el partido bolchevique se pusieron realmente del lado de los campesinos*. Ésta era la base real de la insurrección, desde el punto de vista del movimiento de masas.

Si Octubre tuvo lugar en Octubre, fue porque los campesinos rusos, al pasar a la acción en el momento de arar¹³, desafiaron al mismo tiempo a

¹³ En varias ocasiones se hará referencia al ciclo del trabajo agrario como uno de los determinantes del ritmo de la lucha de clases en el curso de la Revolución Rusa. Conviene, pues, dar algunas indicaciones sobre este calendario, que fue particularmente preciso y restrictivo en la Rusia europea.

El sistema de cultivo más extendido en vísperas de la Revolución en la Rusia europea era la rotación de cultivos de tres años (dos campos en cultivo y un tercero en barbecho, generalmente utilizado para el pastoreo). El cultivo de cereales más importante era el centeno, que se utilizaba para producir pan de consumo diario. También existen los cereales de invierno y de primavera (trigo), pero éstos desempeñan un papel secundario (pan blanco). En general, cuando hablamos de «cereales» en la Rusia de esta época, nos referimos principalmente al centeno. El centeno era un cultivo de invierno. Según las regiones, el arado y la siembra (simultánea) tenían lugar a finales de julio, agosto, septiembre -e incluso octubre en algunas regiones del sur del Chernozem-. La cosecha tenía lugar en junio, julio y agosto, también dependiendo de la región (los detalles del calendario para el centeno y otros cultivos pueden encontrarse en Michael Confino, *Systèmes agraires et Progrès agricole, l'assolement triennal en Russie aux XVIII e et XIX e siècles*, Paris-La Haye, 1969; para el centeno, véase en particular la p. 70).

El principal «período álgido» del trabajo agrícola era julio-agosto, a veces principios de septiembre. Existe un periodo de trabajo secundario - pero que puede llegar a ser crucial si la época de vacas flacas es difícil- en primavera (marzo-abril-mayo), cuando se aran y siembran los cultivos de primavera, también llamados «cultivos de verano». Los cultivos de primavera suelen recogerse casi al mismo tiempo que los de invierno, y las siembras de invierno también se realizan en fechas próximas. La brevedad del verano ruso y el rigor del frío aumentan la concentración del trabajo a realizar y hacen que el ciclo agrícola sea más exigente que en otros lugares. Los retrasos pueden ser catastróficos. Para los agricultores, el final del verano era un plazo decisivo. Michael Confino menciona el 2 de septiembre (fin del verano) y el 18 de septiembre (salida de las cigüeñas hacia el sur y

todas las fuerzas políticas a decidirse sobre la cuestión del poder de las masas, el poder en toda su dimensión. La única respuesta coherente, en esta situación de crisis aguda, fue la de los bolcheviques: insurrección armada contra el gobierno provisional, para salvar y proteger al movimiento de masas. Se ha argumentado cientos de veces que el programa agrario de los socialistas-revolucionarios había tenido más éxito en las asambleas campesinas que el de los bolcheviques, y que los bolcheviques lo habían adoptado tardíamente. Pero, ¿cuánto pesan los choques de textos en relación con las posiciones prácticas de los diversos partidos políticos en el momento decisivo del movimiento de masas? Si no hacemos justicia a Lenin y a los bolcheviques por su actitud ante el *Octubre Campesino*,

comienzo de la estación fría) - obra citada, p. 121 (hasta 1918, estas fechas llevaban 13 días de retraso con respecto al calendario europeo).

El repentino aumento de la tensión en el campo ruso durante el verano de 1917 frente a las tácticas dilatorias de los feudales y los partidos burgueses formaba parte de la percepción del tiempo por parte del campesinado. Fue entonces cuando despegó el movimiento campesino de masas, que se intensificó en otoño como resultado de su propia dinámica, reforzada en algunos lugares por las exigencias tardías del arado y la siembra de invierno (como en la provincia de Tambov, uno de los centros más activos de la «agitación campesina» e importante región productora de centeno en la «zona central de los chernozioms» - véase Lavrichchev, Geografía económica de la URSS, Moscú, 1960, p. 288).

Otro elemento «estacional» directamente vinculado al ciclo agrario reforzaba sin duda esta determinación: el recrudecimiento de las deserciones a medida que se acercaban las labores más importantes, con campesinos que abandonaban en masa el frente y el ejército para volver -ilegalmente- a ayudar en la cosecha y la siembra. Estos desertores, que ya eran proscritos, eran a menudo los partidarios más decididos y la fuerza motriz de las acciones ilegales en el campo, como la confiscación de tierras, la tala de árboles y el arado salvaje.

Ya a finales del siglo XIX, con el desarrollo del mercado y una cierta desestabilización de la población rural, se empezó a observar en Rusia una especie de pulso que cíclicamente devolvía al trabajo en el campo, en plenas paradas, a elementos del campesinado que se habían dispersado durante el año en diversas actividades, a veces en fábricas, a veces en otros lugares. (Cf. B. Kerblay, «*La réforme de 1861 et ses effets sur la vie rurale dans la province de Smolensk*», en *Le Statut des paysans libérés du servage*, colección presentada por R. Portal, París-La Haya, 1963, p. 282: "Engelgart cita el ejemplo de una familia compuesta por tres hermanos casados, dos de los cuales se marchaban en otoño y primavera para trabajar como peones, regresando cada año del 1 de julio al 1 de septiembre en plena faena agrícola").

no comprenderemos cuál era el alma –o la esencia– de la Revolución de Octubre, y el resto se convierte en palabrería. La cuestión es importante: merece ser debatida en detalle, aunque ello signifique argumentar hoy «contracorriente».

La leyenda es tenaz: los socialistas-revolucionarios, con sus raíces en el campo, defendían los intereses de los campesinos; los bolcheviques, que no sabían nada de esto pero veían la falta de éxito de su línea agraria, adoptaron el programa agrario de los eseristas, lo que les valió la efímera alianza del campesinado en el momento del golpe de Estado de octubre.

La realidad es otra. Hubo una especie de retroalimentación cruzada entre las revoluciones del 17 de febrero y del 17 de octubre. Al principio, en ausencia de un movimiento campesino de masas, los eseristas defendieron resueltamente una línea de reparto de tierras que parecía contar con la simpatía del mundo rural. Los bolcheviques vacilaron, y Lenin no ocultó sus dudas sobre el papel del campesinado en la Revolución. Luego, al estallar los «problemas» en el campo, los eseristas –que participaban en el gobierno prosoviético– se volvieron más tímidos, y luego francamente hostiles. Compartir, sí, decían ahora, pero dentro de la ley. No era cuestión de dejar que los campesinos lo hicieran por sí mismos: tenían que esperar a la Asamblea Constituyente. Los bolcheviques, en cambio, adoptaron el enfoque contrario: los campesinos tenían derecho a sublevarse y tomar las tierras sin esperar. Y como la voluntad de las masas empezaba a afirmarse en la práctica, los bolcheviques apoyaron el «proyecto de decreto» sobre la tierra que los eseristas habían presentado y que los diputados campesinos habían aprobado. Pero, paradójicamente, los eseristas, preocupados ya por el desarrollo de los movimientos espontáneos en el campo, sólo apoyan de boquilla su propio proyecto, en un momento en que los bolcheviques se convierten en sus ardientes propagandistas.

¿Oportunismo estos zigzags en la línea agraria de los bolcheviques? Sí, si imaginamos que una línea política puede deducirse de un cuerpo doctrinal y de un conjunto de definiciones establecidas desde el principio. No, si pensamos que la esencia de la revolución es el movimiento de masas, y que el movimiento de masas crea cosas nuevas. Si creemos que, en última instancia, sólo es relevante la actitud ante el movimiento de masas, la

tomaremos como principio rector, mucho más que la letra de los sucesivos «programas».

En abril de 1917, cuando Lenin había regresado para sacudir los dogmas de los «viejos bolcheviques» y llamar al Partido a poner en el orden del día la transición a la revolución social –la «transición a la acción» en pocas palabras, ¡inesperada porque había sido esperada durante tanto tiempo! –Vaciló en la cuestión agraria. El programa agrario de las «Tesis de abril» seguía siendo muy doctrinario: nacionalización, granjas modelo a gran escala en antiguas tierras señoriales, apoyándose esencialmente en los campesinos pobres, sin reparto. Pero lo esencial seguía ahí. Lenin sólo estaba relativamente interesado en los proyectos de ley agraria. Lo que él vigilaba *era el movimiento de masas de campesinos*: al final, ahí estaría lo esencial. Lenin lo expresó al mismo tiempo en sus *Cartas sobre la táctica*, escritas también en abril de 1917:

“Es posible que el campesinado tome toda la tierra y todo el poder [...]. Pero también es posible que suceda otra cosa: es posible que los campesinos sigan los consejos del partido pequeñoburgués eserista, influenciado por la burguesía y que se ha pasado a la posición defensista, que les aconseja esperar hasta la Asamblea Constituyente, ¡a pesar de que, hasta ahora, ni siquiera se ha fijado la fecha de su convocatoria!

*Son posibles muchas cosas [... Por el momento, existe una colaboración de clases entre el campesinado y la burguesía; R.L.]. Cuando este hecho deje de ser un hecho, cuando el campesinado se separe de la burguesía, tome la tierra, a pesar de ella, se adueñe del poder, contra ella, entonces ésta será una nueva etapa de la revolución democrática burguesa, de la que hablaremos aparte”.*¹⁴

La Revolución no empezó en el campo, eso es un hecho. Pero todo depende de eso. Hay que llamar a los campesinos para que tomen la tierra. Hay que llamar a los soldados para que ayuden a los campesinos en esta toma revolucionaria de la tierra. Ya en abril de 1917, Lenin adoptó esta posición de principio, y no vacilaría en ella: *lo esencial era liberar la iniciativa revolucionaria del campesinado. Lo esencial era que los propios campesinos resolvieran la cuestión de la tierra pasando a la acción.*

¹⁴ *Obras completas*, tomo 24, p 37-38.

En abril de 1917, el Partido Socialista Revolucionario adoptó la posición contraria. SR Chernov se convirtió en ministro de Agricultura del gobierno provisional de Kerensky, cuya política agraria apoyaba ahora, y en particular este punto central: la reforma agraria debía llevarse a cabo legalmente; *no debía tolerarse ninguna acción espontánea de los campesinos antes de que se reuniera la Asamblea Constituyente*. Esto significó que, a partir de ese momento, los socialistas-revolucionarios, participando en el gobierno reformista burgués, frenaron la revolución agraria y se opusieron al crecimiento del movimiento campesino de masas. El partido socialista-revolucionario, al igual que el resto de la burguesía, pretendía *conceder tierras a los campesinos* –con, además, una indemnización para los terratenientes expropiados.

Esta era la cuestión esencial. El episodio del programa agrario eserista de junio de 1917, que produjo el «decreto modelo» aceptado por la mayoría de los diputados campesinos y finalmente adoptado por los bolcheviques en el verano del 17, es secundario. El hecho de que el campesinado prefiriera un método de reparto de la tierra a otro carecía de importancia por el momento: lo esencial era que tomara su destino en sus manos, que actuara por su cuenta, sin esperar «beneficios» del gobierno. A finales de verano y principios de otoño se produjo el tan esperado y ansiado movimiento. Según las estadísticas oficiales, en mayo de 1917 se habían producido unos 150 casos de confiscación de tierras por la fuerza. En agosto, cerca de 500; *en septiembre, casi 1.000*.¹⁵

El 17 de septiembre estallaron revueltas campesinas por todas partes. Las mayores y más violentas se produjeron en la provincia de Tambov, donde el gobierno provisional declaró el estado de sitio y envió tropas para «restablecer el orden». La cuestión agraria se convirtió en una guerra civil. ¿Cómo reaccionaron las fuerzas políticas ante la insurrección rural? Kerensky envió a los cosacos. Los socialistas-revolucionarios abandonaron su propio programa y propusieron llegar a un acuerdo con los terratenientes y aceptar indemnizaciones. Para Lenin, en cambio, había llegado el momento decisivo: había que apoyar y proteger el levantamiento campe-

¹⁵ E. H. Carr, La revolución bolchevique, éd. Penguin, t. 2, p. 40.

sino, incluso mediante la acción armada. Fue el levantamiento campesino el que dio la señal para la Revolución de Octubre. Por supuesto, había otros factores en juego, que Lenin enumeró, analizó y recalcó: el intento de Kornílov había alertado a las masas del peligro inminente de un golpe contrarrevolucionario; los bolcheviques estaban en proceso de conquistar la mayoría en los soviets; las condiciones «técnicas» para la acción armada eran favorables; los obreros estaban exasperados por el sabotaje capitalista, etc. Pero el meollo de la cuestión era el levantamiento campesino. El quid de la cuestión era la actitud ante el movimiento insurreccional de masas de los campesinos: ¿vamos a dejar que sean aplastados militarmente por las tropas de Kerensky? o ¿vamos a hacer todo lo posible para apoyarlos y asegurar su victoria?

El 29 de septiembre de 1917, Lenin escribe:

*"En Rusia, el gran viraje de la revolución ha llegado incuestionablemente. En este país campesino [...] está creciendo un levantamiento campesino. Los bolcheviques serían traidores al campesinado [si no actuaran; R.L.], pues tolerar que un gobierno [...] aplaste el levantamiento campesino es perder toda la revolución."*¹⁶

Esto dista mucho de Lenin como un político burgués dirigiendo la insurrección bolchevique a la manera de un vulgar *putsch*, como nos quieren hacer creer las corrientes pseudo «antiizquierdistas» de la era posterior a Mayo del 68.¹⁷

A los «antileninistas» que dicen inspirarse en el pensamiento de Mao Tse Tung pero lo tergiversan, les sugerimos que lean este extracto de la *Carta a los camaradas bolcheviques participantes en el Congreso de los Soviets de la Región Norte*, escrita por Lenin en octubre de 1917:

"En todo el país se desató el levantamiento campesino. Estaba más claro que el agua que los cadetes y sus satélites lo minimizaban de todas las maneras posibles, reduciéndolo a «pogromos» y «anarquía». Esta mentira queda refutada por el hecho de que en los centros de insurrección han comenzado a devolver

¹⁶ *Obras completas*, tomo 26, pág 71 y 76.

¹⁷ Esta es esencialmente la imagen de Lenin presentada por P. P. Rey en su libro *Les Alliances de classes*, París, 1973.

la tierra a los campesinos: ¡nunca antes los «pogromos» y la «anarquía» habían conducido a resultados políticos tan excelentes!»¹⁸

Unos diez años más tarde, Mao Tsetung, el joven líder comunista chino, utilizaría palabras similares en su *informe sobre la investigación del movimiento campesino en Junan* para apoyar el levantamiento campesino, calumniado por reaccionarios y seudorrevolucionarios que agitaban el fantasma de los «excesos»:

"La revuelta de los campesinos despertó a los duendes de su dulce sueño [...]. Desde el estrato medio de la sociedad hasta el ala derecha del Kuomintang, todos coincidieron en caracterizar la situación con estas palabras: 'Las cosas van muy mal' [...]. La realidad es [...] que las amplias masas campesinas se han levantado para cumplir su misión histórica, que en el campo las fuerzas democráticas se han levantado para derrocar a las fuerzas feudales [...]. Así que las cosas van muy bien [...]. Miles y miles de esclavos –los campesinos– están derribando a sus enemigos, que engordan a su costa. Lo que hacen los campesinos es absolutamente correcto: ¡actúan muy bien!"¹⁹

La encuesta de Junan de Mao Tsetung se menciona, con razón, como ejemplo de una actitud positiva y revolucionaria hacia el movimiento campesino de masas –y el movimiento de masas en general. Pero, ¿de dónde sacamos la idea de que Lenin no entendía nada de este tipo de cosas?

¹⁸ Obras completas, tomo 26, p. 187.

¹⁹ Mao Tse-Tung, *Obras escogidas*, tomo 1., p. 25-26.

Capítulo 2. El hambre

Este es uno de los capítulos sobre las ilusiones perdidas, o la presión aplastante de las «condiciones objetivas». Comparemos dos textos. A finales de septiembre de 1917, Lenin escribió en *¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?:*

El problema nacional y el problema agrario tienen en la actualidad una importancia cardinal para las masas pequeñoburguesas de la población de Rusia (...) Sólo el proletariado es capaz de aplicar en ambos problemas una política tan resuelta, tan verdaderamente «democrática revolucionaria» que aseguraría (...) una verdadera tempestad de entusiasmo revolucionario.²⁰

En mayo de 1918, Lenin escribió en *Tesis sobre la política actual:*

*"Es necesario tener firmemente presentes las peculiaridades fundamentales de la situación política y económica de Rusia, en virtud de las cuales ningún derroche de entusiasmo puede ser de ayuda. Debemos comprender y hacer comprender a los obreros esta verdad de que sólo un trabajo sostenido y paciente de creación y restablecimiento de una férrea disciplina proletaria, acompañado de una represión implacable contra los alborotadores, los kulaks y los desorganizadores, puede salvar el poder soviético en la etapa actual [...]".*²¹

Con menos de ocho meses de separación entre estos dos análisis, es difícil no sentir lo conmovedor en la radical diferencia de tono. Apenas había pasado el momento deslumbrante de la irrupción en la historia, el momento arrebatado –arrebatado al destino– en que la joven República Soviética se vio atrapada en un torbellino: ¿guerra, hambre, fuerzas reaccionarias de todo el mundo unidas contra lo que estaba naciendo? Había que enfrentarse a ellos desde todos los frentes. E inmediatamente, ¡tantos compromisos! La mutilación del territorio, las fábricas «taylorizadas», los intentos abortados de pacto (una «tregua económica») con el capital mo-

²⁰ *Obras completas*, tomo 26., p. 93.

²¹ *Obras completas*, tomo 27, p. 381.

nopolista ruso: ¡en cierto sentido, la época de las ilusiones perdidas es contemporánea del propio nacimiento!

También para el campesinado todo cambió en pocos meses. En la primavera de 1918, un horrendo intruso – que se llama LA HAMBRUNA – plantea de golpe y porrazo la delicada «cuestión agraria» que el movimiento campesino había empezado a resolver a su manera en el otoño de 1917. ¡Y no está dispuesto a abandonar el escenario! Que la cuestión campesina –el fracaso de la alianza fundamental entre las dos clases principales de productores directos– ha estado en el centro de la historia soviética hasta ahora es casi evidente. Pero las opiniones difieren en cuanto a cómo tomaron forma las cosas, y las raíces de esta paciente resistencia, esta hostilidad campesina que ha socavado durante mucho tiempo la formación social soviética. Para algunos, las raíces de la socialdemocracia rusa se remontan a su mismo nacimiento: los populistas siempre tuvieron razón al propugnar una vía hacia el socialismo ruso a través del campesinado, y el bolchevismo representaba una corriente occidental que estaba reñida con la realidad de la masa rusa, principalmente campesina. De hecho, este punto de vista no tiene en cuenta las condiciones concretas del desarrollo ruso a principios del siglo XX.

Para otros, todo se vino abajo con Stalin y la aventura de la colectivización en 1929. Esto ignora el hecho de que las autoridades soviéticas, enfrentadas cada año desde 1918 a la agonizante cuestión de la recolección y el abastecimiento de las ciudades, no podían sino verse obligadas a tomar alguna ofensiva que resolviera la cuestión de una vez por todas.

Porque, en el fondo, todos los personajes del drama de 1929 ocuparon su lugar y empezaron a desempeñar su papel a partir de 1918: el hambre, la cuestión del excedente agrícola, la ideología campesina –el grano es fruto de mi trabajo: Puedo hacer con él lo que me plazca–, la cuadratura del círculo campesino-clase media-trabajador-explotador, el odio anti-campesino de una parte de la intelectualidad y de la pequeña burguesía urbana, el liderazgo ideológico de los kulaks sobre las aldeas, la implacable determinación del proletariado inmerso en la guerra civil.

Bastaron unos meses después de la Revolución de Octubre para que la euforia del movimiento campesino de masas se viera quebrantada por la

inextricable cuestión del abastecimiento de las ciudades, y para que los bolcheviques se vieran obligados a una política de ruptura, de facto, con las masas campesinas. Este fue un proceso inexorable, cuyas etapas pueden identificarse.

14 de enero de 1918: Lenin propone al soviet de Petrogrado medidas contra la hambruna, principalmente la creación de *destacamentos de abastecimiento* formados por obreros. En aquel momento, una parte de las masas seguía convencida de que había reservas de grano escondidas por los especuladores por toda Rusia. Había que desenterrarlas. Por tanto, la mayor parte de los esfuerzos se centrarían en los ferrocarriles, los almacenes, las casas de los ricos y los posibles escondites de los especuladores urbanos. Quedaba poco por hacer con los campesinos.

23 de enero de 1918: Lenin habló a los «propagandistas» que estaban a punto de partir hacia las provincias. Habló de encontrar trigo escondido y organizar su distribución. Pero con la idea de que el campesinado en su conjunto estaría a favor, esto es, que participarían, contra los kulaks y los especuladores, en la lucha por una distribución justa del grano:

"Allí, en el campo, encontraréis kulaks: no tendréis problemas para combatirlos, porque las masas estarán con vosotros.

E incluso:

Todos los campesinos te ayudarán en tu difícil tarea".²²

La realidad no tardará en desmentir este optimismo...

Por el momento, el campo sigue siendo un vasto territorio desconocido, un océano inexplorado que rodea las ciudades. Sabemos que, desde que se tomaron las tierras, han seguido ocurriendo cosas allí y, en su mayor parte, estamos dejando que ocurran. ¿No hemos decidido confiar en la iniciativa de los campesinos? Pero una vez tomadas las tierras, había que repartirlas. Y sobre este reparto, el movimiento de masas se dividió y se rompió: *reaparecieron las diferencias de clase en el campesinado*. El reparto, realizado a escala local, *estabilizó o agravó las desigualdades*: no hubo equiparación entre las zonas más y menos favorecidas. Los kulaks solían llevarse la parte del león, a veces con el consentimiento del resto del pueblo,

²² *Obras completas*, tomo 26, p. 545-546.

a veces en medio de enconados conflictos. Desde el punto de vista de la relación de fuerzas, el ascenso de la burguesía rural tiene consecuencias trascendentales para el futuro. En cualquier caso, ya no era tan unánime como en el otoño de 1917, cuando todos se habían unido contra los señores. De un extremo a otro del país, todo el mundo rural estaba siendo desmembrado y recompuesto.

Tal vez los bolcheviques habrían podido ayudar a las masas rurales a encontrar su camino a través de las complejidades del proceso de división, si las circunstancias les hubieran dejado tiempo para profundizar en la vida política de las aldeas. ¿Quizás el descontento de los campesinos pobres agraviados podría haberse transformado en una fuerza política? ¿Quizá se hubiera podido formar a la masa de aldeanos para desenmascarar las artimañas de los campesinos ricos y que se orientaran en todas estas convulsiones políticas, económicas e ideológicas? Ciertamente, *habría llevado tiempo*: más tiempo en el campo que en las ciudades. Desde el fracaso de los populistas, ¿la represión zarista no había aniquilado prácticamente toda la vida política en el campo? Hasta febrero de 1917 las masas no empezaron a expresarse abiertamente sobre cuestiones políticas. ¿Cómo pudieron establecerse en tan sólo unos meses?

De hecho, fue en este momento cuando el trabajo político en el campo pudo dar un nuevo paso y liberar nuevas fuerzas revolucionarias: en los últimos días de 1917 y a principios de 1918, con motivo de la distribución, floreció una lucha de clases rica en contenido en la que las diversas fuerzas de la sociedad rural pudieron educarse políticamente y diferenciarse. *La guerra, la urgente necesidad de supervivencia del proletariado revolucionario en las ciudades y el hambre decidieron lo contrario*. El tiempo que tardaron en madurar las contradicciones no fue el mismo en el campo que en las ciudades:

*"Lo que ahora hacía [en la primavera de 1918; R.L.] imperativa la intervención activa del centro [...] era una aguda emergencia de la que los bolcheviques no podían dejar de ser cada vez más conscientes: la hambruna en la capital."*²³

²³ Carr., *op.cit.*, t.2., p. 55

De hecho, la situación se estaba deteriorando rápidamente. Pronto se hizo evidente que las reservas de grano escondidas por todas partes eran un mito. La mala cosecha del verano de 1917 (los hombres estaban en el frente) y luego la pérdida de Ucrania, el granero del país, se sumaron a la devastación de la guerra para pintar un cuadro trágico. Hubo que persuadir al campesinado para que no se replegara sobre sí mismo y compartiera con las ciudades. El campesinado tuvo que entregar todo el trigo que superase sus necesidades vitales. A partir de entonces, el problema ya no era el de un puñado de «especuladores» o de «hambrientos»; se convirtió, en esencia –aunque esto no siempre se formulara plenamente al principio–, en el de la lucha de clases en el campo.

La obtención de trigo fue una obsesión en los textos de Lenin –y en la realidad de las acciones del poder soviético– a partir de la primavera de 1918. Se podrían citar cien pasajes. Véase, por ejemplo, *Sobre la hambruna* (22 de mayo de 1918):

"[...] la cuestión más importante y grave, la cuestión de los cereales. [...] O vencen los obreros conscientes, los obreros de vanguardia, reuniendo a su alrededor a la masa de la población pobre [...] y obligan a los kulaks a someterse, estableciendo al mismo tiempo una distribución racional del pan y del combustible a escala nacional. O bien la burguesía, ayudada por los kulaks y apoyada indirectamente por los débiles y los confundidos [...] derribará el poder de los soviets e instaurará un Kornilov ruso-alemán [...]. Es lo uno o lo otro.

No hay término medio. La situación en el país es extremadamente tensa."²⁴

En tiempos de agitación, el pan puede convertirse en la cuestión política central en cualquier momento. Un gobierno incapaz de proporcionar alimentos a las masas corre el riesgo de ser barrido en cualquier momento. La historia de las revoluciones y contrarrevoluciones es también la historia de los motines del pan provocados por el hambre, cuando el pueblo exasperado por el sufrimiento se lanza al ataque y engulle a los supuestos responsables, a los incapaces, al poder político del momento. Véase la *Revolución Francesa*. La experiencia histórica señala el peligro inminente.

²⁴ *Obras completas*, tomo 27., p. 413-421.

Y el llamamiento de Lenin se desarrolló, alcanzando acentos verdaderamente religiosos, como si, frente al oscurantismo clerical, la nueva fe tuviera que adoptar formas simétricas (volveremos a ver este esbozo de «contrarreligión» en la época de las grandes ofensivas de Stalin):

"Hay que organizar una gran «cruzada» contra los que especulan con el cereal, contra los kulaks, los vampiros [...]. Cada céntimo de trigo y de combustible es verdaderamente algo sagrado, mucho más sagrado que los que los papas meten en el cerebro de los imbéciles [...].²⁵

Esta movilización ideológica del proletariado contra los kulaks, esta «cruzada», fue lanzada por Lenin en la primavera de 1918. En 1929, Stalin, convencido de que la cuestión se planteaba de nuevo en los mismos términos, encontraría ecos similares en sus discursos...

El llamamiento a una cruzada no estaba exento de análisis político y medidas tácticas. Estaba surgiendo un nuevo enfoque teórico y práctico de la cuestión campesina. Si queremos identificar el sistema de contradicciones en que el poder soviético se encontraba atrapado hasta el brutal desenlace de la colectivización de 1929, tenemos que buscar su establecimiento en este preciso momento –la primavera de 1918– en los análisis y planes concretos formulados por los bolcheviques para hacer frente a la hambruna.

De abril-mayo de 1918 surgieron tres puntos esenciales de la política agraria:

1. La recogida dará lugar a una *verdadera guerra por los cereales*. 1918 no fue más que el principio: esta guerra se renovarí, de una forma u otra, prácticamente todos los años hasta 1929, y mucho más allá – bajo nuevas condiciones.

2. La lucha en el campesinado es una larga y amarga *lucha ideológica* contra la mentalidad pequeñoburguesa y de pequeño propietario. La pequeña propiedad rural engendra capitalismo a diario de forma constante.

3. Corresponde al proletariado organizar a los *campesinos pobres* que son sus aliados naturales en el campo. Las formulaciones de Lenin muestran, sin embargo, que atribuye *un papel subordinado al movimiento de los*

²⁵ Ibid.

campesinos pobres: el proletariado se apoya en los campesinos pobres para su acción en la aldea; pero ellos no constituyen por sí mismos una fuerza dirigente en la lucha de clases en el campo. Esto es muy importante: a partir de este momento, la política agraria soviética ya no se basa en el movimiento revolucionario de las masas rurales. Trata de despertar a este movimiento para apoyar sus propias ofensivas, lo que resulta muy diferente.

Un cuarto punto surgiría más tarde (en 1919): la teoría del campesino medio como trabajador y «explotador» a la vez. Esto completaría el sistema general de pensamiento agrario de los bolcheviques para este periodo, pero a costa de nuevas contradicciones... Examinemos los cuatro componentes de esta política agraria, sus razones y sus consecuencias.

1- La guerra por los cereales

Lenin, *Tesis sobre la situación actual*, 26 de mayo de 1918:

"1. Transformar el Comisariado de Guerra en Comisariado de Guerra y Abastecimiento, es decir, concentrar 9/10 partes de la actividad del Comisariado de Guerra en la reorganización del ejército con vistas a la guerra por el cereal, por un período de tres meses: de junio a agosto.

2. Declarar la ley marcial en todo el país, por el mismo período de tiempo.

3. Movilizar el ejército, seleccionando sus partes sanas, y llamar a filas a los hombres mayores de 19 años, al menos en ciertas regiones, para emprender acciones militares sistemáticas de conquista, reconquista, recolección y evacuación de cereal y combustible".²⁶

Así, a partir de la primavera de 1918, la contradicción ciudad-campo, convertida en antagónica por la hambruna y la necesidad de supervivencia de la población urbana, adopta la forma más radical posible: la militar. La inmensa mayoría de la población rural vería a estos destacamentos de trabajadores armados enviados a recoger grano con carácter de urgencia, sin haber tenido tiempo de preparar políticamente el campo, como agresores. Por supuesto, en principio sólo la burguesía rural estaba en el punto

²⁶ *Obras completas*, tomo 27, p. 430.

de mira. Era a los acaparadores, a los kulaks, a quienes había que arrebatar los cereales. Pero cuando se lanzó la ofensiva, no habían conseguido aislarlos –de hecho, ni siquiera habían empezado a hacerlo– y las masas campesinas se defendieron en bloque contra los intrusos, pasiva o activamente. *Dos respuestas campesinas a los «destacamentos»*. A corto plazo: esconder el trigo. A largo plazo: sólo se siembra lo estrictamente necesario para la supervivencia de la familia.

De hecho, en vísperas del estallido de la intervención imperialista y de la guerra civil –que duró hasta 1921– se abrió un tercer frente militar. Durante todo este periodo, *los campesinos lucharon en ambos bandos*: con el gobierno soviético contra los blancos, que devolverían sus tierras a los terratenientes, y contra el gobierno soviético para conservar el trigo que los «destacamentos» querían llevarse. Las tropas «verdes», maquis campesinos que se refugiaron en los bosques, lucharon contra los ejércitos Blancos en el sur de Rusia, y luego contra el poder de los soviéticos. Los campesinos decían: "Yo era Verde hasta que los Rojos me convirtieron en Blanco".²⁷

2- La lucha ideológica en el campo

Utilizar medios militares para resolver una contradicción que se reconoce de naturaleza en gran medida ideológica es una situación paradójica. Sin embargo, fue la situación en la que muy pronto se encontraron los soviéticos en relación con el campesinado. En efecto, al mismo tiempo que llamaba a una cruzada por el trigo y organizaba prácticamente los *destacamentos de abastecimiento*, Lenin comenzó a analizar la *resistencia ideológica* del campesinado al comunismo y a plantear *el problema de la apropiación del grano primero y de la colectivización de la tierra después*, en términos de transformación ideológica.

El 4 de junio de 1918, en plena movilización por el grano, Lenin dijo:

"Estamos en presencia de las minúsculas e innumerables raíces de esta explotación burguesa, penetrando profundamente en todos los países, por media-

²⁷ Elisabeth Drabkina, *Solstice d'hiver, le dernier combat de Lénine*, París, 1970, p. 153.

*ción de los pequeños propietarios a través de los mil canales del modo de vida, de los hábitos, de los modos de pensar de los pequeños propietarios y de los pequeños productores; tenemos ante nosotros al pequeño especulador, la falta de hábito del nuevo modo de vida, la falta de confianza en este modo de vida, la desesperación.*¹²⁸

Para sacar el trigo de sus escondites, no sólo había que luchar contra los enemigos (los kulaks), sino también contra las ideologías enemigas (los hábitos, la desconfianza y la desesperación del campesinado). *Lenin lo vio en su momento.* Pero, ¿cómo, cuando es vital lograr resultados en pocas semanas, separar las dos batallas, concentrar los golpes contra el enemigo de clase y ocuparse específicamente de la *ideología* de la masa de elementos intermedios? *Había dos batallas que librar, pero estaban entrelazadas desde el principio, y la implacabilidad de la primera comprometía las posibilidades de la segunda.*

Más tarde, a finales de 1918 y en 1919, Lenin consideraría los trastornos ideológicos provocados por la guerra y la Revolución como las palancas para un movimiento hacia el colectivismo en el campo. ¿Acaso la guerra no había mostrado a las masas de campesinos uniformados lo que la tecnología podía lograr? Los campesinos la vieron en acción en una gigantesca tarea de destrucción. ¿Por qué no iban a pensar en utilizarla para un trabajo positivo? Las «maravillas de la tecnología» aplicadas a la tierra sentarán las bases materiales de la explotación colectiva... Al parecer, la demostración bélica de los medios técnicos «modernos» no convenció por sí mismo a los campesinos ni logró su apoyo al «progreso».

3. El papel subordinado del movimiento de los campesinos pobres.

En mayo-junio de 1918 comenzó la «cruzada del trigo». Los «cruzados» eran principalmente destacamentos de obreros armados enviados desde las ciudades al campo... El 11 de junio de 1918, las autoridades soviéticas crean «comités de campesinos pobres». Se esperaba que apoyaran la «cruzada».

²⁸ *Obras completas*, tomo 27., p. 457.

Los «comités de campesinos pobres» de junio de 1918 no surgieron del desarrollo de la lucha de clases en el campo: eran un instrumento entre otros del plan general de lucha contra la hambruna. Organización artificial, no creación de masas. Desde este primer intento en 1918, *la revolución en el campo fue una revolución desde arriba, una revolución importada*. Lo mismo ocurrió con la colectivización en 1929.

Varios textos muestran que en la primavera de 1918, si esperaban ganarse a los campesinos pobres, parecían tomar su pasividad como punto de partida. La intención era ganárselos mediante medidas de asistencia. Se esperaba utilizarlos como fuente de información para localizar las reservas de grano e identificar a los especuladores. Se pretendía organizarlos. Pero no parecía que ellos, los campesinos pobres, como masa, se hubieran puesto en marcha de forma independiente.

Asistencia. Véase este texto de Lenin, fechado el 26 de mayo de 1918:

"No escatimar sacrificios financieros para ayudar a los pobres del campo y distribuirles gratuitamente parte del trigo excedente confiscado a los kulaks [...]."²⁹

Y este ejemplo dio Lenin a todos los trabajadores del país (el 23 de junio de 1918) cuando les advirtió contra las tentaciones del pillaje en el campo:

*"Cuando me entero de que en el distrito de Usmane, en la gobernación de Tambov, un destacamento de abastecimiento ha requisado 6.000 toneladas de trigo y ha asignado 3.000 a los campesinos más pobres, digo: aunque me demostraran que este destacamento sigue siendo un ejemplo único en Rusia, seguiría diciendo que el poder soviético está haciendo su trabajo. ¡No hay un solo Estado con un destacamento como éste!"*³⁰

El gobierno obrero actuaba como una fuerza justiciera, pero venía de fuera para proporcionar una salida a los campesinos pobres del campo. Esto dista mucho de la situación del otoño de 1917, cuando los bolcheviques estaban encantados de que los campesinos resolvieran por sí mismos la cuestión de la tierra y les animaban a hacerlo. Bajo la presión de la ham-

²⁹ *Obras completas*, tomo 27, p. 432.

³⁰ *Ibid.*

bruna, el poder proletario sustituyó al movimiento de las masas campesinas: la cuestión de la tierra se había resuelto cuando estaba madura para la masa de campesinos. La cuestión de los cereales no está madura para esta misma masa. Es una lástima. Hay que actuar o perecer. A partir de entonces, la política agraria se subordina a la cuestión del abastecimiento de las ciudades y se importa al campo: ya no dependía del ritmo específico del movimiento campesino de masas. De ser el sujeto del movimiento revolucionario en 1917, el campesinado pasó a ser el objeto de la política agraria desde las ciudades. Esto no debe verse como una sutileza metafísica: la distinción debe tomarse literalmente, gramaticalmente; es evidente cuando comparamos los textos escritos por Lenin en 1917 y 1918.

Lenin en 1917:

*"Los campesinos exigen la abolición del derecho privado a la tierra [...]. Estas son las reivindicaciones de los campesinos, expresadas clara e inequívocamente por los propios campesinos [...]".*³¹

Lenin en noviembre de 1918:

*"Hemos decidido dividir el campo"*³².

En cuanto a los «comités de campesinos pobres», sólo duraron una temporada. En noviembre-diciembre de 1918 se fusionaron con los «soviets rurales», es decir, fueron abolidos. Sólo habían cumplido una función práctica», escribió Carr, «y era la de proporcionar informadores».³³ Otro historiador, Jan M. Meijer, muestra claramente las contradicciones de la efímera aventura de los «comités de campesinos pobres» de 1918³⁴.

Estos comités, explica, han desempeñado un papel útil en el presente y han comprometido seriamente el futuro. *Papel útil*: identificar el grano. Pero al actuar como indicadores, los «pobres» unieron ideológicamente a la «ciudad» (que les ayudaba durante este periodo de hambruna) contra el «campo». Al hacerlo, se desacreditaron como fuerza política (y posiblemente como líderes) a los ojos de un gran número de campesinos. Al

³¹ *Obras completas*, tomo 26., p.234-235.

³² *Obras completas*, tomo 28., p. 178.

³³ Carr, op. cit. en vol. 2, p. 161.

³⁴ Jan M. Meijer, «Town and Country in the Civil war», en *Revolutionary Russia*, a symposium, editado por Richard Pipes, Nueva York, 1969.

entregar el grano oculto, el «bedniak» («campesino pobre») «se desvinculaba de la mayoría del pueblo y cruzaba la línea del frente en lo que llegó a conocerse como la guerra entre la ciudad y el campo» (Meijer). Creados precipitadamente y con fines, evidentemente, demasiado utilitarios, los comités fueron abandonados al cabo de unos meses.

Poco después entra en escena el «campesino medio».

Aquí, ligeramente desfasado con respecto a los tres anteriores, se desarrolla una parte esencial del análisis y de la política agraria de Lenin. Enredados en una contradicción que no habían encontrado los medios de dominar, intentaban, sin embargo, llegar a un acuerdo con ella. Por un lado, se había ejercido violencia sobre los campesinos –para arrebatárles el trigo– y se seguía ejerciendo. Pero, por otra parte, como cuestión de principios y de sentido común, somos partidarios de dejar que las masas campesinas se convenzan por sí mismas y encuentren su propio camino hacia el socialismo... ¿Cómo podemos encontrar unidad entre los aspectos coercitivos y la voluntad de persuadir en la política agraria de los bolcheviques? Es un poco como la cuadratura del círculo. Y produjo una teoría de circunstancias, destinada a hacer fortuna más tarde, en particular durante los debates sobre la NEP. En apoyo de los argumentos y tesis más contradictorios, es cierto.

4. El «campesino medio»

A menudo se ha dicho que al utilizar la fuerza contra el campesinado en 1929, Stalin rompió con la tradición de Lenin de persuadir al campesinado, siguiendo a Engels. Esto no es del todo cierto. *Lenin estaba a favor tanto de la persuasión como de la coerción*. Y, en la práctica, desde el principio, el poder soviético utilizó ambas, con resultados desiguales.

El problema se centra esencialmente en el campesinado medio. Un pequeño agricultor, a veces con uno o dos empleados, pero con frecuencia sin empleados, en otros países se llamaría campesino pobre. En Rusia, donde hay que distinguirlo de los sin tierra y de los miserables del pueblo, se le llama «medio». Y pronto queda claro que es el interlocutor principal. Si está codo con codo con los «ricos» –los kulaks–, todo el campesinado se

levanta como un muro contra el poder soviético... Los «pobres» en los que inicialmente se depositaron las esperanzas pasaron a ser tratados en la práctica como una especie de «lumpen campesinado» (como se denomina al «lumpen proletariado»): los kulaks les sobornan con migajas y un poco de vodka. Podemos intentar contrarrestarlo distribuyéndoles parte de los bienes confiscados a los especuladores. Pero no son ellos, los «pobres», quienes constituyen la *principal fuerza productiva* del campo. La siembra, la cosecha, la naturaleza y la escala de la producción agrícola no dependen, en su mayor parte, de ellos. Sin embargo, ésta es la cuestión central. A corto plazo, podemos aprovechar lo que ya se ha cosechado –y ése era, en efecto, el objetivo del primer plan de lucha contra la hambruna de 1918–. Pero estaba claro que nos dirigíamos al desastre si no tomábamos medidas para el ciclo de trabajo agrario, que comenzaba de nuevo en otoño. Los campesinos habían respondido masivamente a las requisas reduciendo la siembra: la cosecha de 1919 parecía en peligro. Y ninguna limosna a los campesinos pobres iba a resolver el problema de la mano de obra en cuestión de semanas. En este caso, había que implicar a la masa de pequeños agricultores, los llamados «campesinos medios». En 1919, la gran cuestión era «calmar al campesino medio», aislarlo del kulak y obtener su apoyo activo en la medida de lo posible.

Pero había un espinoso dilema: la hambruna era tan real en 1919 como en 1918 –la guerra civil y la intervención imperialista habían tomado el relevo de la devastación infligida por el ejército alemán– era absolutamente indispensable confiscar los excedentes de cereales, incluso cuando los campesinos no querían renunciar a ellos; ¿cómo conciliar la confiscación de cereales con la «alianza con el campesino medio»? Más aún, ¿no es el polvo de las pequeñas explotaciones el verdadero freno al desarrollo de la producción agrícola? Pero los bolcheviques habían anunciado al campesinado que la transición a la agricultura colectiva sólo tendría lugar voluntariamente, y ésta parecía ser una de las condiciones de la «alianza» que proponían. Entonces, ¿cuál es el trato? ¿Coacción o no?

Lenin, que vacilaba y que se había visto obligado a tomar medidas radicales por los acontecimientos (véase más arriba), formuló en noviembre

de 1919 *la teoría del doble carácter* del campesino medio, que constituyó la base de la práctica del momento de coacción y persuasión:

El campesino medio produce más alimentos de los que necesita y, con el excedente de grano a su disposición, se convierte en explotador del trabajador hambriento. Esta es [...] la contradicción fundamental. El campesino como trabajador, como hombre que vive de su propio trabajo [...] está del lado del trabajador. Pero el campesino como propietario, que tiene excedentes de grano, está acostumbrado a considerarlos de su propiedad, que puede vender libremente. No todos los campesinos comprenden que el libre comercio del grano es un crimen de Estado. "Yo produje el grano, es el fruto de mi trabajo, tengo derecho a comerciar con él". – Así es como razonan los campesinos, por costumbre, a la antigua usanza. Y nosotros decimos que es un crimen de Estado.³⁵

El campesino medio cultiva la tierra con sus manos: es, por tanto, un trabajador. No se le puede quitar su medio de trabajo –el más importante de los cuales es la tierra– por la fuerza: hay que persuadirle. No se recurrirá a la coacción para formar granjas colectivas. Pero en tiempos de hambruna, su producto –el grano– es un tesoro que le da los medios para especular y, con ello, convertirse en «explotador». La coacción contra los campesinos «explotadores» es legítima: ¡estamos obligados a tomar por la fuerza su excedente de trigo!

La distinción puede parecer enrevesada, pero la teoría aquí no hace más que reflejar las contradicciones de la práctica: utilizar la violencia contra la parte explotadora del campesinado, y la persuasión con la parte trabajadora. *El único problema es que se trata de la misma gente, ¡y no entienden la diferencia!* Para ellos, el trigo que producen es de su propiedad exactamente igual que todo lo demás, y las autoridades soviéticas están detrás de su propiedad. ¿Qué sentido tiene trabajar duro para cultivar lo que está destinado a ser confiscado? Mejor producir sólo lo que uno mismo consume. Como resultado, los agricultores se resistieron a producir, se redujo la superficie cultivada y año tras año, hasta 1921, el campo produjo menos trigo... ¿Se puede confiscar un excedente que no existe?

³⁵ Lenin, textos citados por Carr, op. cit., t. 2, p. 168

Los levantamientos agrarios y las múltiples formas de resistencia campesina fueron prueba de ello durante todo el periodo conocido como «comunismo de guerra». Y cuando el gobierno soviético se vio obligado a introducir la NEP en 1921 (inicialmente libre comercio de trigo, más tarde ampliado a toda la economía), cabe preguntarse si la teoría del «doble aspecto» no había conducido a un disparate. El campesino «medio» se había comportado como un todo, y su lado «especulativo» había influido seriamente en su lado productivo. Los dirigentes soviéticos se dieron cuenta de ello:

El debate en el VIII Congreso Panruso de los Soviets dio un paso adelante. Durante los tres primeros años del régimen bolchevique, la hambruna había sido tratada como un problema de recolección y distribución, no de producción. Esta suposición, natural en lo que hasta entonces había sido un país exportador de grano, se revelaba ahora como un trágico error.³⁶

Tres meses más tarde, la NEP cedía en ambos aspectos: el campesino, dueño de su tierra, volvía a ser dueño de su cosecha. Pero el retroceso del poder bolchevique no resolvió el problema de fondo. Y la lección no se perdería. Cuando, en 1929, se reanudara la ofensiva en el campo, ya no sería en el frente de la distribución, sino en el de la producción. No se puede colectivizar la distribución sin colectivizar la producción. Al fin y al cabo, los sucesivos fracasos de la política agraria bolchevique no eran sino, en este caso, el recordatorio de una tesis elemental del marxismo: son las relaciones de producción las que determinan las relaciones de consumo, y estas últimas sólo pueden transformarse efectivamente si se transforman las primeras.

En enero de 1919, en el II Congreso Panruso de Sindicatos, un orador ya argumentó que «la cuestión del abastecimiento de las ciudades sólo puede resolverse creando grandes unidades de producción en el campo». Diez años de desarrollo y de tentativas tácticas debían llevar al poder bolchevique a esta ley de hierro y determinar la colectivización. Aplicada desde el nacimiento de la República Soviética a la recolección de cereales, la

³⁶ Carr, op. cit. en vol. 2, p. 175

coerción se extendió después a la transformación de los métodos de producción. Pero, ¡a qué precio!

En la cuestión agraria, el «leninismo» es la unidad brutal de estas dos posiciones extremas separadas por unos pocos meses: en octubre de 1917, apoyo sin reservas –único en la época en Rusia– al movimiento campesino de masas; en la primavera de 1918, vuelta a la situación bajo el aguijón de la hambruna, la cuestión agraria subordinada al abastecimiento de las ciudades, la coerción a la orden del día en la práctica.

Podríamos continuar el análisis, siguiendo paso a paso todos los intentos de Lenin por encontrar, bajo la presión de los acontecimientos, una solución inmediata y formular una estrategia a largo plazo. Los últimos artículos de Lenin, en 1923, esbozaban el «plan cooperativo» basado tanto en la mecanización del trabajo agrícola como en la «revolución cultural» en el campo.

Volveremos sobre ello más adelante. Pero los pocos meses durante los cuales seguimos las posiciones agrarias de Lenin tuvieron posteriormente un profundo efecto en las relaciones obrero-campesinas. Y el paroxismo de la crisis reveló, en una especie de pureza, las determinaciones del pensamiento de Lenin: un profundo apoyo a la revolución campesina, y una implacable inversión de prioridades cuando la supervivencia de la Rusia soviética pareció comprometida por el «egoísmo» campesino...

Cuando Lenin murió, el debate sobre la cuestión campesina seguía tan abierto como lo había estado durante su vida. Lenin no dejó a sus sucesores un cuerpo doctrinal, sino métodos de análisis y reflejos políticos. Pero había otro legado que duplicaba el suyo y que seguiría dominando las actitudes de los habitantes de las ciudades, los intelectuales y los burócratas durante mucho tiempo: el viejo odio anti-campesino, una mezcla de miedo e incompreensión, misterioso y tenaz, procedente de quién sabe dónde pero capaz de adoptar formas casi patológicas...

Capítulo 3.

El odio

*Donde el ojo de los hombres se desploma segado,
cual un jefe de hordas hambrientas
con la corona de espinas de las revoluciones
llegará el año dieciséis. [...]
me he crucificado
en cada lágrima.
Ya no puedo perdonar nada.
He quemado almas donde cultivaban la ternura.
¡Algo más difícil que tomar
miles y miles de Bastillas!*

Vladimir Maiakovski, *La nube en pantalones* 1914-1915

«El silencio eterno de estos espacios infinitos me asusta...». En su libro *El campesino ruso*, publicado en 1922, Maxim Gorki no cita a Pascal. Sin embargo, las palabras de Pascal podrían resumir el «tono emocional» de la relación de Gorki con el campesinado. Maxim Gorki tenía miedo de los campesinos, miedo del campo. Miedo de esas soledades inmensas, heladas, fuera del tiempo. Miedo de estos hombres frustrados y brutales que «no tienen memoria histórica», y que acababan de ser vistos depositando sus excrementos en las lujosas obras de arte de los zares. Miedo a la «crueldad rusa».

El campesino ruso de Gorki refleja el miedo casi religioso de muchos intelectuales rusos de su generación ante los inmensos misterios del campesinado. Paradójicamente, el terror hostil que siente el intelectual socialista «racionalista» hacia el «atraso» del campo no es ajeno a la fascinación del populista. Lo que uno rehúye, el otro lo busca en un oscuro deseo

de aniquilarse. Pero ante esta inmensidad –ya sea percibida como inmensa nada o como inmenso absoluto– ambos (y veremos a los mismos hombres pasar de una actitud a la otra) tienen el mismo tipo de sentimiento irracional:

"La llanura sin límites en la que se amontonan las aldeas de madera con techo de paja tiene la perniciosa propiedad de vaciar al hombre, de agotar sus deseos. El campesino sale de la aldea, contempla el vacío que le rodea y, algún tiempo después, siente que ese vacío se ha derramado en su alma. En ninguna parte a su alrededor puede ver huellas duraderas de trabajo y creación [...]. Todo alrededor es una llanura sin límites, y en el centro un hombrecillo diminuto, arrojado a esta tierra apagada para hacer el trabajo de un convicto. Y el hombre se sacia de ese sentimiento de indiferencia que mata la capacidad de pensar, de recordar lo vivido y de extraer ideas de la experiencia".³⁷

Todo el texto del que se extraen estas líneas es un largo grito de miedo ante las masas extranjeras, incomprensibles y bárbaras – en la medida en que encarnan, para el intelectual aislado, lo desconocido. Este texto merece ser leído con atención. En primer lugar, porque nos da, en bruto, la ideología de una gran parte de la «intelectualidad socialista» rusa de los años veinte, y porque esta ideología, nunca criticada a fondo ni extirpada, fue uno de los componentes de los reflejos anti-campesinos de los cuadros políticos y administrativos durante este periodo y en los años siguientes. Pero también porque, leída al revés por así decirlo, revela las profundidades ignoradas del movimiento revolucionario sobre el campesinado ruso. Lo que Gorki describe con odio o burla puede verse, vuelto del revés, como un testimonio conmovedor del desbordamiento de la «barbarie» que es también, y necesariamente, una verdadera revolución.

Gorki hablaba del saqueo deliberado de «obras de arte». Veía a los pobres demostrando su deseo de humillar el lujo zarista mediante gestos concretos. Para Gorki, era una expresión de «odio a lo bello». No percibió (o tal vez percibió demasiado bien, hasta el punto de asustarse) el deseo de venganza que llevó a pisotear estas «maravillas», para cuya producción habían sido explotados y sufrido millones de hombres siglo tras siglo. Así

³⁷ Gorki, *El campesino ruso*, París, 1925, p. 110-111.

lo describió Gorki en su artículo titulado «Lenin», escrito en 1924 con ocasión de la muerte de Lenin:

Recuerdo con disgusto el siguiente suceso: en 1919 se celebró en Petersburgo un congreso de los «pobres rurales». Acudieron varios miles de campesinos de las provincias del norte de Rusia y algunos centenares de ellos fueron alojados en el Palacio de Invierno. Cuando terminó el congreso y los invitados se marcharon, se descubrió que habían ensuciado no sólo todas las bañeras del palacio, sino también una enorme cantidad de preciosos jarrones de Sèvres, Sajonia y Oriente, utilizándolos como recipientes para dormir. No se habían visto obligados a hacerlo por necesidad: los lavabos del palacio se encontraban en buen estado y las cañerías funcionaban. No, este vandalismo era la expresión de un deseo de dañar y deshonorar las cosas bellas. Durante las dos revoluciones y la guerra, observé cientos de veces esta oscura y rencorosa tendencia a romper, desfigurar, burlarse y degradar lo bello.³⁸

«Los pobres guardan rencor». Sorprendente adjetivo salido de la pluma del indignado intelectual socialista.

La soberbia insolencia de los miserables aldeanos que vienen a defecar en la porcelana de los zares, y el «asco» de Gorki: dos mundos chocan, dos ideologías se enfrentan. Los condenados de la tierra irrumpen en la ciudad parasitaria y la dictadura del proletariado no respeta la etiqueta («La revolución no es un banquete», decía Mao Tse-tung). Pero cuando los «objetos de arte» fueron profanados, el heredero de la «cultura» sintió amenazado su propio ser como intelectual. El horror de Gorki atestigua la profundidad de la «revolución cultural» que estalló espontáneamente en Rusia en 1919, una explosión de «resentimiento» que se había mantenido bajo control durante siglos.

¡Qué espectáculo! Por su propia apariencia, San Petersburgo es un símbolo y una provocación. Para sentirlo, es necesario haber visto las suntuosas hileras de palacios a lo largo del Neva, las simetrías aristocráticas reflejadas cien veces en el agua de los ríos y canales, los largos y gráciles puentes, la delicadeza de las columnatas, los azules y amarillos pastel, la arquitectura despreocupada enteramente diseñada para la ociosidad, el

³⁸ Ibid., p. 69-70

placer y el derroche... Imaginemos, en estas réplicas grandiosas, a escala de la inmensa Rusia, del Versalles y la Venecia del refinado Occidente, la súbita afluencia de la «chusma», la febril actividad de los comités obreros y campesinos, el pesado pisar de los marineros armados, el amontonamiento de los desertores y, finalmente, la irrupción de los «indigentes del campo»: los pobres, los sin tierra, los parias de los pueblos del Norte. ¿Y cómo reaccionaron estos desdichados cuando fueron introducidos en los palacios más suntuosos? ¿Les invadió el respeto, tuvieron un reflejo de veneración ante el esplendor de las decoraciones zaristas? En absoluto. Defecan y orinan por todas partes, ¡como si estuvieran en un corral! Los trabajadores manuales más despreciados sienten que ya no es tiempo de respeto, que pueden levantarse y escupir sobre los símbolos de la opresión. Y proclaman, con su actitud, que el arte feudal o monárquico no merece los sacrificios y dolores que se han arrancado al pueblo por él. Inundan la ciudad altiva, hasta entonces vedada, y su gesto insultante dice: *nosotros somos los amos*. Y eso es lo que aterroriza a Gorki. Esto es lo que no puede soportar.

El intelectual y el artista sólo pueden sobrevivir como individuos privilegiados; sólo si la sociedad en su conjunto –y los trabajadores manuales– reconocen un determinado sistema de valores, un determinado concepto de «belleza», «estilo», etc., como su patrimonio «cultural». Si este reconocimiento cesa, su estatus social privilegiado se derrumba. Frente a la «barbarie» campesina, la intelectualidad luchó como clase. Ya en 1919, algo parecido a la «revolución cultural» estaba actuando espontáneamente en las manifestaciones destructivas del movimiento de masas, y la resistencia a la revolución cultural ya se manifestaba entre los poseedores y productores tradicionales de la cultura en las sociedades de clases: los intelectuales.

En 1919, Lenin percibió la amargura burguesa de los intelectuales, cuyo portavoz era Gorki. Lo expresó muy agudamente en una carta a Gorki, quien acababa de declarar –un tema frecuente en sus escritos de la época– que «los pocos obreros sensatos que quedan dicen que han sido entregados en cautiverio a los muzhik». He aquí la respuesta de Lenin:

"Se trata de una mentalidad mórbida hasta la médula, exacerbada en un ambiente de intelectuales burgueses amargados.

*[...] Hay una divergencia de humor entre los que se dedican a la política o están absorbidos por la lucha más implacable, y el humor de un hombre que se ha encerrado artificialmente en una posición que le prohíbe observar la vida nueva, mientras se apoderan de él las impresiones nacidas de la putrefacción de un inmenso capital burgués."*³⁹

Y Lenin recomendó a Gorki que abandonara la ciudad y fuera a las masas:

*"Si se quiere observar, hay que hacerlo desde abajo, donde se ve el trabajo de construcción de una nueva vida, en una ciudad obrera de provincias o en un pueblo".*⁴⁰

Gorki nunca superó su «amargura» o, como dijo Lenin, su «divergencia de humor». Reconciliado con el bolchevismo y ascendido al rango de escritor oficial, Máximo Gorki («el amargado») conservó su «divergencia de talante», aunque para ello tuviera que transformar su forma de expresarse. En realidad, la forma de ser y de sentir de los tipos individuales hunde sus raíces en las profundas contradicciones de la sociedad: es entre las clases sociales rusas donde se manifiesta una «divergencia de humor», con efectos de largo alcance.

Lenin respondió personalmente a Gorki. Sentía vivamente la «divergencia». Pero en aquel momento, en 1919, se trataba de un diálogo individual. ¿Cómo tratar las «diferencias de humor» entre las clases sociales? Lenin aún no se planteaba esta cuestión. Pero poco antes de su muerte, Lenin habló de ello como de un problema crucial: su muerte en 1924 hizo añicos los inicios de una reflexión sobre la «revolución cultural».

Vimos a Lenin, casi solo, apoyar el movimiento campesino de masas de 1917 cuando, por todas partes, e incluso entre la élite política e intelectual del socialismo ruso, se oían gritos de anarquía. Esta prueba encontró a Lenin y a Gorki en bandos opuestos. En el momento crucial del movimiento de masas, el reflejo «conservador» – en sentido literal – entró en juego en

³⁹ Lenin y Gorki, *Editorial de Moscú*, 1958, pp. 141, 143.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 142.

Gorki. Es interesante ver cómo, mucho más tarde, el propio Gorki relata sus reticencias y su oposición – tanto más cuanto que nunca se apartó de sus premisas ideológicas, incluso cuando más tarde juzgó su actitud en el 17 de octubre como un «error»:

*"En octubre, yo no estaba de acuerdo. Tenía razones para dudar de la victoria del proletariado. En aquella época, cuando la anarquía reinaba en la masa del campesinado y en la población de las ciudades, anarquía engendrada por la guerra, tales dudas eran corrientes. Entonces vi cómo las tropas volvían a casa [...], vi lo que hacían. Era una tormenta, un huracán: todo estaba destrozado, todo estaba desgarrado, era algo increíble, y pensé, como muchos de mis camaradas bolcheviques, que esta ola iba a barrer la única fuerza verdaderamente revolucionaria, el proletariado, y también esa intelectualidad verdaderamente revolucionaria que los bolcheviques representaban..... Tenía otra razón para desaprobador la Revolución de Octubre [...]. Vladimir Ilich había escrito [...] que nosotros, el proletariado, estábamos llamados a hacernos cargo de esta herencia espiritual, de esta herencia cultural creada en el mundo burgués [...]. Pues bien, cuando se propusieron destruir todo eso, acabar con toda esa riqueza, era natural pensar que estábamos en peligro de perder la herencia. Todas estas consideraciones explican por qué me posicioné en contra, y no sólo yo, sino muchos otros bolcheviques, viejos bolcheviques."*⁴¹

Que Gorki, en 1928, repitiera con tanta confianza sus argumentos de 1917 contra Octubre dice mucho sobre los límites de su autocritica y, más en general, sobre la persistencia del tema ideológico de la resistencia a la «barbarie» de las masas campesinas. En el mismo texto, Gorki pasa a describir cómo cambió su posición tras el atentado contra Lenin en 1918, y cómo reconoció que Lenin tenía razón.

En la movilización general de las fuerzas revolucionarias al comienzo de la guerra civil y en la extrema tensión obsidional de la Rusia soviética de 1918, acosada por las intervenciones imperialistas, la adhesión de Gorki –y de todo el movimiento intelectual ruso al que representaba– al nuevo poder nacido de Octubre supuso un importante refuerzo. Había una nece-

⁴¹ *Conversación con corresponsales obreros de Moscú*, 14 de junio de 1928, *ibid*, pp. 298-299.

sidad urgente de conocimientos científicos y técnicos: Gorki ayudó a obtenerlos. Y la movilización general de las fuerzas urbanas *contra* el campo (en la batalla por los suministros), que las circunstancias impusieron a Lenin a partir de 1918, sólo podía convenir a las disposiciones ideológicas de Gorki. La repentina inversión de la situación objetiva en el espacio de unos pocos meses, que mencioné en el capítulo anterior, suprimió en cierta medida la confrontación ideológica entre Lenin y Gorki – y las corrientes de pensamiento que expresaban.

El hecho de que no hubiera una explicación importante sobre el fondo, las raíces ideológicas y el significado social de la divergencia tuvo consecuencias trascendentales para el desarrollo posterior de la formación soviética. Pues, aunque una cierta forma de *«lucha entre las dos líneas»* continuó, difusa, después del mitin de Gorki (las «diferencias de talante» mencionadas por Lenin en 1919 son una manifestación latente de ello), no llegó a una conclusión: una ruptura y una eventual unidad sobre nuevas bases. Tras la oposición de 1917 y el mitin de 1918, habría sido, sin duda, necesaria una nueva ruptura, para que maduraran las contradicciones y surgieran las condiciones de una nueva crisis ejemplar, comparable a la de octubre de 1917. Nada menos que una *revolución ideológica* lo que en China se llamó la «revolución cultural».

¿Ofreció la maraña de los años 1918-1920 la oportunidad de un reagrupamiento de posiciones de clase claras sobre las cuestiones derivadas de la Revolución en el orden de la ideología y la cultura? ¿Cómo tratar las «diferencias de humor» entre las clases sociales? Ocurre a menudo que, incluso cuando los intereses «objetivos» de los grupos sociales convergen, sus actitudes subjetivas entran en conflicto. Más aún cuando entran en conflicto intereses objetivos inmediatos, como ocurrió en 1919 entre la población urbana y la rural a propósito de la cuestión de los cereales.

Es la sobredeterminación y el entrelazamiento de las contradicciones y alianzas del momento lo que da toda su fuerza a la ofensiva ideológica anticampesina de Gorki, y explica por qué una contraposición no pudo encontrar inmediatamente una base para una contraofensiva. Sin embargo, lo que está en juego queda claro en los propios textos de Gorki: al leerlos, podemos distinguir el embrión de un pensamiento campesino radical,

al que la situación aún no había permitido emerger en la escena política, pero contra el que ya se movilizaba el egoísmo de otras fuerzas sociales.

En una época de hambruna, el campo se daba cuenta de que eran las ciudades las que dependían de él, y no al revés. Gorki ve en ello una evolución exclusivamente negativa. De hecho, el egoísmo de los kulaks y el desarrollo de su influencia, acorde con los fracasos de la política agraria de los bolcheviques, convertirían esta nueva conciencia en un peligro para la Revolución. Pero, ¿no podría haber sido también esta nueva idea para millones de campesinos un factor de revolucionarización, algo así como el esbozo de una concepción diferente del mundo?

En *El campesino ruso*, Gorki describe los «tormentos» infligidos por los campesinos a las masas de las ciudades, sobre todo a los intelectuales, que se veían empujados por el hambre a alguna aldea para negociar la compra de un saco de patatas:

*"La mayoría de los campesinos, que siempre ganaban en el intercambio, intentaron y consiguieron dar a este intercambio el carácter humillante de una limosna entregada a regañadientes al barin arruinado por la Revolución".*⁴²

Es fácil imaginar que las incursiones armadas de los «destacamentos de abastecimiento» habían contribuido poco a preparar a los campesinos para responder favorablemente a las reivindicaciones, aunque pacíficas, de los habitantes de la ciudad. Se estaba acumulando un doble resentimiento, que sería tratado con dureza más adelante. Pero a un nivel más profundo, la nueva insolencia de los campesinos hacia los «barines» es algo más que la exasperación de la «guerra del trigo». *Es como una inversión de valores: ¿quién depende de quién? El productor directo del campo descubre su fuerza. Gorki lo vio bien:*

*"Pero hay que señalar que la humillación del ingenioso habitante de la ciudad frente al campo ha tenido un impacto muy grave e instructivo en este último: el campo ha comprendido que la ciudad depende de él, mientras que hasta ahora sólo se sentía dependiente de la ciudad".*⁴³

⁴² Op.cit., p. 166.

⁴³ Ibid., p. 170.

Estas líneas, escritas en 1922, expresan el punto de vista de un intelectual urbano que sentía el aliento de una revolución cultural naciente. En 1958, en la China del *Gran Salto Adelante*, y luego de la Revolución Cultural a partir de 1965, surgirían y se afirmarían abiertamente temas similares a los que tal vez, si hemos de creer a Gorki, habían comenzado a surgir en la mente de los campesinos rusos: las ciudades parasitarias tendrían que desaparecer y las funciones de la sociedad tendrían que disolverse en el inmenso espacio del campo.

Gorki vio a los campesinos formular la opinión de que las fábricas debían distribuirse uniformemente por el campo. Las convulsiones del comienzo de la Revolución Rusa dieron lugar a una aspiración espontánea: eliminar la diferencia entre la ciudad y el campo desde sus cimientos. Gorki no ve en ello más que atraso, pero cita unas palabras sorprendentes:

Un campesino de Riazán me habló una vez de un plan muy curioso para la economía regional.

–Amigo, no necesitamos grandes fábricas: sólo conducen a revueltas y a todo tipo de libertinaje. Así es como nos organizaremos: una hilandería con cien obreros, una curtiduría –tampoco grande– y así sucesivamente, pequeñas fábricas, lo más separadas posible, para que los obreros no se amontonen en un solo lugar; y así, poco a poco, iremos cubriendo toda la provincia de pequeñas fábricas; luego otra provincia hará lo mismo. Así, cada una tiene todo lo que necesita y a nadie le falta nada.⁴⁴

Un sueño de «comunidades populares», «contando con sus propias fuerzas», por así decirlo...

El intelectual, el hombre de la ciudad, rechazaba este tipo de aspiración difusa a la nivelación. *El Campesino ruso* de Gorki comienza con las siguientes palabras: «Personas que me tienen en gran estima desde hace mucho tiempo me han preguntado qué pienso de Rusia. *Todo lo que pienso de mi país, o para ser más preciso, del pueblo ruso y de los campesinos que lo componen en su mayoría, me resulta muy doloroso.*»

¿Cuál es el origen de este odio hacia el campesinado ruso, de este resentimiento del que Gorki se hace portavoz? Ciertamente era el portavoz

⁴⁴ Ibid., p. 174-175.

de cierta corriente de opinión, de lo contrario es difícil imaginarlo publicando semejante manifiesto en 1922. Por supuesto, como hemos visto, había intereses de clase inmediatos en juego: el estatus del intelectual estaba ligado a la protección del patrimonio cultural amenazado por las masas; la batalla por los suministros entre la ciudad y el campo dejó profundas cicatrices y las semillas del resentimiento mutuo. Pero se intuye algo más antiguo en este odio, algo que habría tenido tiempo de consolidarse: el resultado de una larga cavilación súbitamente exacerbada por las circunstancias. ¿De dónde procede este odio? Se lo pregunté a un historiador soviético. Rechaza el término «odio» –¿cómo podría, si Gorki sigue siendo un autor venerado oficialmente? –En su opinión, refleja el giro de un gran número de intelectuales rusos de su generación que, llevados por la corriente «populista», fueron a predicar el socialismo a los lugares más remotos del campo, fueron bastante mal recibidos y regresaron llenos de amargura hacia el campesinado.

Habiendo sido testigo de fenómenos comparables, creo fácilmente en esta inversión. Pasar de la adoración mística al asco, por así decirlo sin transición, es un movimiento natural de exaltación de la pequeña burguesía intelectual. En Francia, poco antes o después de 1968, he visto a jóvenes intelectuales «establecerse» entre los obreros y entrar en la fábrica con el fervor religioso de hombres a los que por fin se va a revelar la verdad absoluta, para luego, tras una experiencia difícil o fracasada, abandonar el «establishment» declarando que los obreros están irremediablemente aburguesados, incluso podridos o son fascistas. Es cierto que no era así como sentía o actuaba la mayoría de los trabajadores «establecidos», pero esa minoría parlanchina de amargados alimentó toda una ideología anti-obrera en ciertas corrientes posteriores a 1968. Otros siguieron el mismo camino «à l'économie», es decir, sin el escenario físico del establishment: sin duda más dotados para el orden del discurso que para cualquier otro, pasaron simplemente de una retórica místicamente pro-obrera a una retórica patológicamente anti-obrera. Haber visto esto en Francia me lleva a creer que algo similar pudo haber ocurrido en Rusia, tras el regreso de los misioneros intelectuales decepcionados por su experiencia rural. Gorki se refiere a la forma en que la literatura rusa reflejó la inversión:

*"La literatura de los amigos del pueblo estaba al servicio de la agitación política y del idealismo campesino. Pero a finales del siglo XIX, la actitud de la literatura hacia el campo y el campesino cambió radicalmente, volviéndose menos autocompasiva y más veraz. Esta nueva actitud fue establecida por Antón Chéjov en sus cuentos En el barranco y Los mujiks."*⁴⁵

Gorki sugiere que él mismo había experimentado un viaje semejante:

"Pero, ¿dónde está ese campesino ruso bondadoso y reflexivo, ese incansable buscador de la verdad y la justicia, del que la literatura rusa del siglo XIX hablaba al mundo en términos tan bellos y persuasivos?"

*En mi juventud, perseveré en mi búsqueda de un hombre así en las aldeas de Rusia, y no lo encontré. Lo que sí encontré fue un realista severo y duro."*⁴⁶

Los desengaños de la juventud intelectual suelen ser vengativos. ¿Hay peor odio que el que sigue a un amor decepcionado? El éxito o el fracaso del enlace entre los jóvenes intelectuales y las masas obreras y campesinas es, en períodos de expansión revolucionaria, una cuestión compleja pero crucial: si estas fuerzas no encuentran un terreno común, si la ideología de los jóvenes intelectuales (que desempeñan un papel importante en la producción de objetos y superestructuras culturales) se forma en oposición a la ideología difusa de las fuerzas más profundas del pueblo, un enlace decisivo queda, de antemano, minado.

El fracaso, a finales del siglo XIX, del intento de fundir –mediante el «populismo»– la ideología del pueblo con una parte de la juventud intelectual rusa con el campesinado condujo, a corto plazo, a expresiones de desesperación e intentos de nihilismo. A largo plazo, este fracaso segregó el veneno de una ideología ferozmente anti-campesina en amplios sectores de la intelectualidad socialista y entre muchos de los que se convertirían en cuadros de la Revolución.

Este legado ideológico fue un elemento importante en la situación objetiva general de la lucha de clases en Rusia a lo largo de los primeros años del siglo XX. La línea de un partido político puede cambiar, las decisiones del poder central soviético pueden alterarse en cuestión de horas, pero las

⁴⁵ Op.cit. p. 143-144.

⁴⁶ Ibid. p. 140-141.

actitudes fundamentales de las clases y grupos sociales entre sí no cambian de la noche a la mañana. El polifacético conflicto entre la ciudad y el campo, que fue permanente desde el comienzo de la Revolución, también lleva la marca de esto.

Capítulo 4.

La revolución cultural

Finales de 1922, principios de 1923: Lenin, ya prácticamente inmovilizado por la enfermedad que pronto acabaría con su vida, libra sus últimas batallas políticas y reflexiona sobre la Revolución Rusa. ¿Cómo desarrollar la educación pública y desencadenar una «revolución cultural» en el campo? ¿Cómo combatir la monstruosidad burocrática del aparato estatal heredado del despotismo zarista? Había que preservar a toda costa el monopolio del comercio exterior, amenazado por maniobras políticas al más alto nivel... Básicamente, todo giraba en torno al campesinado. En 1917, las fuerzas proletarias tomaron el poder en un momento excepcional. Luego vino la guerra, las medidas improvisadas y, finalmente, tras las victorias militares y ante los levantamientos campesinos de 1921, el estrecho retroceso: la NEP. Y ahora, ¿cómo avanzar?

Recientemente se ha publicado el *Cuaderno de servicio de los secretarías de Lenin*: esta transcripción de las últimas actividades políticas del enfermo Lenin (del 21 de noviembre de 1922 al 6 de marzo de 1923) refleja claramente sus últimas obsesiones. Este *Cuaderno* contiene un texto extraordinario. Tiene lugar al comienzo del último mes de actividad de Lenin:

7 de febrero, por la mañana (anotado por M. Voloditcheva).

Fui a ver a Vladimir Ilich hacia las 12.30... Me dictó sobre los siguientes temas: 1) ¿Cómo unir las instituciones del Partido y de los soviets? 2) ¿Es compatible el estudio con la actividad profesional de los funcionarios?

Cuando llegó a las palabras "y cuanto más brusca sea esta revolución...", se detuvo, las repitió varias veces, parecía tener dificultades para continuar; me pidió que le ayudara releendo lo que había precedido; se echó a reír y dijo: "Ahí creo que me he atascado definitivamente; fíjate: ¡se ha atascado justo ahí!"⁴⁷

⁴⁷ O.C., vol. 42, pp. 519-520.

El «*atascamiento*» de Lenin precisamente en medio de esta frase («y tanto más repentina será esta revolución...») revela mejor que cien discursos el verdadero tono de sus artículos finales: bajo la seguridad de las indicaciones prácticas, un cuestionamiento trágico y ansioso. Algo se había «atascado», en efecto, no sólo en el discurso interrumpido de Lenin, sino en el curso mismo de la Revolución Rusa. Algo relacionado con la naturaleza misma de esta revolución, con su «brusquedad».

Se ha dicho una y otra vez que los artículos de enero de 1923 (*Cuadernos* y *Sobre la cooperación*), casi los últimos que Lenin pudo dictar antes de que se agravara su enfermedad, constituyen una especie de «testamento político» de Lenin sobre la cuestión campesina. Los leo una y otra vez, y me gustaría resumirlos, pero se me escapa. Percibo algo extremadamente denso y espeso a la vez, una intuición muy profunda del abismo entre la ciudad y el campo –en el que Lenin ve la amenaza de que toda la Rusia soviética sea engullida– y una indicación de algo que hay que conquistar, que concierne tanto a las relaciones materiales como a las ideológicas... Sin embargo, la tensión extrema del pensamiento, en su esfuerzo por abordar una realidad opaca y compleja que el instinto político aún capta en bloque, produce un objeto indiferenciado. Es fácil ver que a partir de aquí puede desplegarse un sistema de análisis, una política y un nuevo desarrollo –a través de la interacción– de la práctica y la teoría... Pero lo que tenemos ante nosotros es sólo el amanecer, y el ojo lucha por diferenciar las formas en el claroscuro. ¿Cómo no pensar una vez más en el «*atascamiento*» del *Cuaderno de las secretarías*?

Se ha hablado mucho del *Plan Cooperativo* de Lenin, en particular durante los debates y conflictos de la NEP tras la muerte de Lenin. El término «plan» es obviamente excesivo cuando se aplica a los últimos artículos de Lenin. O debería entenderse en el sentido de «mapa», «ubicación». Igual que uno dibuja rápidamente sobre el papel unas líneas que conforman el «plano» de un lugar. Lenin aparece aquí como un hombre que anda a tientas en una habitación oscura, tratando de localizar los obstáculos y la disposición del lugar.

El método de tanteo de Lenin es confuso al principio, pero muy lógicamente materialista cuando se piensa en ello: *enumera medidas prácticas*,

a veces detalladamente. Fuente de malentendidos: estas indicaciones finales, brutalmente subrayadas por la desaparición de Lenin, se congelarían como «instrucciones», luego como «testamento». Pero aquí la letra amenaza al espíritu. No hay comparación entre las instrucciones prácticas de Lenin y la magnitud del problema fundamental que abordaba. Si queremos atenernos al sentido estricto de lo que se dice, podemos resumirlo a grandes rasgos de la siguiente manera: «alfabetización y comercio cooperativo». En detalle, esto significa promover el magisterio, desarrollar la enseñanza primaria, organizar el «apadrinamiento de la población rural por los trabajadores de la ciudad», crear instituciones cooperativas y utilizar los vínculos comerciales para establecer relaciones culturales, etc.

Lenin sabía muy bien que el tiempo apremiaba, y qué fuerza inercial tienen los hábitos: lanzar un llamamiento sin indicar al menos algunas medidas concretas es casi seguro dejar que se pierda como un fino hilo de agua en la arena. Hablar de política significa proponer medidas, por pequeñas que sean. Y no hay otra manera de hacerlo: las medidas concretas son una manera de entrar en contacto con la realidad. Desencadenan a la vez un proceso de cambio práctico y un proceso de conocimiento. La realidad cambia, y también nuestra visión de ella. Lo que es inadecuado en las medidas iniciales o propuestas se hace evidente en la acción. Y las fuerzas sociales implicadas en el proceso producen nuevas ideas y nuevas formas de organización.

Extraer algunas medidas prácticas de este proceso, y darles el valor de instrucciones definitivas independientemente de cuándo fueron formuladas: las privarás de toda vida. *Da la casualidad de que la muerte de Lenin condenó sus últimas instrucciones a este destino.* Sin embargo, el presupuesto para la enseñanza pública, la ración para los profesores⁴⁸, el hermanoamiento de las organizaciones urbanas y rurales, el desarrollo de la red de cooperativas, no son más que las primeras pinceladas de un sistema global cuya estructura se estructurará y transformará necesariamente –según la

⁴⁸ «No debemos escatimar en la ración de pan para los maestros en un año como éste, en el que estamos relativamente bien abastecidos de trigo». (Hojas de cuadernos, en O.C., vol. 33, p. 475).

manera de pensar y actuar de Lenin– en contacto con la realidad. Hay que ir más allá y tratar de comprender en qué consiste todo esto.

En las *Hojas del Cuaderno* (enero de 1923) podemos sentir casi físicamente cómo, sobre un problema que Lenin se compromete a plantear en nuevos términos, su pensamiento se abre camino a tientas entre la certeza de la urgencia y la vacilación sobre los medios.

La urgencia y la extrema importancia de un impulso ideológico para tratar de reducir la brecha entre la población urbana y la rural:

*"Tenemos que empezar por establecer contacto entre la ciudad y el campo [...] establecer contacto entre los trabajadores de la ciudad y los trabajadores del campo [...]. ¿Seremos capaces de «unir» todas las células urbanas a todas las células rurales para que cada célula obrera «unida» a una célula rural esté constantemente a la búsqueda de oportunidades para satisfacer tal o cual necesidad cultural de su célula? ¿O podemos encontrar otras formas de vinculación? Me limitaré aquí a plantear la pregunta para [...] exponer en toda su amplitud este inmenso problema cultural de trascendencia histórica mundial".*⁴⁹

Pero las vacilaciones de Lenin sobre la naturaleza de este impulso ideológico se revelan unas líneas antes en el mismo artículo:

"Había hecho algunas investigaciones para el discurso que no pude pronunciar en el Congreso de los Soviets de diciembre de 1922, que debía tratar del auspicio de la población rural por parte de los trabajadores urbanos [...]. Este es un problema político esencial, de importancia decisiva para toda nuestra revolución: la actitud de la ciudad hacia el campo.

[Podemos y debemos utilizar nuestro poder para hacer del obrero urbano el verdadero propagador de las ideas comunistas entre el proletariado rural.]

*He dicho «comunistas», pero me apresuro a hacer algunas reservas, temiendo provocar un malentendido o que se me entienda demasiado literalmente. En ningún caso debe entenderse que debemos llevar inmediatamente las ideas comunistas puras y simples al campo".*⁵⁰

Aquí, Lenin comete un extraño «lapsus linguae deliberado»: propone el término propagandístico «comunista» en el pueblo, e inmediatamente

⁴⁹ O.C. tomo 33., p. 478.

⁵⁰ Ibid., p. 477-478.

después parece retirarlo. Pero cuando uno está escribiendo un texto y se le ocurre una palabra inapropiada, ¿no es más sencillo tacharla (o, al dictar, hacer que la borren), para que el lector no sepa nada de ella? Esto parece tanto más natural en un texto político, donde es importante dejar claro lo que se quiere decir sin la menor ambigüedad. Pero aquí *Lenin prefiere dejar la palabra y luego tacharla para que todos la vean*.

¿Se trata de un descuido? No es muy probable para una cuestión de esta importancia. Después de todo, lo que está en juego aquí es la «revolución cultural» que Lenin reclamó varias veces en sus últimos textos. ¿Qué significado le da a estas palabras? Si leemos los textos literalmente y nos atenemos a las medidas preconizadas, oiremos: *alfabetización de toda la población, penetración de la enseñanza primaria en el campo, fin del aislamiento de las aldeas incorporándolas a los circuitos económicos y comerciales de la sociedad soviética*. Pero bajo la evidencia de este significado, a veces se puede discernir un segundo, esperando entre bastidores por así decirlo. *Es como si Lenin sólo estuviera revelando la parte emergente, clasificable, de una meditación más profunda*. De ahí estas indicaciones fugaces, palabras usadas y retiradas, aproximaciones. De ahí el «lapsus linguae deliberado». Otra frase del mismo texto es también notable. Lenin dice que no hay que «llevar inmediatamente al campo las ideas comunistas puras y simples».

¿Es una forma de decir que sería útil llevar «ideas comunistas» de otra naturaleza, que no fueran «puras y simples»? ¿Y que Lenin, conociendo la forma concreta en que la propaganda comunista había sido llevada hasta ahora al campo por misioneros «proletarios» imbuidos de prejuicios anti-campesinos, preferiría cortar por lo sano por el momento? Esto parece probable, y en línea con las numerosas advertencias de Lenin en la misma época contra la «autocomplacencia comunista». ¿Qué sentido tiene soñar con ofensivas ideológicas para las que no hay fuerzas políticas preparadas?

Conocemos bien la otra limitación, también presente en varios textos de Lenin, particularmente de este período:

"Mientras no tengamos una base material para el comunismo en la aldea, [llevar allí las ideas comunistas puras y simples], sería, podría decirse, hacer un trabajo dañino, un trabajo dañino para el comunismo."⁵¹

Lenin estaba convencido de que las ventajas de la agricultura colectiva a gran escala sólo podían demostrarse al campesinado mediante la mecanización generalizada («Regalen 100.000 tractores...»). Hasta 1923, se refirió constantemente a la maquinaria agrícola y a la electrificación como los factores materiales determinantes de la transformación socialista del campo. Basándose en las previsiones de los especialistas, pensaba que la mayor parte de la electrificación podría realizarse en unos diez años. Este era, por así decirlo, su «plan a medio plazo», formulado entre 1920 y 1921: situaba, pues, el punto de inflexión probable en torno a 1930. Al mismo tiempo, también formuló una especie de «plan a corto plazo», basado en una doble «alianza» económica: internamente con el campesinado, en forma de libre comercio; externamente con el gran capitalismo internacional, en forma de «concesiones» industriales (dando a las grandes empresas extranjeras la oportunidad de explotar parte de los recursos naturales de Rusia a cambio de una participación en la producción). Lenin presentó este «plan», del que esperaba resultados rápidos (en uno o dos años), a los X y XI Congresos del Partido Comunista. La liberación de las tendencias capitalistas en el interior y la petición de ayuda del capitalismo exterior implicaban evidentemente riesgos que se agravarían masivamente con una *conjunción* de estas dos fuerzas a expensas del poder soviético. De ahí la extrema importancia, para Lenin, de cerrar rigurosamente las fronteras económicas de la Unión Soviética, y las batallas que libró poco antes de su muerte contra los dirigentes que proponían relajar el monopolio del comercio exterior.

El plan inmediato era utilizar todos los medios posibles para obtener productos industriales a cambio de la parte comercializable de la cosecha. Si no hay nada que obtener a cambio, los campesinos, agotados por la guerra y el hambre, no darán «crédito» ni entregarán nada. Por el momen-

⁵¹ Ibid., p. 478.

to, las «concesiones» a las empresas extranjeras que traen equipos y tecnología pueden ser la forma de liberar esta producción industrial.

Fue sobre la base de este razonamiento que Lenin defendió la política de «concesiones» ante la fracción comunista del Consejo Central de Sindicatos en abril de 1921:

"Cada producto adicional [obtenido gracias a las concesiones; R.L.] será canjeado a los campesinos por trigo y creará, en consecuencia, una relación estable entre la clase obrera y el campesinado".⁵²

Sin embargo, hay que darse cuenta de que esta nueva política sólo podía intentarse a partir de este momento: la victoria militar sobre las fuerzas intervencionistas extranjeras hizo posibles los acuerdos económicos con las empresas imperialistas, lo que no había ocurrido antes.

De hecho, para Lenin, a partir de 1921 se estaba jugando un juego completamente nuevo, y los «planes» que empezó a formular a partir de ese momento sólo pueden entenderse teniendo en cuenta el cuadro completo. A la luz de la experiencia china, la posición de Lenin, que subordinaba la socialización del campo a un salto adelante de las fuerzas productivas materiales, es hoy fácilmente tachada de «mecanicista». No hay duda de que Lenin siguió influido por la ortodoxia marxista de la socialdemocracia de la época –lo que los comunistas chinos llamaron más tarde la «teoría de las fuerzas productivas». Pero todas sus formulaciones, y los «planes» que empezó a esbozar desde 1921 hasta su muerte, no constituían más que un marco aproximativo, una hipótesis estratégica siempre sujeta a transgresión en el curso del desarrollo real. ¿No transformó Lenin profundamente su concepción del «capitalismo de Estado» en las tres formulaciones que presentó –primavera de 1918, primavera de 1921, otoño de 1921?

En retrospectiva, el «plan» se congela, el ensayo y error se borra, la apertura al movimiento de masas se olvida: todo lo que se recuerda es la primacía de la mecanización. Sin embargo, la actitud política de Lenin era mucho más compleja.

⁵² O.C., t. 42., p. 303.

El 27 de diciembre de 1920, Lenin respondió a las preguntas de los miembros de la fracción comunista del VIII Congreso de los Soviets. El debate versaba sobre un proyecto de ley que concedía primas a los agricultores que hubieran mejorado su productividad. Los delegados expresaron su temor de que las primas fueran a parar a los kulaks e intentaron entrar en los detalles de los criterios de asignación. La respuesta de Lenin subrayó la capacidad de discernimiento del campesinado:

"¿Qué criterios deben utilizarse para distinguir al 'kulak concienciado' del 'campesino medio concienciado'?"

*– Los campesinos lo saben mejor que nosotros [...]. Si preguntas dónde está el criterio que distingue al campesino medio concienciado del kulak concienciado, lo sabemos perfectamente sobre el terreno. No pretendemos escribir una ley sobre el tema porque eso significaría escribir todo un volumen sobre cómo se comporta la gente como kulaks, mientras que sobre el terreno lo sabemos todo."*⁵³

Y a una pregunta sobre el riesgo de fortalecer «los tambaleantes cimientos capitalistas en la agricultura», Lenin volvió a llamar la atención sobre la realidad ideológica de las masas campesinas:

*"Camaradas, ustedes saben que en nuestro país las granjas individuales son, por así decirlo, los cimientos del capitalismo. Esto es indiscutible, y lo señalé en mi informe cuando dije francamente que lo más terrible no era el centro de tráfico de la plaza Sukharevskaya, ni el que existe clandestinamente en otra plaza, sino el que se esconde en la mentalidad de cada campesino individual. ¿Podemos deshacernos de él en uno o dos años? No. Pero el momento de mejorar la economía es ahora."*⁵⁴

Precisamente porque observaba el estado de ánimo de las masas campesinas, Lenin, a partir de 1921, se convenció de que el campesinado ya no daría crédito. En la nueva situación política creada por la victoria militar, y en el estado de extrema indigencia en que lo había sumido la guerra, el campesinado exigía un mínimo de productos industriales a cambio de las mercancías que entregaba a la ciudad. La primera base material de una

⁵³ O.C. t. 42. p. 266-267.

⁵⁴ Ibid., p. 269.

política agraria es, pues: tener algo que intercambiar. Y, a más largo plazo, dotar al campo de medios de producción:

*"Si podéis suministrar maquinaria al campesinado, lo reviviréis, y el día que les deis maquinaria o electrificación, decenas y centenares de miles de pequeños kulaks serán aniquilados. Mientras tanto, dales al menos cierta cantidad de mercancías."*⁵⁵

Una vez más, lo material y lo ideológico se entrelazaron, como vimos en la lucha contra el hambre en la primavera de 1918. Pero aquí, fue el estado ideológico de las masas al final de la guerra lo que determinó el conjunto. Durante todo el período del comunismo de guerra, el campesinado luchó en dos frentes: contra los blancos para conservar la tierra y contra los bolcheviques para conservar el grano. Este era el principal peligro que determinaba la principal contradicción: hasta 1921, el riesgo de una restauración del antiguo régimen y el retorno de los terratenientes. Independientemente de la violencia de las batallas por la cosecha, que cada año, en torno a la primavera⁵⁶, exacerbaban el enfrentamiento por las cuestiones rurales, el campesinado se mantuvo en una posición de *alianza limitada* con el poder soviético. Su participación en la guerra civil fue un factor importante en la victoria. Pero el éxito militar y el fin de la amenaza exterior en 1921 invirtieron el orden de prioridades del campesinado. Esto fue tanto más cierto cuanto que la contradicción en torno a la cosecha se vio exacerbada por la hambruna que volvió a hacer estragos. Esto provocó levantamientos campesinos masivos, sobre todo en la provincia de Tambov:

⁵⁵ Informe al X Congreso del PC(b)R, 15 de marzo de 1921, en O.C., vol. 32, pp. 235-236.

⁵⁶ Sobre estos brotes estacionales, véase el discurso de Lenin a la asamblea de militantes del partido en Moscú el 24 de febrero de 1921: "[...] El bandolerismo y las sublevaciones de los kulaks van en aumento [...]. La influencia de los socialistas-revolucionarios se deja sentir en el bandidaje [...] cada primavera sueñan con derrocar el poder de los soviets [...]. Los eseristas están vinculados a los incendiarios del campo. Este vínculo se revela también por el hecho de que los levantamientos tienen lugar precisamente en las regiones de las que sacamos nuestro trigo." (O.C., vol. 42, pp. 278-279.)

Aquí vemos de nuevo el efecto del ciclo del trabajo agrario sobre el ritmo de la lucha de clases en el campo.

*"En 1921, después de haber superado la importantísima etapa de la guerra civil, y de haberla superado victoriosamente, nos topamos con una gran –creo que la mayor– crisis política interna en la Rusia soviética, una crisis que provocó el descontento de una parte importante de los campesinos, y también de los obreros. Fue la primera y, espero, la última vez en la historia de la Rusia soviética que grandes masas de campesinos se volvieron contra nosotros, instintiva y no conscientemente."*⁵⁷

Lenin y la dirección del partido bolchevique consiguieron salvar la situación en el último momento aboliendo las requisas de grano, que fueron sustituidas por impuestos en especie, restableciendo después la libertad de comercio y, por último, introduciendo una serie de medidas de liberalización económica conocidas como la NEP. En ese momento, puede decirse que el estado de deterioro de las relaciones ideológicas entre los diversos componentes de la sociedad rusa estaba en su peor momento. Estaba al borde del colapso total y la desintegración. En 1921, las contradicciones ideológicas entre las fuerzas sociales que componían la Rusia soviética eran extremadamente agudas.

En los textos de Lenin de 1922-1923, encontramos el primer esbozo de una reflexión sobre este tema: *¿qué hacer para reducir el abismo ideológico existente entre los diferentes componentes de la sociedad rusa?* En el gigantesco torbellino que fue la Revolución, las masas buscaban su camino: obreros, campesinos, intelectuales, gente del campo, habitantes de las ciudades, soldados... – y para que el conjunto avanzara, ¡todos tenían que encontrar algo en común!

En 1921, Rusia fue testigo de una oleada de movimientos de masas y políticos de diversa índole. Campesinos, marineros, obreros; anarquistas, socialistas-revolucionarios, mencheviques, bolcheviques opuestos, y también restos de las fuerzas blancas. Todas estas cosas confluyeron en un impetuoso fermento: una crisis política y una crisis de la sociedad. Donde hubo un levantamiento armado, como en Kronstadt, la cuestión se resol-

⁵⁷ *Informe al IV Congreso de la Internacional Comunista*, 13 nov. 1922, en O.C., vol. 33, p. 433.

vió militarmente. Y, políticamente, se resolvió temporalmente mediante lo que Lenin llamó «concesiones y retirada»: la NEP.

Concesiones y retirada. Pero, ¿y ahora qué? ¿Cómo extraer de la maraña de movimientos políticos y sociales que han sacudido el país, más allá de las insurrecciones de Tambov, Kronstadt y otros lugares, lo positivo del movimiento de masas en esta etapa de la Revolución? *Este es precisamente el problema al que el bolchevismo ruso no ofrece ninguna respuesta fundamental.* En la época de la Revolución Cultural, los comunistas chinos llamaron a este problema «revolución bajo la dictadura del proletariado». Una rebelión bajo la dictadura del proletariado no se dirige necesariamente contra la dictadura del proletariado: puede ser revolucionaria en esencia y manifestarlo si se le ayuda a descubrir sus verdaderos objetivos. *Este problema estaba en el centro de la cuestión campesina en Rusia a partir de 1921.* En cierto modo, fue también el problema central que Lenin abordó justo antes de su muerte.

Hasta 1921, las posibilidades de revolución ideológica en el pueblo estaban limitadas por la batalla por el grano. Con la NEP, el fin de los enfrentamientos armados con los campesinos para recuperar la cosecha permitió plantear la cuestión en nuevos términos. ¿Quizás la pausa brindó la oportunidad de transformar los movimientos de resistencia de masas a ciertas prácticas del nuevo poder y al burocratismo del aparato estatal en una fuerza positiva para la revolucionarización de la sociedad? Lenin sin duda lo intuyó, y concentró sus pensamientos en el problema de la revolución ideológica.

Vuelvo a este artículo, en medio del cual la secretaria de Lenin lo vio «atascado». No da el título, pero se puede identificar por la fecha y la cita. Se trata de *Más vale poco y bueno*, el último artículo de Lenin (fechado el 2 de marzo de 1923). En él, Lenin critica violentamente el aparato estatal soviético y la herencia cultural del pasado. Centra su análisis en la espantosa amplitud del desfase entre las transformaciones políticas, sociales y económicas, por un lado, y la transformación de la ideología en el sentido más amplio, por otro:

Cualquier revolución agraria de la mayor trascendencia universal era meditada con una audacia sin precedente en otros Estados, pero, a la vez, faltaba imaginación para realizar una reforma oficinesca de décimo orden [...]

Nuestra actual vida cotidiana reúne en grado sorprendente rasgos de increíble osadía y timidez de pensamiento ante los menores cambios.

Creo que tampoco ha sido de otra manera en ninguna revolución verdaderamente grande, porque las revoluciones grandes de verdad nacen de las contradicciones entre lo viejo, entre la tendencia al cultivo de lo viejo, y la más abstracta aspiración a lo nuevo, que debe ser ya tan nuevo que no contenga ni un grano de lo viejo.⁵⁸

Y aquí está precisamente la frase en la que Lenin «se atasca»:

Y cuanto más radical sea la revolución, tanto más se prolongará el período en que se mantenga cierto número de contradicciones.

«Nota: aquí es donde se atascó...». ¿Cómo pensar la aparición de algo radicalmente nuevo, tan «abstracto» que ya no contiene nada del pasado? Aquí, el pensamiento roza la nada, la desafía. Los ataques de hemiplejía de Lenin aumentaron, y su cerebro se paralizó. Pronto, Lenin ya no podría hablar... ¿De qué murió? De esa tensión extrema del pensamiento, de ese extraordinario esfuerzo mental por concebir lo hasta entonces impensado. Quizá porque había intentado definir esta «revolución cultural», cuya urgencia intuía pero para la que aún no encontraba palanca en la realidad rusa. Como dijo Marx, «la humanidad sólo se plantea problemas que puede resolver». ¿Sería fatal para un político revolucionario plantear problemas que su época aún no estaba preparada para resolver?

⁵⁸ *Más vale poco y bueno*, op.cit. tomo 33., p. 512

SEGUNDA PARTE

LENIN Y TAYLOR

Capítulo 1. ¿Qué es el sistema Taylor?

Cuando, tras la firma de la Paz de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918), estalló un debate sobre la organización económica del nuevo régimen, Lenin propugnó, entre otras medidas de emergencia destinadas a establecer la disciplina laboral y elevar la productividad, la introducción sistemática de elementos extraídos del sistema taylorista.⁵⁹ Inmediatamente atacada por los «comunistas de izquierda» (el grupo de Bujarin), los mencheviques y los anarquistas, esta posición fue el centro de enconados debates. Posteriormente, ha sido un argumento de elección para todos aquellos que se han esforzado por construir un retrato de un Lenin sistemáticamente despótico, soñando con una sociedad de autómatas. Creo que un análisis detallado del «taylorismo» de Lenin, de las condiciones de su surgimiento y de su especificidad hará justicia a esta caricatura. El hecho es que la referencia explícita al taylorismo en la política de organización del trabajo a partir de marzo de 1918 marcó profundamente el sistema de producción soviético desde sus inicios. Sus rastros pueden encontrarse no sólo en la estructura del proceso de trabajo, sino en la sociedad soviética en su conjunto. Por lo tanto, es importante estudiarlo detenidamente.

⁵⁹ «Es necesario organizar en Rusia el estudio y la enseñanza del sistema taylorista, su experimentación sistemática y su adaptación». (Las tareas inmediatas del poder soviético, publicado el 28 de abril de 1918, en O.C., vol. 27, pág. 268.)

En su discurso ante la dirección del Consejo Central de la Economía Nacional el 1 de abril de 1918, Lenin había insistido en que el decreto sobre la disciplina laboral debía referirse al sistema de Taylor. El acta decía: «La discusión se refiere al proyecto sobre disciplina laboral, elaborado por el Consejo de Sindicatos de Rusia. El camarada Lenin propone una serie de enmiendas y formulaciones más precisas de ciertos puntos, propone hacer más concreto el proyecto [...]. El decreto debe hablar claramente de la introducción del sistema Taylor, es decir, de la utilización de todos los procedimientos científicos de trabajo que implica este sistema [...]. Durante la aplicación de este sistema, invitar a ingenieros americanos [...]». (O.C., vol. 42, p. 72.)

*Pero primero, ¿qué es el sistema Taylor?*⁶⁰

Es el nombre que recibe el método de organización del trabajo (*gestión científica*) desarrollado y experimentado en Estados Unidos a partir de 1890 por el ingeniero y más tarde «consultor organizativo» Frederic Winslow Taylor.

El punto de partida de Taylor fue la observación (basada en la experiencia: había sido obrero manual y luego capataz) de que todos los trabajadores practicaban la «holgazanería», es decir, producían sistemáticamente menos de lo que era físicamente posible. Amenazas, recompensas, órdenes, primas, nada servía de nada, y todos los sistemas de gestión «clásicos» resultaban impotentes. ¿Cómo superar este *freno* a la productividad?

En última instancia, para Taylor se trataba de una cuestión de poder y conocimiento. Concretamente, el equilibrio de poder en el conocimiento. Básicamente, los trabajadores son libres de frenar la producción porque

⁶⁰ Hoy en día, lo que se conoce como la crítica de la división capitalista del trabajo (parcelarización de tareas, separación entre trabajo manual e intelectual, etc.) se ha convertido en un lugar común en la opinión pública revolucionaria e incluso en las corrientes reformistas más vulgares. La Revolución Cultural china y las revueltas obreras en los países capitalistas han roto profundamente la pantalla que separaba el proceso laboral de la escena política.

Además, cincuenta años de taylorismo han resultado, desde el punto de vista del capitalismo, en un fracaso relativo. Los «gerentes» capitalistas cuentan ahora los falsos costes del aburrimiento, la falta de atención, el asco y el absentismo: miden la enorme fuerza de esta *resistencia pasiva* que, *en las líneas y en la repetición sin fin de gestos idénticos, socava la productividad y la calidad de la producción y, por tanto, su sacrosanto beneficio*. A través de «nuevos» experimentos en la organización del trabajo, los capitalistas de vanguardia, cuestionando ellos mismos el taylorismo, esperan revivir la ofensiva ideológica del productivismo bajo un disfraz moderno. La idea del taylorismo en 1975 incorpora necesariamente esta historia, aunque no sea explícita. En este capítulo, presento un taylorismo clásico, tal como puede deducirse de los propios textos de Taylor (de 1911-1912). Pero una lectura actual de Taylor implica una decantación retrospectiva: Taylor se lee teniendo en mente el trabajo en cadena de montaje y los desarrollos prácticos de la parcelarización. Esto era menos evidente para el lector de la época, aunque ya estuviera «en el texto». Veremos la lectura de Lenin más adelante.

los jefes y directores de empresa les dejan prácticamente libertad para utilizar los métodos de trabajo que consideran buenos y que les han transmitido sus colegas más experimentados. El *know-how* profesional es una especie de capital en manos de los trabajadores: los jefes compran su uso pero no tienen acceso directo a él y, en consecuencia, no saben cómo debe hacerse el trabajo, cuál es la cantidad «correcta» de tiempo que debe asignarse a cada tarea, etcétera. Debido a esta ignorancia por parte de sus empleados, los trabajadores imponen sus propias normas, que son inferiores a la productividad posible. Anule el monopolio de los conocimientos profesionales de los trabajadores y los tendrá a su merced en lo que respecta a las normas de tiempo y rendimiento: ésta es la conclusión de Taylor y el objetivo explícito de todo su sistema de «dirección científica del trabajo».

La función esencial del sistema Taylor es dar a la dirección capitalista del proceso de trabajo los medios para apropiarse de todo el conocimiento práctico hasta ahora monopolizado de facto por los trabajadores. Hay poca o ninguna producción de nuevos conocimientos, sino la apropiación por el capital y sus agentes de los conocimientos de los trabajadores, *de la forma más perfectamente adecuados*. El método Taylor pretende ser «científico» simplemente porque clasifica y sistematiza.

El propio Taylor reconoció que, en general, no innovaba mucho en los conocimientos técnicos preexistentes:

"La primera de estas obligaciones [de una dirección "científica"] está constituida por la recopilación deliberada, por parte de quienes forman parte de la dirección, de la gran masa de conocimientos tradicionales que, en el pasado, estaba en la cabeza de los trabajadores, que se expresaba en la destreza física que habían adquirido a lo largo de años de experiencia. Esta obligación de reunir esta gran masa de conocimientos tradicionales, registrarla, clasificarla y, en muchos casos, reducirla finalmente a leyes y reglas, expresadas incluso en fórmulas matemáticas, es asumida voluntariamente por los directores científicos. [Este principio] puede considerarse como el desarrollo de una ciencia que sustituye al antiguo sistema de conocimientos empíricos de los obreros, esos conocimientos que los obreros poseen y que en muchos casos son tan exactos como los que finalmente obtiene la dirección, pero que los obreros, en novecientos noventa y nueve

casos de cada mil, conservan en su mente y de los que no existe una declaración permanente y completa."⁶¹

Se trata de una confesión de la mayor importancia, a partir de la cual la «organización científica del trabajo» adquiere su verdadero significado: Taylor reconoció que tenía poco que enseñar a los trabajadores en materia de proceso de trabajo. En el fondo, su «sistema» no tenía como objetivo esencial la división técnica del trabajo (al menos inicialmente): al contrario, transformaba y perfeccionaba la división social del trabajo introducida por el capitalismo. Al codificar y «clasificar» los conocimientos adquiridos sobre el proceso de trabajo, el taylorismo pretende abiertamente constituir un cuerpo de doctrina externo a los productores directos, que puede serles impuesto desde el *exterior* por la dirección capitalista del proceso de trabajo, propietaria privada, por así decirlo, de todos los conocimientos relativos al proceso de trabajo.

En la práctica, es el ejército de supervisores puesto en marcha por el capital (departamentos de dirección, oficina de métodos, supervisores) el que se encarga de captar, monopolizar y dispensar, *al detalle* por así decirlo, estos conocimientos a medida que se desarrolla el proceso de trabajo, para hacer del trabajador un ejecutor en el sentido más riguroso del término. Se trata de una operación decisiva, que podría calificarse de «expropiación masiva del saber». Al hacer de la supervisión social una necesidad *técnica* en todo momento, esperan asegurar de una vez por todas su autoridad indiscutible y darle el poder de romper la famosa «ociosidad» –o limitación voluntaria de la productividad– para imponer finalmente a los trabajadores el ritmo de trabajo elegido por el capital.

De ahí, como consecuencia más visible de la aplicación del sistema Taylor, un enorme aumento del aparato de supervisión del proceso de trabajo: ingenieros en la oficina de métodos, capataces, «monitores» encargados de calcular y aplicar los tiempos, de «formar» a los trabajadores, contables que trabajaban por la noche (en los primeros experimentos Taylor) en las cuentas de producción y de primas, para que por la mañana los trabajadores supieran exactamente en qué punto se encontraban en rela-

⁶¹ F. W. Taylor, *La Direction scientifique des entreprises*, Verviers, 1967, p. 80.

ción con la producción impuesta, etc. La organización social del trabajo, investida ahora de una coartada y una función técnicas, se dividía y subdividía como los innumerables hilos de una gigantesca tela de araña, en la que cada hilo formaba parte del proceso de producción, en la que cada gesto se aprieta dentro de estrechos límites, en la que se ha reducido toda posibilidad de iniciativa y autonomía del trabajador.

Es una gigantesca *burocratización* del proceso de trabajo. El aumento de la productividad (de la plusvalía extraída diariamente) permitirá mantener esas cohortes de vigilancia, y los capitalistas seguirán ganando ampliamente – al precio, para los trabajadores, de una intensidad de trabajo llevada al límite extremo de lo posible. Merece la pena citar el pasaje de la «*Declaración de Taylor ante la Comisión del Congreso de los Estados Unidos*» (1912), en el que describe la remodelación de la división del trabajo a la que conduce su sistema:

"El cuarto principio de la gestión científica es quizá el más difícil de entender para el ciudadano medio. Consiste en una división casi equitativa del trabajo en la empresa entre el trabajador, por un lado, y la dirección, por otro.

[...] Tomemos un ejemplo concreto de la industria de la ingeniería mecánica, que fabrica una gran variedad de máquinas. Esta empresa, que no sólo fabrica sino que también diseña lo que fabrica, debe tener un directivo por cada tres trabajadores.

*[...] En un taller, cuando la empresa funciona según el nuevo sistema, apenas hay un solo acto realizado por el trabajador que no vaya precedido y seguido de algún acto realizado por alguien de la dirección. Así ocurre durante todo el día. El trabajador hace algo, luego alguien de la dirección hace algo y viceversa..."*⁶²

Un miembro de la dirección por cada tres trabajadores: esta pléyade tiene hacia el proceso de trabajo ideal de Taylor, en el que todo lo que en el curso de la producción requiera el más mínimo esfuerzo de reflexión sería atendido por representantes de la dirección –el trabajador perfecto no sería más que un ejecutor descerebrado que podría ser entrenado para adaptarse al ritmo de la máquina. La base misma del «freno» de la pro-

⁶² Ibid., p. 89.

ducción, que no es otra que el libre albedrío técnico del productor directo, quedaría entonces, espera Taylor, definitivamente destrozada. Y, a nivel de la sociedad en su conjunto, los capitalistas podrían esperar que tal condicionamiento tuviera los efectos más felices sobre la paz social. Este punto también fue planteado repetidamente por Taylor, que mantenía que su «sistema» evitaba las huelgas. *El taylorismo encarnó así en un programa concreto de reorganización* lo que, medio siglo antes, Karl Marx había descrito como *la tendencia del modo de producción capitalista en lo que respecta a el proceso de trabajo*:

"No es sólo el trabajo el que se divide, subdivide y distribuye entre varios individuos, es el propio individuo el que se fragmenta y metamorfosea en el resorte automático de una operación exclusiva, de modo que encontramos realizada la absurda fábula de Menenio Agripa, que representa al hombre como un fragmento de su propio cuerpo.

*[...] Los conocimientos, la inteligencia y la fuerza de voluntad que el campesino independiente y el artesano despliegan a pequeña escala, del mismo modo que el salvaje practica todo el arte de la guerra en forma de astucia personal, ahora sólo son necesarios para el taller en su conjunto. Los poderes intelectuales de la producción se desarrollan en un lado sólo porque desaparecen en todos los demás. Lo que los trabajadores individuales pierden se concentra frente a ellos en el capital. La división del trabajo opone las potencias intelectuales de la producción como propiedad ajena y como potencia que las domina. Esta división [...] se completa [...] en la gran industria, que convierte la ciencia en una fuerza productiva independiente del trabajo y la pone al servicio del capital".*⁶³

El análisis de Marx se aplica palabra por palabra a la industria taylorizada a gran escala («racionalizada», como se la llamó en Europa entre las dos guerras mundiales). Esta forma de organizar el trabajo lleva al extremo la esencia de la división capitalista del trabajo, hasta el punto de que casi se convierte en un «tipo ideal»: la separación del trabajo manual e intelectual, de la concepción y la realización, del mando y la ejecución.

⁶³ Le Capital, libro I, coll. de la Pléiade, p. 903.

En un análisis del modo de producción capitalista «puro», la «organización científica del trabajo» de Taylor es la que mejor encarna el proceso de trabajo capitalista, reducido a su esencia.

¿Cómo llegó a tomarse este modo de organización del trabajo como modelo para la industria soviética en los primeros años después de la Revolución de Octubre?

Capítulo 2.

Los límites de la crítica de Lenin a Taylor antes de la Revolución de Octubre

*“¿En qué trabaja?”, le preguntaron al señor K.
El señor K. respondió: “Estoy muy atareado. Preparo mi próximo error.”*

Bertolt Brecht, *Historia de Almanaque*

I. Análisis de textos

En marzo de 1913 y marzo de 1914, Lenin publicó dos breves artículos en *Pravda* criticando el sistema taylorista. El taylorismo empezaba a abrirse camino en Rusia, al igual que en otros países europeos. En el invierno de 1912-1913 estalló en Francia una gran huelga en las fábricas Renault contra la introducción del sistema Taylor y el cronometraje. En los propios Estados Unidos, el sistema Taylor, que llevaba en uso poco más de diez años, encontró una fuerte resistencia por parte de los sindicatos y de algunos empresarios, lo que llevó a la creación de una comisión de investigación del Congreso en 1912. En Rusia, la existencia de grandes empresas industriales en manos del capital extranjero o controladas por él, la utilización masiva de mano de obra no cualificada recién llegada del campo y las condiciones terroristas de explotación de la clase obrera fueron factores favorables para el desarrollo del sistema Taylor.⁶⁴

⁶⁴ "El equipamiento industrial es, en general, suministrado por extranjeros; a menudo es muy moderno, pero incluso esto es (en cierto sentido) perjudicial: para garantizar una producción inmediata lo más satisfactoria posible, los empresarios recurren a los extranjeros para el trabajo cualificado y reservan el trabajo manual a los obreros rusos.

Esta tendencia se hizo más sistemática por la concentración de la industria, con la aparición de grandes empresas en particular, en las que *la división del trabajo estaba muy avanzada y se utilizaba predominantemente mano de obra. Los empresarios rusos y extranjeros deseaban estar a la vanguardia del «fordismo», que supuestamente*

Fue una conferencia sobre el taylorismo en el *Instituto de Ingenieros Ferroviarios y de Comunicaciones* de Petersburgo lo que motivó el primer artículo de Lenin: *Un sistema «científico» para exprimir al obrero*⁶⁵. El artículo criticaba duramente el sistema Taylor, que agotaba físicamente a los trabajadores y era una de las causas del desempleo. El segundo artículo, publicado exactamente un año después (*Le Système Taylor, c'est l'asservissement de l'homme par la machine*⁶⁶), era más detallado. Sobre todo, revela ya la doble apreciación del sistema Taylor que Lenin desarrollaría más tarde.

El artículo de 1914 comienza repitiendo los ataques del año anterior contra el sistema Taylor: en primer lugar, aumenta la explotación y agota físicamente a los obreros; en segundo lugar, agrava el desempleo. Esta vez, sin embargo, la descripción de los métodos tayloristas era más precisa, y el inventario que Lenin hacía de ellos revelaba una búsqueda de *racionalidad* en la organización del trabajo capitalista: uso de la fotografía y el cine, eliminación de los movimientos superfluos, nueva disposición de los edificios industriales para minimizar el transporte, transformación de las herramientas de trabajo y del orden de las operaciones.

A partir de ahí, la crítica de Lenin pivota y se centra en la contradicción entre una organización más «racional» del trabajo en la fábrica y la «anarquía» económica que reina en la sociedad capitalista:

"Pretenden aplastarlos y esclavizarlos aún más, sin ir más allá de una distribución racional y razonada del trabajo dentro de la fábrica.

La pregunta que surge naturalmente es: ¿qué pasa con la distribución en el conjunto de la sociedad? ¿Qué cantidad de trabajo se realiza actualmente para

haría innecesarias las competencias profesionales adquiridas mediante el aprendizaje". (Marcel Anstett, La Formation de la main-d'oeuvre qualifiée en Union soviétique, París, 1958).

El «fordismo» es una aplicación del sistema Taylor a la producción en serie: en 1913, Henry Ford introdujo la primera cadena de montaje en la fabricación de automóviles, en Detroit.

⁶⁵ O.C., vol. 18, pp. 618-619.

⁶⁶ O.C., vol. 20, pp. 156-158.

*nada, a causa de la incoherencia, del estado caótico en que está sumida toda la producción capitalista!"*⁶⁷

En 1914, Lenin analizó el sistema de Taylor como una «racionalización» del proceso de trabajo industrial («una distribución racional y razonada del trabajo dentro de la fábrica»): Fue de hecho bajo este nombre, en línea con la propia presentación ideológica de Taylor de su sistema (una «actividad científica de clasificación»), que el taylorismo se desarrolló en Europa en los años 1925-1930 – e incluso en la Unión Soviética (donde muchos discursos y artículos se dedicaron a distinguir la «racionalización socialista» de la «racionalización capitalista»).

La crítica de Lenin al taylorismo, y al capitalismo en general, era que limitaba la racionalización al proceso de trabajo, reduciéndola así al papel de un arma más en el arsenal de la explotación. El objetivo del análisis de Lenin es *disociar el taylorismo de su función de explotación capitalista y extender sus principios a toda la economía*. La «racionalización de la organización del trabajo proporciona el modelo para una racionalización de la organización económica de toda la sociedad»:

*"Sin que sus autores lo sepan y contra su voluntad, el sistema taylorista se prepara para el momento en que el proletariado tome en sus manos toda la producción social y nombre sus propias comisiones, comisiones obreras, encargadas de distribuir y regular juiciosamente todo el trabajo social. La gran producción, las máquinas, el ferrocarril, el teléfono, todo ello ofrece mil posibilidades de reducir cuatro veces el tiempo de trabajo de los obreros organizados, asegurándoles al mismo tiempo cuatro veces más bienestar del que disfrutaban ahora".*⁶⁸

Estas indicaciones del artículo de *Pravda* fueron confirmadas y ampliadas por los cuadernos que Lenin compiló poco después para preparar *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Formaban el marco de una línea de razonamiento sobre el taylorismo y la organización del trabajo que persistiría en Lenin, casi idéntica, hasta la primera versión (escrita en marzo de 1918, inédita entonces) de *Tareas inmediatas del poder soviético*.

⁶⁷ O.C., vol. 20, p. 157.

⁶⁸ Ibid., p. 158.

Tras estos dos brevísimos artículos de 1913 y 1914, Lenin no publicó nada más sobre Taylor hasta la Revolución de Octubre, y más concretamente hasta la primavera de 1918, *cuando abogó por la introducción sistemática del taylorismo en Rusia*.

En 1917, Lenin publicó dos textos teóricos fundamentales, que constituirían el programa básico de la estrategia revolucionaria de los bolcheviques en la segunda Revolución Rusa: *El imperialismo, fase superior del capitalismo* y *El Estado y la revolución*. Ninguna de estas obras menciona a Taylor. Sin embargo, los *Cuadernos de Lenin*, en los que recogió, principalmente en 1915-1916, el material para *El imperialismo, fase superior del capitalismo*⁶⁹, muestran que el taylorismo siguió atrayendo su atención en los años inmediatamente anteriores a la Revolución de 1917, y *que incluso conservó un lugar esencial en su pensamiento, en su concepción general de la Revolución Socialista*. En varias ocasiones, en las notas de los cuadernos preparatorios, parece que Lenin preveía concluir el Imperialismo... en el taylorismo y la «racionalización técnica» *como forma transitoria preparatoria del socialismo en la era del capitalismo monopolista*. Así, en uno de los «esbozos» de la obra, al final mismo, encontramos las siguientes notas:

"Saint-Simon y Marx (Schulze-Gaevernitz): Rápido crecimiento...

Progreso técnico y tortura (*Quârelei*)

Taylor y el «Estudio del movimiento»

Balance y conclusiones. El imperialismo y socialismo [...]⁷⁰

Luego, más adelante, bajo el epígrafe «Adiciones al plan de la obra» (adiciones tachadas posteriormente por Lenin), la siguiente indicación:

"(capítulo x) III. Imbricación versus socialización.

Saint-Simon y Marx. Riesser sobre la velocidad del crecimiento.

– ¿Transición a qué? ¿Taylor aquí?⁷¹

⁶⁹ Estos materiales se publicaron en la URSS a partir de 1933. Bajo el título *Cahiers de l'impérialisme*, forman el volumen 39 del O.C de Lenin (Moscú 1970, en francés).

⁷⁰ O.C., vol. 39, p. 246 - pasaje enmarcado por Lenin.

⁷¹ Ibid., p. 248.

De hecho, el texto final de *El imperialismo...* deja de lado el taylorismo: sólo menciona la «racionalización» económica por parte de los cárteles y los grandes bancos (asignación sistemática de recursos y materias primas, control de la industria pesada, reparto de los mercados...). ¿Por qué cambió Lenin de opinión? Sin duda, la Guerra Mundial y el establecimiento de economías de guerra centralizadas en Europa, particularmente en Alemania, llamaron más la atención sobre la organización económica general del capital monopolista. Sin duda también había una dificultad para analizar rigurosamente la dialéctica *tortura-progreso* en el sistema taylorista (el término «tortura» aplicado al uso que hace el capitalismo del sistema taylorista es de Lenin). En cualquier caso, Lenin no incluyó el taylorismo en el análisis sistemático del imperialismo que publicó en 1917, por lo que tenemos que remontarnos al material preparatorio para reconstruir su análisis de esta cuestión en aquel momento.

En los *Cuadernos del imperialismo* se puede encontrar una relación detallada de tres trabajos que analizan el taylorismo.

Lenin comenzó anotando en detalle una traducción alemana de *La gestión de la empresa de Taylor*, publicada en 1912 y presentada por un alemán que había visitado empresas estadounidenses y, en particular, la acería Bethlehem, una de las primeras fábricas «taylorizadas» de Estados Unidos. Lenin anota varias citas relativas a la lucha de Taylor contra el «frenazo» de los obreros. Observa cuidadosamente los datos que describen la nueva división entre trabajo directivo y ejecutivo en el sistema de Taylor. Esta transformación en la estructura del trabajo atrajo su atención porque *reforzaba el papel de la aristocracia obrera*, que denunció agudamente al mismo tiempo en sus otros textos sobre el imperialismo. Desde este punto de vista, Lenin observó el importantísimo papel que el sistema Taylor otorgaba a los capataces y a todo el personal de supervisión. Comenta: «Se intenta atraer y sobornar a los trabajadores haciéndolos pasar por capataces».⁷²

Otras citas sobre la cuestión de la supervisión del trabajo y la división entre tareas directivas y ejecutivas se hacen sin comentarios (o con la sim-

⁷² O.C., vol. 39, p. 153.

ple anotación "N.B."): por tanto, es imposible saber si Lenin sólo pretendía incorporarlas a su crítica social del taylorismo como *refuerzo de la aristocracia obrera* por las nuevas formas de organización capitalista, o si también lo veía como un componente de la «racionalización» y el «progreso técnico» que menciona más tarde. Así:

*"Es un error pensar que una fábrica funciona mejor cuando hay menos trabajadores «improductivos» (productivo = trabajo manual; «improductivo» = supervisores, etc., capataces, etc.). Lo cierto es lo contrario. [...] Wallich (el presentador alemán de Taylor) encontró 1 empleado por cada 3 obreros en la excelente 'empresa manufacturera Tabor' [...]".*⁷³

Citas posteriores muestran que Lenin estaba atento a la resistencia de los sindicatos al taylorismo. Señaló el carácter todavía limitado del taylorismo en Estados Unidos. Anotó la frase «en total, en América, sólo hay 60.000 obreros que trabajan según los principios de los establecimientos reorganizados» y comentó al margen:

*«N.B.: en el capitalismo, «tortura o tour de force», sólo 60.000 trabajadores.»*⁷⁴

A partir del libro de un ingeniero alemán, Seubert (*Aplicación práctica del sistema Taylor*, Berlín, 1914), Lenin vuelve a trazar la correlación entre el taylorismo y el desarrollo de la «aristocracia obrera»: «*aburguesamiento!!*», comenta al mencionar los aumentos salariales de un tercio, que elevan a los obreros al nivel económico de tenderos o técnicos. Destaca una vez más la nueva relación numérica entre los obreros, por un lado, y los trabajadores de cuello blanco y los supervisores, por otro, así como las indicaciones sobre el horario. En general, los comentarios de Lenin en estos dos libros sobre el sistema Taylor están dominados por la crítica social, centrándose en la sobreexplotación y el desarrollo de una aristocracia obrera. No ocurre lo mismo con el tercer libro que examina a continuación: *Étude du mouvement du point de vue de l'accroissement de la richesse nationale*, 1915 (un libro de Gilbreth, discípulo estadounidense de Taylor).

⁷³ Ibid., p. 153.

⁷⁴ Ibid. p. 155.

Aquí, el punto de vista se invierte y la conclusión final destaca el «progreso técnico» aportado por los métodos taylorianos.

Tras señalar en el libro de Gilbreth los recientes descubrimientos realizados en Estados Unidos sobre los «micromovimientos» utilizando fotografías, Lenin reproduce el siguiente pasaje:

*"Estos estudios interesan a toda la sociedad [...]. Un resultado característico es que poco a poco se va cerrando la brecha entre la escuela y la fábrica. El estudio intensivo de los movimientos muestra que hay mucha más similitud entre los oficios e incluso las profesiones desde el punto de vista mecánico de lo que nunca pensamos [Lenin, margen: "N.B."]. El mundo industrial exigirá cada vez más jóvenes obreros entrenados en la agilidad de los dedos [...]. Esto debe enseñarse en las escuelas públicas [...]. Actualmente existe un «enorme despilfarro» debido a la dispersión, a la repetición de «investigaciones», etc. Esto es asunto del gobierno. Es asunto del gobierno de los Estados Unidos organizar una oficina para la normalización de los oficios mecánicos. Las normas que allí se establecieran y recopilaran serían propiedad pública, y los investigadores independientes podrían inventar nuevas normas a partir de ellas."*⁷⁵

Comentario final de Lenin, texto en recuadro:

un excelente ejemplo de progreso técnico bajo el capitalismo que conduce al socialismo.

Leyendo este texto y los entusiastas comentarios, se puede adivinar lo que Lenin esperaba del taylorismo ya en 1915-1916 (e incluso un poco antes, a juzgar por el artículo de *Pravda* citado anteriormente). *Taylor quería «estandarizar» el trabajo manual para hacerlo mensurable y controlable por el capital.* Pero, al mismo tiempo, ¿no podemos ver en esta «estandarización» un paso hacia la eventual generalización del trabajo manual a toda la sociedad? Eso es lo que parece sugerir el texto de Gilbreth, y el vínculo escuela-fábrica que defiende va en la misma dirección. El sistema de Taylor aumenta la separación entre el trabajo manual y el intelectual, pero al simplificar el trabajo manual, prepara el camino para el momento en que

⁷⁵ Ibid., p. 159.

todo el mundo tendrá parte en él. La experiencia posterior ha demostrado que ese punto de vista subestima el empobrecimiento intelectual del proceso de trabajo y el estorbo burocrático que supone la aplicación del sistema Taylor. Volveremos sobre esto más adelante. Lenin no criticaba la concepción tecnológica del sistema Taylor: *al contrario, veía la «estandarización» del trabajo manual como un paso importante hacia el socialismo.*

Una segunda función positiva del sistema de Taylor a los ojos de Lenin surgió en el mismo período: *el aumento de la productividad del trabajo.* Este aumento de la productividad ocupaba un lugar *central* en el marco teórico-político de Lenin en 1917, incluso antes de que las circunstancias lo convirtieran en una cuestión de vida o muerte a corto plazo. En *El Estado y la Revolución*, Lenin escribió:

*"Lo que garantiza la posibilidad de esta destrucción (de la vieja máquina del Estado) es que el socialismo reducirá la jornada laboral, elevará a las masas a una nueva vida, colocará a la mayor parte de la población en condiciones que permitan a todos, sin excepción, cumplir las «funciones públicas». Y esto es lo que conducirá a la completa extinción del Estado en general."*⁷⁶

¿Y qué garantiza la reducción de la jornada laboral? Precisamente la generalización de la utilización «racional» de las fuerzas productivas, y en primer lugar de la fuerza de trabajo humana, que el capitalismo, pensaba Lenin, había preparado, pero frenado. El taylorismo le parecía uno de esos métodos.

Sobre esta base nacería un nuevo sistema político: *una jornada laboral más corta*, posible gracias a la «racionalización» legada por el capitalismo, liberado de los residuos con los que lo había cargado. *Liberar el tiempo de las masas populares para el funcionamiento del Estado*, para las tareas políticas y administrativas: para Lenin, en 1917, ésta era la principal transformación del proceso de trabajo en esta etapa, la que haría posible que las masas ejercieran la democracia.

Pero, ¿se transformaría cualitativamente esta jornada laboral cuantitativamente reducida? Para Lenin, ésta es otra cuestión, referida a otra etapa: el cambio en la *naturaleza* del trabajo y la abolición de la división del

⁷⁶ O.C., vol. 25, p. 528.

trabajo legado por el capitalismo forman parte de un programa a mucho más largo plazo, más allá de la dictadura del proletariado (cuando la sociedad alcance la «etapa superior de la sociedad comunista»):

"La base económica de la extinción total del Estado es el comunismo, que ha alcanzado un grado de desarrollo tan elevado que desaparece toda oposición entre el trabajo manual y el intelectual y que, por consiguiente, desaparece una de las principales fuentes de la desigualdad social contemporánea [...].

*La expropiación de los capitalistas conducirá necesariamente a un prodigioso desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad humana. Pero cuán rápido será este desarrollo, cuándo conducirá a la ruptura de la división del trabajo, a la eliminación de la oposición entre trabajo intelectual y trabajo manual, a la transformación del trabajo en la «primera necesidad vital», es lo que ni sabemos ni podemos saber."*⁷⁷

Como vemos, aquí las etapas están rigurosamente separadas. Lenin no prevé, en la etapa de la dictadura del proletariado, la aparición de embriones de una nueva división del trabajo que prepararía la etapa siguiente.

Esta separación estricta es una característica de la dialéctica leninista, del método específico por el que Lenin asume y pretende resolver un sistema de contradicciones. Desde el momento en que se determina un objetivo central para la etapa actual, todo se subordina a él, incluso al precio de contradicciones adicionales y obstáculos adicionales para el desarrollo ulterior. *Así, es aceptable profundizar la división entre trabajo manual e intelectual y reforzar la estructura autoritaria del proceso de trabajo si esto parece ser la condición para una eficiencia mucho mayor del trabajo productivo, y, por tanto, para la reducción del tiempo de trabajo, para la participación del proletariado en las tareas políticas y en los asuntos del Estado, el objetivo principal por el momento.*

Ya en 1917, antes de la Revolución de Octubre, el sistema de pensamiento de Lenin estaba preparado para la taylorización del trabajo industrial. Unos meses más tarde, las circunstancias no le dejarían otra opción. Al defender, en la primavera de 1918, las medidas de emergencia para establecer la disciplina laboral industrial contra los «comunistas de izquier-

⁷⁷ Ibid.

da», Lenin no rompió con los principios básicos planteados en *El Estado y la revolución*.

Este punto es esencial: para Lenin, la eliminación de la oposición entre trabajo manual e intelectual es el producto último del desarrollo de las fuerzas productivas. *No es el resultado de una acción deliberada del proletariado*. En un futuro inmediato, la función de la dictadura del proletariado será liberar la expansión de las fuerzas productivas y reducir la jornada laboral de las masas populares para permitirles gestionar los asuntos del Estado. En esta etapa, *el centro de gravedad de la toma del poder por las masas es el Estado, no el proceso productivo del trabajo*. Este principio siguió siendo un principio rector para Lenin hasta su muerte.

II. Raíces en la realidad social

Sobre la base de esta concepción general, es comprensible que Lenin fuera capaz de detectar elementos positivos en el sistema taylorista en vísperas de la Revolución de 1917. Pero el carácter limitado de la crítica de Lenin al taylorismo tuvo consecuencias tan profundas para el curso posterior de la Revolución Soviética que es importante ir más allá en el análisis de su posición y su contexto histórico.

Las indicaciones de los *Cuadernos sobre el imperialismo* de Lenin muestran los puntos en los que se centraba su crítica al taylorismo: la sobreexplotación productivista, el desempleo, el fortalecimiento de la aristocracia obrera mediante aumentos salariales y su aumento en número y el papel de los capataces. En ningún momento Lenin cuestionó la eficacia técnica del sistema. *Sobre todo, no criticó la liquidación de todas las iniciativas técnicas de los trabajadores*. Apenas menciona la supresión de toda actividad intelectual del obrero en el curso de su trabajo. No se centra en el objetivo del taylorismo de descualificar a los trabajadores. ¿Por qué?

¿Podría argumentarse que este aspecto del taylorismo aún no era evidente en aquella época? Dos respuestas:

- En primer lugar, los propios textos de Taylor, que Lenin leyó atentamente, son perfectamente explícitos sobre la separación radical entre

diseño y ejecución que pretendía introducir en el proceso de trabajo industrial;

– En segundo lugar, la resistencia obrera al taylorismo, que estaba surgiendo en ese momento en Estados Unidos y Europa, estaba abiertamente motivada por esta descualificación, el «embrutecimiento» y la desintelectualización del trabajo manual.

En febrero-marzo de 1913, varios miles de obreros de las fábricas de Renault en Francia se declararon en huelga contra la introducción del sistema Taylor y el control del tiempo. Un artículo del periódico *La Bataille syndicaliste*, publicado el 13 de febrero de 1913, muestra que el taylorismo, tan pronto como se introdujo en Francia, se topó con la crítica radical del movimiento obrero organizado:

"El cronometraje debe ser erradicado, el proletariado no puede permitir que se aclimate el odioso método de Taylor, tal es la voluntad unánime de los huelguistas de los establecimientos Renault..."

A continuación, bajo el expresivo titular «*El taller arrebatado a los trabajadores*», el periódico continuaba:

"La patronal quiere introducir el sistema de control horario para aumentar la producción hasta límites insospechados. Ese era su objetivo inmediato. El método Taylor les permite apuntar más alto.

Lo que quiere es privar a los trabajadores de toda iniciativa en su trabajo. Lo que quiere es eliminar de ellos cualquier sombra de influencia directa en el proceso de la producción.

¿Cómo lo consigue? Sencillamente. Ya no se permite al trabajador pensar; el esfuerzo cerebral necesario se realiza en la oficina de cronometraje. Todo lo que el trabajador tiene que hacer es ejecutar rápida e invariablemente uno de los muchos movimientos elementales que componen cada operación.

Así es como los patronos pretenden rebajar el nivel mental de los trabajadores, producirles asco al trabajo y, al mismo tiempo, ¡privarles de todo ideal!"

Y el artículo concluía:

"Es posible aplicar estos principios a todas las industrias y Taylor dice que su método es una verdadera máquina de guerra contra el sindicalismo obrero. Tiene razón. ¡No dejemos que se imponga en este país!"

El taylorismo como estrategia a largo plazo de la patronal en la lucha de clases se define aquí con precisión. Los trabajadores cualificados y organizados vieron el peligro, y *el sindicalismo se vio directamente amenazado*. El 28 de febrero de 1913, en una reunión de huelguistas de Renault, Merrheim, secretario de la CGT, intentó responder en el propio terreno de la patronal y cuestionó la necesidad y la utilidad económica del taylorismo para el buen funcionamiento del capitalismo:

"La industria automovilística estadounidense es inferior precisamente porque en Estados Unidos se aplica el método Taylor. Los trabajadores se han convertido en autómatas, perdiendo toda iniciativa y con ella todo valor técnico."

Significativamente, el líder sindical *también* protestó en nombre de la calidad de la producción. Esta actitud no es muy diferente de la de los sindicalistas estadounidenses de la misma época, que utilizaban la «etiqueta» sindical concedida a los productos industriales como medio de presión.

Fueron los obreros experimentados los que alzaron la voz, conscientes de sus competencias y decididos a conservar su papel *técnico* en el proceso de trabajo. La patronal se da cuenta de que es la élite profesional de la clase obrera la que se opone más resueltamente a ella en esta cuestión, pero la ignora, aunque ello suponga sustituir parte de su mano de obra por proletariado «fresco». El 11 de marzo de 1913, Louis Renault dijo a los delegados de los huelguistas:

"No tengo concesiones que hacer [...]. *Reconozco que los buenos trabajadores están ahí fuera*. Pero, ¿qué puedo decir? Quien piense que necesita una carretilla para llegar hasta aquí puede buscar trabajo en otra parte."

De hecho, al final de la huelga, que fracasó, varios centenares de trabajadores, muchos de ellos entre los más experimentados, abandonaron la planta y buscaron trabajo en otra parte.⁷⁸

En Estados Unidos, la situación es aún más clara. La resistencia más decidida a la introducción del taylorismo provino de los sindicatos artesanales de la *Federación Americana del Trabajo*, una organización corporativista y egoísta de trabajadores cualificados⁷⁹, que excluía y aplastaba a la masa de proletarios no cualificados. El taylorismo atacó doblemente el poder sindical: socavando las cualificaciones de los trabajadores, que los sindicatos negociaban costosamente con los empresarios, y destruyendo, mediante la producción en masa de bienes de consumo cotidiano, la eficacia de los «productos con etiqueta sindical», un importante medio de presión económica de los sindicatos sobre las empresas.

El desarrollo del capitalismo estadounidense a principios del siglo XX, la voluntad de dar un nuevo impulso a la producción en serie, de intensificar la concentración, las transformaciones tecnológicas y la productividad del trabajo, impulsaron a algunos empresarios, como Taylor, a romper las barreras corporativistas y a cuestionar las formas caducas de alianza con la aristocracia obrera, que debía reconstituirse sobre otras bases. Las autoridades sindicales, atacadas frontalmente, y una parte de la patronal, peor situada en la guerra económica que se desarrollaba, se opusieron al taylorismo e incluso consiguieron una prohibición parcial (y provisional) tras la investigación del Congreso en 1912. Ello no impidió que el sistema se generalizara después de la Primera Guerra Mundial.

⁷⁸ Sobre la introducción del taylorismo, en particular en las fábricas Renault, véase el informe detallado de A. Héron en *Les Temps modernes*, agosto-septiembre de 1975 (pp. 220-278: «Le taylorisme, hier et demain»).

⁷⁹ «Dispuestos a hacer cualquier cosa para comprar una seguridad limitada para los trabajadores cualificados a expensas de los trabajadores no cualificados y no organizados, muchos de los sindicatos artesanales de la Federación firmaron acuerdos con sus empresas matrices, *incluido el compromiso de abstenerse de organizar a los trabajadores no cualificados, cuyos intereses sacrificaron a cambio de unos derechos sindicales mínimos para ellos y unas diferencias salariales relativamente grandes a favor de la mano de obra cualificada*». (Philip S. Foner, *History of the Labor Movement in the United States*, Nueva York, 1964, vol. 3, p. 176.) 3, p. 176.)

Taylor deja clara la función antisindical de su sistema:

*"En 1903, en su ponencia [titulada "Shop Management"] ante una reunión de la Sociedad Americana de Ingenieros Mecánicos, Taylor explicó cómo había conseguido, mediante su sistema, eliminar a los trabajadores cualificados y socavar sus sindicatos artesanales desde la base. Los patronos pidieron inmediatamente a Taylor que les aconsejara sobre los métodos que podían utilizar en sus empresas para conseguir el mismo resultado."*⁸⁰

Gompers, el líder de la Federación Estadounidense del Trabajo, famosa por ser el epítome de la burocracia sindical y el corporativismo estrecho de la aristocracia obrera, adoptó una postura violenta:

*"Todo el objetivo de la 'Gestión Científica'", escribió Gompers, «es reducir el número de trabajadores cualificados a un mínimo extremo e imponer salarios bajos a aquellos trabajadores cualificados que serán arrojados al ejército de los no cualificados».*⁸¹

La resistencia al taylorismo tenía, pues, dos aspectos. Un movimiento de defensa del saber obrero y de la autonomía de los trabajadores. Pero también fue un reflejo conservador y elitista de las fracciones más privilegiadas de la clase obrera occidental y de los sindicatos: contra la producción en masa y contra la emergencia de un proletariado sin cualificación, sin el «capital» del conocimiento técnico.

El naufragio del movimiento obrero europeo en 1914 se lo llevó todo por delante... Los mismos dirigentes sindicales que, poco antes de la guerra de 1914, movilizaron a la clase obrera contra el taylorismo, se unieron detrás de sus respectivas burguesías en la gran carnicería internacional. La crisis mundial puso al desnudo las estructuras ideológicas dominantes en las diferentes clases trabajadoras. En Occidente, la determinación de defender el «oficio» reveló, como su otra cara, un apego a los valores burgueses del «patriotismo». Por el contrario, en Rusia, las características específicas de la industrialización, el bajo nivel de cualificación de la clase obrera y la extrema pobreza de las masas proletarias sólo ofrecían una

⁸⁰ Foner, op. cit. p. 180.

⁸¹ Ibid., p.180-181.

base muy limitada para el «socialpatriotismo», pero también para el sindicalismo como ideología corporativista.

Correlativamente –y aquí vemos la raíz de las limitaciones de la crítica de Lenin al taylorismo– la resistencia al taylorismo tenía poca base: *los obreros rusos en su conjunto ni siquiera tenían una cualificación que defender*. Y cuando, en la primavera de 1918, Lenin propuso la introducción sistemática de medidas tayloristas, la oposición más fuerte provino de la pequeña minoría de trabajadores cualificados influidos por los mencheviques –principalmente ferroviarios y tipógrafos–.

El estallido de la Primera Guerra Mundial y el fracaso de las direcciones sindicales, incapaces de oponerse a la masacre, pusieron de manifiesto los aspectos reaccionarios de la ideología sindicalista en el movimiento obrero occidental, y Lenin denunció esta ideología con extrema violencia en varias ocasiones durante la guerra civil rusa:

*"En Rusia, los mencheviques tenían (y todavía tienen en parte en un número muy pequeño de sindicatos) apoyo en los sindicatos, precisamente debido a esta estrechez corporativa, a este egoísmo y oportunismo profesionales. Los mencheviques de Occidente se han «atrincherado» mucho más firmemente en los sindicatos, y una «aristocracia obrera» corporativa estrecha, egoísta, desalmada, codiciosa, filistea y de mentalidad imperialista, sobornada y corrompida por el imperialismo [énfasis de Lenin], ha aparecido allí mucho más poderosa que aquí. Esto es indiscutible. La lucha contra los Gompers, contra M. Jouhaux, Henderson, Merrheim, Legien y compañía en Europa Occidental, es mucho más difícil que la lucha contra nuestros mencheviques, que representan un tipo político y social perfectamente análogo."*⁸²

Fueron precisamente los «mencheviques» en Occidente, como los llamaba Lenin, los que estuvieron a la vanguardia de la lucha contra la introducción del taylorismo a principios del siglo XX. Y los mismos factores que limitaron la influencia del menchevismo en Rusia explican la débil resistencia a la taylorización como tal, como expropiación de los conocimientos de los trabajadores.

⁸² *La enfermedad infantil del comunismo: el izquierdismo*, en O.C., vol. 31, pp. 46-47.

Se impone una visión dialéctica del taylorismo en Rusia. El taylorismo en Estados Unidos y Europa Occidental ha sido definido *como una gigantesca operación de expropiación del conocimiento de los trabajadores en beneficio del capital*. Pero para que la expropiación tenga lugar, este conocimiento debe existir en el proletariado industrial. ¿Y de dónde puede venir este conocimiento, si no es de la incorporación, en oleadas sucesivas, de la producción artesanal a pequeña escala a la manufactura y luego a la industria a gran escala? Así, durante un tiempo, el «jornalero» perpetuó parte del saber hacer y de la ideología del artesano independiente dentro de la producción capitalista a gran escala. Hasta el taylorismo, el patrón industrial «subcontrataba» una fracción global del trabajo al taller, que seguía organizado como una pequeña empresa autónoma bajo la dirección del capataz.

El taylorismo como expropiación adquiere toda su dimensión de ofensiva social estratégica cuando ataca a clases trabajadoras poderosas, experimentadas y cualificadas, herederas de siglos de oficios, gremios y artesanías. Nada de eso existía en Rusia. *El naciente proletariado industrial ruso no había acumulado ese capital de conocimientos y prácticas técnicas*.

Se puede encontrar información precisa sobre el bajísimo nivel de cualificación de los trabajadores industriales rusos en la época de la Revolución en el libro de Marcel Anstett *La Formation de la main-d'oeuvre qualifiée en Union soviétique* (París, 1958). Entre otras explicaciones, Anstett atribuye esta característica a una peculiaridad de la formación social rusa: *el atraso de la industria artesanal que, en los países capitalistas, es una de las principales fuentes de mano de obra cualificada*.

*"Sólo en algunas grandes ciudades como Kiev o Nóvgorod se pueden encontrar artesanos expertos, formados por una sólida tradición profesional... En cambio, en el campo y en la mayoría de las ciudades... los artesanos típicos rusos, los «koustari», semicampesinos, utilizan herramientas y técnicas extremadamente primitivas."*⁸³

Como explica Anstett, Rusia llegó muy tarde a la economía monetaria que permitió la especialización y la aparición de mano de obra cualificada:

⁸³ Anstett, op. cit. p. 21.

[...] El artesano ruso del siglo XIX se encuentra en un estadio social y técnico que sólo puede encontrarse en la historia de los países occidentales remontándose a los artesanos siervos de los latifundios latinos o a los feudos de la Edad Media». Otro factor desfavorable para la cualificación de la clase obrera rusa fue *la industrialización imperialista por parte del capital europeo, que tendió a especializar a Rusia en la producción de productos semi-acabados exportables*. Las industrias mecánica y química estaban poco desarrolladas (mientras que en otros países capitalistas eran un vivero de trabajadores cualificados). El equipamiento industrial se suministra generalmente desde el extranjero: se espera que la clase obrera rusa sirva pasivamente a la tecnología importada, diseñada en el extranjero⁸⁴, y a menudo se recurre a los extranjeros para el trabajo cualificado y el mantenimiento de las herramientas, dejando a los trabajadores rusos el trabajo manual. Lo que se desarrollaba sobre todo eran las grandes empresas donde empezaban a aplicarse el taylorismo y el fordismo, donde se daban las condiciones propicias para la parcelarización de las tareas. Rusia no tiene el florecimiento de pequeñas y medianas empresas industriales capitalistas que, en otros países, forman una gran mano de obra cualificada local.⁸⁵

⁸⁴ En 1913, todavía se importaba el 37% del equipo técnico y más del 50% de la maquinaria. (Yves Barel, *Le Développement économique de la Russie tsariste*, París, 1968).

⁸⁵ En su estudio sobre el desarrollo económico ruso antes de 1917, Yves Barel contradice en cierta medida la visión de Anstett sobre la primera oleada de industrialización, hasta 1890; coincide esencialmente con él en su análisis de las características de la segunda oleada de industrialización - a partir de 1890, basada en la siderurgia y la industria pesada moderna.

Barel subraya la importancia de la industria de los kustares entre 1861 y finales de siglo y su contribución a la industria manufacturera; señala que a finales del siglo XIX, en muchas regiones, los kustares superaban en número a los trabajadores de las fábricas, y concluye: "Estamos lejos de la transición directa a la industria a gran escala que muchos historiadores y economistas han creído detectar en el desarrollo ruso. De hecho, nos encontramos en una especie de 'fase inferior' del capitalismo, que se refleja en una combinación provisional de agricultura y un tipo de industria a nivel de aldea [...]". (Op. cit., p. 189).

Evidentemente, estas características de la clase obrera rusa de principios del siglo XX se mantendrían tras la Revolución de Octubre. Más aún: tras la guerra civil, la vieja clase obrera rusa sólo sería minoritaria en la nueva mano de obra que, procedente del campo, tendría que restablecer la producción industrial a gran escala. Pero a partir de 1918, la desorganización económica y la amputación del territorio anexionado por Alemania, agravando el agotamiento de la Primera Guerra Mundial, hacen indispensable utilizar lo más eficazmente posible esta industria moderna, en gran parte paralizada.

Por tanto, lo que en Occidente parece una expropiación de los conocimientos de los trabajadores (su reducción a tareas fragmentadas, lo más simples y estandarizadas posible), *¿no podemos esperar, en Rusia, convertirlo en una apropiación colectiva, la más rápida y económica que pueda concebirse para una mano de obra completamente nueva e inexperta, en una situación de escasez de técnicos e ingenieros?* Esta fue la idea de Lenin a partir de 1918, concretada en la famosa consigna «aprender a trabajar» y en la propuesta de introducir sistemáticamente los métodos tayloristas en la industria.

En realidad, en los albores de la Revolución de Octubre, las condiciones objetivas y subjetivas para una profunda subversión del proceso de trabajo industrial estaban lejos de darse en la sociedad rusa. La crítica al taylorismo era limitada, como acabamos de ver. Pero incluso más allá de esta crítica, el pensamiento de los bolcheviques sobre el proceso de trabajo seguía siendo incompleto. Su concepción filosófica del trabajo productivo apenas va más allá de los datos básicos de la filosofía marxista, y a menudo incluso va por detrás de la riqueza de algunos textos de Marx. Véanse

Pero Barel continúa mostrando cómo, a principios del siglo XX, la industria mecanizada a gran escala rompió con el desarrollo gradual de la industria del *kustar* y la manufactura. Diversos datos muestran la importancia creciente de la industria pesada y el grado de concentración industrial. *"Esta concentración fue especialmente marcada en Rusia. En 1897, las fábricas con más de 500 trabajadores representaban el 42% de la mano de obra, frente al 15,3% de Alemania, por ejemplo. En 1910, este porcentaje había aumentado hasta el 54,3%".* (Ibid., p. 202). Asistimos, pues, a la aparición súbita de una industria a gran escala, excepcionalmente concentrada para su época, que agrupa a un vasto proletariado que apenas había salido del campo y carecía de experiencia técnica en la producción mecanizada «moderna».

los *Cuadernos filosóficos* de Lenin. La edición francesa incluye un índice temático, cuya diversidad muestra la amplitud de las lecturas y del pensamiento de Lenin entre 1914 y 1916: las cosas en sí, el silogismo, el átomo, el éter, los electrones, el lenguaje, etc. Bajo la palabra «trabajo» encontramos: «una dura pero fortificante escuela», expresión utilizada por Lenin al comentar *la Sagrada Familia* de Marx y Engels. Eso es todo. En términos más generales, los textos de Lenin, aunque tan concretos sobre muchos aspectos de la vida política, social y económica, se mantienen al margen cuando se trata del contenido concreto de las operaciones laborales. El trabajo obrero se toma como referencia para el análisis de otra cosa (la organización o algún aspecto de la vida social), y la connotación del ejemplo es casi siempre escolar o disciplinaria. Aprendizaje, referencia, modelo, *pero no objeto de análisis y crítica como tal*.

Podemos relacionar este silencio con las condiciones concretas en las que se formó el movimiento revolucionario ruso, el mundo político del que formaban parte los bolcheviques: perseguidos por la policía zarista, zaranreados entre el exilio en el extranjero, la deportación a Siberia, la cárcel y la actividad clandestina, *los cuadros bolcheviques rara vez tuvieron la oportunidad de experimentar la práctica productiva de las masas*: las condiciones de su trabajo intelectual se orientaban, por tanto, más hacia las síntesis económicas que hacia la reflexión sobre los gestos cotidianos del productor directo. Muy distinto sería el caso de los intelectuales revolucionarios de las bases rurales de la revolución china.

A un nivel más profundo, los bolcheviques, cuya corriente ideológica se había formado en oposición a cualquier forma de «tradeunionismo», se inclinaban a pensar que para *la clase obrera lo esencial no se jugaba en el interior de las fábricas sino en el terreno político*. En cierto modo, era lógico que no fueran los portadores de una nueva concepción del proceso laboral. Su conjunción con el movimiento obrero de masas en 1917 no contribuyó mucho a cambiar este estado de cosas. La clase obrera rusa, sobreexplotada y sometida al terrorismo zarista, luchaba por su supervivencia y, cuando sus reivindicaciones podían expresarse, se referían a problemas mucho más elementales –y vitales para ella en aquel momento– que el sistema de organización del trabajo. Antes de febrero de 1917, los sindicatos persegui-

98

dos sólo contaban con algunos miles de afiliados. Cuando la caída del zar liberó el movimiento de protesta y las reivindicaciones obreras pudieron expresarse abiertamente, *la jornada de ocho horas se impuso con creces*.⁸⁶

⁸⁶ Una petición de los obreros de Moscú en marzo de 1917 declaraba: «Ocho horas de trabajo, ocho horas de sueño, ocho horas de tiempo libre garantizan a los obreros la posibilidad de participar en la vida pública; y el momento les exige una estrecha participación». (Citado en Ferro, *La Révolution de 1917*, París, 1967, t. 1, p. 173).

Capítulo 3

La complejidad de la posición «tayloriana» de Lenin en 1918

Cuando leemos los textos de Lenin de los primeros meses del poder soviético y los comparamos con los textos de Taylor, no podemos dejar de ser conscientes de una resonancia común. *Existe una cierta similitud entre el principio tayloriano de registro y clasificación de los movimientos de trabajo por parte de los directores del proceso de trabajo y la consigna de «registro y control» machacada por Lenin a lo largo de este período.*

Sin embargo, había una diferencia importante: para Lenin, el control y registro de la producción desde el punto de vista económico (gestión, contabilidad, registro de existencias y productos) se basaba en un prodigioso impulso democrático, la participación de las amplias masas en las tareas de administración y contabilidad económica (las masas se iniciaban en una nueva práctica social de gestión estatal y económica), mientras que la organización *técnica* del proceso de trabajo se presentó muy pronto (abril de 1918) como necesariamente basada en una *extrema concentración de la autoridad* y en la *sumisión* de las masas a una gestión del proceso de trabajo que les era ajena (lo que, en un aspecto esencial, está en consonancia con el espíritu del sistema taylorista).

Había, pues, una cierta similitud entre lo económico y lo técnico (clasificación, censo, control, cálculo, racionalización eran igualmente necesarios en ambos niveles), pero también una *clara ruptura* de métodos: en el primer caso, democracia de masas y control desde abajo, en el segundo, concentración estricta de la autoridad y control desde arriba.

El problema de una democracia «técnica» desapareció.

La ruptura de un plan a otro queda muy clara en *Las tareas inmediatas del poder soviético*, texto publicado el 28 de abril de 1918.⁸⁷ Toda una sección del panfleto está dedicada a demostrar que hay que erradicar de las masas su actitud pasiva hacia el Estado y los dirigentes de la economía. Otra parte entera está dedicada a demostrar que hay que inculcarles una actitud sumisa hacia los técnicos y los directores del proceso de trabajo. Veamos los dos discursos:

1. Democracia económica:

"[...] es precisamente la organización soviética la que, al pasar de la democracia enteramente formal de la república burguesa a *la participación efectiva de las masas trabajadoras en las tareas de dirección*, da por primera vez a la emulación todo su alcance. Es mucho más fácil hacerlo en la esfera política que en la económica. Para el éxito del socialismo, lo importante es esto último.

[...] El poder soviético ha suprimido el secreto comercial, entrando en una nueva senda, pero no hemos hecho todavía casi nada para aprovechar la publicidad en interés de la emulación económica. Hay que entregarse a una labor sistemática [...] donde se trabaje en una prensa que [...] someta [al juicio de las masas] las problemas económicos cotidianas y les ayude a estudiarlos seriamente.

[...] Debemos llevar [las estadísticas] a las masas, popularizarlas, para que los obreros aprendan poco a poco a ver y *comprender por sí mismos cómo y cuánto tienen que trabajar, cómo y cuánto pueden descansar*, para que la comparación de los resultados prácticos de la gestión económica de las diferentes comunas se convierta en objeto de interés general y sea estudiada por todos [...]"⁸⁸

2. Dictadura técnica:

"[...] toda gran industria mecanizada a gran escala, que es precisamente la fuente y la base material de la producción, del socialismo, requie-

⁸⁷ Los textos anteriores conservan cierto tono democrático en la descripción de los procesos técnicos; volveremos sobre ello en relación con la primera versión de *Tareas Inmediatas...*

⁸⁸ *Les Tâches immédiates...*, en O.C., vol. 27, pp. 269-270.

re una rigurosa y absoluta unidad de voluntad, que regule el trabajo conjunto de cientos, miles y decenas de miles de hombres. Desde el punto de vista técnico, económico e histórico, esta necesidad es evidente, y todos los que han meditado sobre el socialismo la han reconocido siempre como una de sus condiciones. Pero, ¿cómo puede asegurarse la más rigurosa unidad de voluntad? *Subordinando la voluntad de miles de personas a la de una solo.*

[...] La sumisión sin reservas a una voluntad única es absolutamente esencial para el éxito del trabajo organizado según el modelo de la gran industria mecánica. Para los ferrocarriles ello es doble e incluso el triple de necesario. Y es esta transición de una tarea política a otra, aparentemente totalmente diferente de la primera, lo que constituye la originalidad del momento actual. La revolución acaba de romper las cadenas más antiguas, más fuertes y más pesadas impuestas a las masas con las que sometía a las masas por la fuerza. Eso fue ayer. Pero hoy esa misma revolución exige [...] en interés de su desarrollo y robustecimiento, en interés del socialismo, la *subordinación incondicional* de las masas a la *voluntad única* de los dirigentes del trabajo. Es evidente que esa transición no puede hacerse de golpe.⁸⁹

La diferencia de tono entre los dos *pasajes* del mismo texto es sorprendente. Yuxtapuestos, indican un umbral, una barrera que el movimiento de masas no puede franquear. Y este umbral se designa como una característica inmanente de la producción moderna, una *necesidad técnica irreductible*.

Gobernantes del Estado, contables improvisados, ciudadanos libres llamados a participar de múltiples maneras en la organización de la vida social, *los obreros de la industria soviética están condenados, mientras dure su trabajo, a desempeñar el papel de engranajes enteramente subordinados a un proceso global que se les impone supuestamente por exigencias técnicas*, por mediación de «especialistas» y de «dirigentes del trabajo».

Cada proletario experimenta así una especie de escisión, de división, materializada en el tiempo; Lenin lo indica de manera sorprendente cuando llama a:

⁸⁹ Ibid., p. 278-279.

Hay que aprender a conjugar la democracia de las discusiones públicas de las masas trabajadoras [...] con la disciplina *férrea* durante el trabajo, con la subordinación incondicional a la voluntad de una sola persona, del dirigente soviético, en las horas de trabajo.⁹⁰

Precisamente porque la corriente democrática alcanza su límite aquí, en el umbral del «tiempo de trabajo», el *taylorismo* tiene su lugar en el sistema, como modo centralizado de organización de este tiempo de trabajo. Y es precisamente al sistema taylorista al que Lenin se refiere para dar contenido concreto a esta «*dictadura*» que exige que se aplique al proceso de trabajo:

*"El sistema Taylor combina [...] la refinada crueldad de la explotación burguesa con los más valiosos logros científicos relativos al análisis de los movimientos de trabajo, la eliminación de los movimientos superfluos y torpes, el desarrollo de los métodos de trabajo más racionales, la introducción de los mejores sistemas de registro y control, etc. La República Soviética debe hacer suyos, a toda costa, los más valiosos logros de la ciencia y la tecnología en este campo. La República de los Soviets debe hacer suyos, cueste lo que cueste, los logros más preciosos de la ciencia y la tecnología en este campo. Podremos alcanzar el socialismo precisamente en la medida en que logremos combinar el poder de los soviets y el sistema soviético de gestión con los avances más recientes del capitalismo".*⁹¹

Este texto, como los que he citado anteriormente, está tomado de la versión definitiva de *Tareas inmediatas...*, publicada el 28 de abril de 1918. Sin embargo, una primera variante de *Tareas inmediatas...* fue publicada posteriormente, pero permaneció inédita en su momento –Lenin había preferido reelaborarla en su totalidad para ofrecer al público una versión bastante diferente.⁹²

⁹⁰ Ibid. p. 280.

⁹¹ Ibid., p. 268.

⁹² Los capítulos X a XIII de esta primera versión se publicaron por primera vez en abril de 1929. Se encuentran en el volumen 27 del O.C, pp. 209-225. Los capítulos IV a X, mucho más ricos y prolijos en cuestiones de organización del trabajo y del sistema Taylor, no se publicaron hasta mucho más tarde, en 1962. Se encuentran en el tomo 42, pp. 52-69.

La primera versión es de gran interés: desarrolla la concepción de Lenin del taylorismo soviético de una manera a la vez más detallada y más general que la versión final; nos permite captar la continuidad del pensamiento de Lenin sobre esta cuestión en los años que precedieron a la revolución, en 1917 (véase *El Estado y la revolución*) y hasta marzo de 1918, antes del punto de inflexión determinado por el rápido deterioro de la situación económica (caos y hambruna).

Esta primera versión de *Tareas inmediatas...* sigue previendo una reducción radical de la jornada laboral en un futuro próximo, gracias al sistema taylorista, liberando así en parte a los productores directos para que participen sistemáticamente en la vida pública. Al describir el taylorismo, insiste en el aspecto del «análisis de los movimientos» y evoca la idea de *una apropiación colectiva del sistema por la masa de los productores*. Lenin fue mucho más cuidadoso de lo que sería en el segundo borrador para diferenciar el taylorismo soviético de su modelo estadounidense. Estos puntos diferentes son particularmente evidentes en el siguiente pasaje de la primera versión:

"Lo negativo del sistema Taylor es que se aplicaba en el marco de la esclavitud capitalista y servía para extraer de los trabajadores el doble o el triple de trabajo por el mismo salario, sin preocuparse lo más mínimo de si los trabajadores eran capaces de dar sin daños esa doble o triple cantidad de trabajo durante un número invariable de horas de trabajo."

Para Lenin, la característica esencial del sistema en Estados Unidos es, pues, la intensificación del trabajo mientras que su duración global sigue siendo la misma; la reducción de la jornada laboral constituye ya un cambio en la naturaleza del sistema taylorista:

La tarea a la que se enfrenta la República Socialista Soviética puede formularse brevemente de la siguiente manera: debemos introducir en toda Rusia el sistema Taylor y el aumento científico de la productividad del trabajo al estilo norteamericano, acompañado de una reducción de la jornada laboral y de la utilización de nuevos procesos de producción y organización del trabajo sin causar el menor perjuicio a la fuerza de trabajo de la población obrera.

Esto no es más que una corrección de los excesos mediante disposiciones de protección laboral. Pero Lenin fue más allá. En el mismo texto, continuando sus esfuerzos por especificar el taylorismo soviético, hizo hincapié en la función liberadora del sistema, que esperaba que los trabajadores se apropiaran:

*"Por el contrario, la introducción del sistema Taylor, guiada directamente por los propios trabajadores, si éstos están suficientemente concienciados, será el medio más seguro de asegurar en el futuro una reducción considerable de la jornada laboral obligatoria para el conjunto de la población trabajadora, será el medio más seguro de que alcancemos en un espacio de tiempo relativamente corto una tarea que puede formularse grosso modo de la siguiente manera: seis horas diarias de trabajo físico para cada ciudadano adulto y cuatro horas de trabajo en la administración del Estado".*⁹³

«Si son suficientemente conscientes»: una reserva importante. Muy pronto, las tendencias autárquicas y egoístas (transporte fluvial, ferrocarriles) y la desmoralización de ciertas capas de la mano de obra llevaron a Lenin a abandonar este sueño de autoorganización taylorista. Y, en realidad, la introducción del taylorismo coincidió con la introducción de la gestión individual y de medidas autoritarias de disciplina laboral, eclipsando las características específicamente «soviéticas» del taylorismo preconizado por Lenin.

Pero veamos por un momento la filosofía de esta primera versión: suprimida muy rápidamente por el deterioro de la situación, conservó, sin embargo, una forma de presencia implícita en la definición soviética del proceso de trabajo ideal.

Para Lenin, como hemos visto, el taylorismo se reducía a una intensificación de la productividad del trabajo mediante economías de movimiento y el uso de nuevos procesos de producción y organización del trabajo. Se encontró con la violenta resistencia de los trabajadores en los países capitalistas porque permitía al capital extorsionar dos o tres veces más mano de obra de los trabajadores por el mismo salario. Lenin no mencionó la separación del pensamiento y la acción, la descualificación, el

⁹³ O.C., vol. 42, pp. 64-65.

fortalecimiento de la función directiva, el papel de la oficina de métodos, etcétera. En consecuencia, *consideraba que dos condiciones eran suficientes para «darle la vuelta» al sistema de Taylor y librarlo de sus características capitalistas:*

PRIMERA CONDICIÓN: sería dirigida por los propios trabajadores. Se trataba de una idea muy importante, que fue rápidamente eclipsada, pero que reaparecería en varias ocasiones. Para Lenin, la clase obrera en su conjunto podía y debía apropiarse de los conocimientos de Taylor para reorganizar su forma de trabajar: el sistema Taylor no le parecía, en aquel momento, que implicara necesariamente una gestión autoritaria del proceso de trabajo. ¿Por qué no habrían de apropiarse los trabajadores de esta «ciencia» y utilizar su propia fuerza de trabajo de la forma más económica y «racional» posible? Tal inversión transformaría evidentemente la esencia misma del sistema Taylor: ya no se trataría de expropiación del saber, sino de apropiación colectiva del saber. Como veremos, el director único, el refuerzo autoritario de la disciplina de trabajo y el papel de los especialistas bloquearon esta apertura a partir de abril de 1918. Pero la idea de una difusión masiva de la «ciencia del trabajo» entre las masas, para que pudieran asimilarla y desempeñar un papel activo en el dominio de la tecnología, no desapareció. Esto queda ilustrado por el texto (inacabado) que Lenin escribió a finales de agosto/principios de septiembre de 1922 en elogio de un libro soviético recién publicado sobre el sistema Taylor.⁹⁴ Lenin sólo criticó el libro por no haber sido publicado. Lenin sólo lo criticó por no ser suficientemente *popular*, porque era demasiado voluminoso y repetitivo. No obstante, abogaba por su introducción como libro de texto en las escuelas, y su llamamiento a la colectivización del conocimiento «tayloriano» recordaba las formulaciones de la primera versión de *Tareas Inmediatas...*:

"Este libro nos ofrece una exposición muy detallada del sistema taylorista con, lo que es particularmente importante, sus aspectos positivos y negativos [subrayado de Lenin], así como los principales datos científicos sobre los ingresos

⁹⁴ *Une goutte de fiel dans un tonneau de miel*, en O.C., vol. 33, pp. 375-376. Este texto se publicó por primera vez en 1928.

y gastos fisiológicos de la máquina humana. En conjunto, es perfectamente adecuado, en mi opinión, como libro de texto obligatorio para todas las escuelas de formación profesional y para todas las escuelas secundarias en general. Aprender a trabajar es ahora la tarea principal de la República Soviética, una tarea que concierne a todo el pueblo."⁹⁵

El mismo estado de ánimo puede encontrarse en otro texto de 1922 –publicado en la época–, un prefacio a un libro sobre electrificación, que Lenin defendía con entusiasmo para su distribución masiva:

*"[...] Debemos conseguir (y lo conseguiremos!) que todas las bibliotecas de distrito ... tengan varios ejemplares de este "manual"; que todas las centrales eléctricas de Rusia (y hay más de 800) no sólo tengan este libro, sino que se organicen charlas populares, accesibles a todos, sobre la electricidad, la electrificación de la RSFSR y la tecnología en general; que todos los profesores de todas las escuelas lean y asimilen este "manual" ... y sepan presentarlo de forma sencilla y comprensible a los alumnos y a la juventud campesina en general".*⁹⁶

Poco antes de su muerte, Lenin volvió a insistir en esta idea: hay que romper el monopolio de los conocimientos técnicos, las masas deben tener acceso a ellos. La electricidad no debe convertirse en un misterio más del repertorio mágico de las supersticiones... El ideal de un «taylorismo proletario» basado en el papel activo de las masas en las transformaciones técnicas sobrevive a Lenin, y el «estajanovismo» es visto como una expresión concreta de este ideal – al menos en la presentación ideológica que se le dará.⁹⁷

⁹⁵ O.C., vol. 33, p. 375.

⁹⁶ O.C., vol. 33, p. 248.

⁹⁷ "El 1 de septiembre de 1935, Alexei Stajanov se hizo famoso. Este joven minero de las minas del Donbass había decidido batir un récord en honor del *Día Internacional de la Juventud*. En la noche del 31 de agosto, entregó 102 toneladas de carbón en un solo turno, con lo que superó catorce veces la norma establecida. La potencia del trabajo del minero no provenía de su fuerza muscular. Los mineros de vanguardia llevaban mucho tiempo trabajando para perfeccionar la organización del trabajo en la mina. Antes, el mismo trabajador cortaba el carbón, luego consolidaba las maderas y después volvía a coger el martillo neumático. La idea era dividir el trabajo. Alexei Stajanov, que conocía perfectamente su oficio, tenía ayudantes que se encargaban de la carpintería, y gracias a ello la productividad del

SEGUNDA CONDICIÓN para derribar el sistema taylorista: el aumento de la productividad permitiría reducir considerablemente la jornada de trabajo y desarrollar así las actividades políticas de los obreros. Como hemos visto, Lenin propone incluso algunas cifras: «seis horas de trabajo físico al día por cada ciudadano adulto y cuatro horas de trabajo en la administración del Estado». Este pasaje (de la versión inédita de *Tareas inmediatas...*) es uno de los pocos lugares donde (después de la toma del poder) Lenin prevé con tanta precisión la división de las tareas «físicas» y políticas. Aquí vemos una vez más la audaz dialéctica que Lenin construye en relación con el taylorismo: la intensificación del trabajo –aunque empobrecido: ¿no es significativo el término «físico»? – permitirá reinvertir

trabajo aumentó considerablemente". (*Historia de la sociedad soviética*, Moscú, 1972, p. 236.) Estos resultados espectaculares reivindicados por la nueva organización del trabajo recuerdan las cifras esgrimidas victoriosamente por Taylor cuando describía su experimento «científico» de la pala y los resultados de la «gestión científica» en Bethlehem Steel. ¿Es la «gestión proletaria» de Alexei Stajanov de una naturaleza radicalmente diferente? En cualquier caso, la frase del libro soviético, «tuvieron la idea de dividir el trabajo», deja a uno soñando... Y queda por ver si, en las sucesivas encarnaciones del «taylorismo soviético» (de las que el estajanovismo fue sin duda la más llamativa), el lado tayloriano no prevalece irreductiblemente sobre el soviético; y si las funciones de gestión y diseño definidas por Taylor no son simplemente monopolizadas por una nueva aristocracia (soviética) del trabajo, aliada con la intelectualidad técnica en detrimento de la masa proletaria. ¿O el estajanovismo representaba, como afirman los textos de la época, un movimiento revolucionario de una parte de las masas trabajadoras contra el conservadurismo de los ingenieros y directores técnicos? Stalin, en la primera conferencia estajanovista (noviembre de 1935): "[...] este movimiento comenzó [...] casi espontáneamente, desde abajo, sin ninguna presión de la administración de nuestras empresas. Todo lo contrario. Este movimiento nació y se desarrolló, hasta cierto punto, contra la voluntad de la administración de nuestras empresas, incluso en lucha contra ella." (*Les Questions du léninisme*, Éditions sociales, París, 1947, t. 2, p. 202.) Stalin presenta el movimiento estajanovista como una especie de revolución cultural, un salto adelante hacia la eliminación de la diferencia entre trabajo manual y trabajo intelectual: «No cabe duda de que sólo este desarrollo cultural y técnico de la clase obrera puede socavar la base de la oposición entre trabajo intelectual y trabajo manual [...]. El movimiento estajanovista [...] contiene las primeras semillas [...] de este desarrollo cultural y técnico de la clase obrera en nuestro país.» (Ibid., pp. 200-201.) Queda por hacer el análisis de clase del movimiento estajanovista...

las fuerzas proletarias en otras esferas de la vida social. La obsesión de Lenin seguía siendo la misma: *permitir a los trabajadores participar concretamente en la dirección de los asuntos del Estado*. Hasta el final, éste seguiría siendo el principio de su lucha contra el burocratismo, cuya amenaza veía crecer⁹⁸.

Pero la esencia del taylorismo era la burocratización del proceso de trabajo, la multiplicación de las funciones de control y el registro del más mínimo gesto, la aparición de tareas multiformes para contables, administrativos, cronometradores, etcétera. Luchar contra el burocratismo apoyándose en el taylorismo, como esperaba Lenin, ¿no es tirar por la ventana lo que estamos reintroduciendo por la puerta grande? A largo plazo –y desde la perspectiva actual– ésta es quizá una de las cuestiones centrales de la Revolución Soviética. Lenin luchó contra la burocratización de las «superestructuras» mientras era llevado –por la propia lógica de esta lucha– a instalar las semillas del burocratismo en el corazón mismo de las relaciones de producción, *en el proceso de trabajo*.

El hecho es que, por el momento, el sueño «seis en punto – cuatro en punto» no sobrevive a la urgencia de la situación. El texto final de las *Tâches immédiates...* (Tareas inmediatas...) queda muy lejos. Ya no se habla de una jornada de seis horas. Se vuelve a una formulación de principios mucho más prudente:

*"Nuestro objetivo es que todos los trabajadores desempeñen gratuitamente las funciones del Estado, una vez cumplidas sus ocho horas de «tareas» en la producción: es particularmente difícil lograrlo, pero es la única manera de garantizar la consolidación definitiva del socialismo."*⁹⁹

Este no es el único cambio del primer borrador a la versión publicada. La segunda variante hace mucho más hincapié en la estructura autoritaria del proceso laboral. Es cierto que la tesis de la disciplina frente a los «dirigentes del trabajo» ya estaba presente en el primer texto, pero la connota-

⁹⁸ Véase *Cómo reorganizar la Inspección Obrera y Campesina*, propuesta hecha al XII Congreso del Partido, 23 de enero de 1923. Uno de los últimos textos de Lenin (O.C., vol. 33, pp. 495-500).

⁹⁹ O.C., vol. 27, p. 283.

ción decididamente autoritaria sólo aparece en el segundo. Veamos estos dos pasajes:

– *Extracto del primer borrador*: "Las masas pueden ahora, los soviets se lo garantizan, tomar todo el poder en sus manos y consolidarlo. Pero, para compensar la multiplicación de poderes y la irresponsabilidad de la que sufrimos increíblemente en la actualidad, debemos saber con precisión, con respecto a cada función ejecutiva, qué personas han sido elegidas para puestos dirigentes y son responsables del funcionamiento del organismo económico en su conjunto [...] Las órdenes de este dirigente individual deben cumplirse de buen grado [...]".¹⁰⁰

– *Extracto del texto publicado*: "Cuanto más resueltamente debemos afirmarnos hoy a favor de un poder fuerte y despiadado, a favor de la dictadura personal *en tal o cual rama del trabajo* [subrayado de Lenin], en tal o cual ejercicio de funciones puramente *ejecutivas* [subrayado de Lenin]¹⁰¹, tanto más variadas deben ser las formas y los medios de control desde abajo, a fin de paralizar la menor deformación posible del poder de los soviets, a fin de arrancar una y otra vez las malas hierbas del burocratismo".¹⁰²

¿Por qué este endurecimiento del tono? Mientras Lenin redactaba las *Tareas inmediatas...*, los acontecimientos se desarrollaban rápidamente. Las consecuencias de la amputación de territorio (incluidas las ricas tierras de trigo ucranianas e importantes fuentes de materias primas) impuesta por los alemanes en Brest-Litovsk, y de la devastación causada por cuatro años de guerra, se hacían rápidamente patentes. La hambruna, el agravamiento del caos económico y el enfrentamiento en los ferrocarriles condujeron a un enfoque más riguroso de la disciplina laboral, al uso de la dirección individual y de medidas coercitivas. En consecuencia, el taylorismo liberador previsto (economía de movimientos y «racionalización» que permite a las masas economizar su propia fuerza de trabajo y liberarse

¹⁰⁰ O.C., vol. 27, p. 220.

¹⁰¹ ¿Qué es exactamente la «ejecución pura»? Aquí Lenin acepta la idea de una separación radical del pensamiento y la acción en una parte de la práctica productiva.

¹⁰² O.C., vol. 27, p. 285.

para tareas administrativas) fue eclipsado por un taylorismo más tradicional (centralización autoritaria del proceso de trabajo).

Ahora nos proponemos analizar las condiciones concretas de este cambio.

Capítulo 4

Los ferrocarriles: el surgimiento de la ideología soviética del proceso de trabajo

¿Has visto
Corriendo por la estepa...
Sobre sus patas de hierro fundido, el tren?
Y siguiendo
En la hierba alta...
¿Al galope del potro pelirrojo?
Querido insensato, querido ridículo ¿Pero adónde, adónde, adónde corre?
¿No sabe que los caballos vivos han sido derrotados por la caballería de hierro? [...]
El destino en subasta ha pintado
Nuestras aguas profundas despertadas por el crujido,
Y hoy compramos una locomotora
Por toneladas de carne de caballo.

Serge Essénine, 1920¹⁰³

Del mismo modo que precipitó al nuevo gobierno soviético a un enfrentamiento prematuro con el campo, a partir de la primavera de 1918 la *hambruna* determinó un giro autoritario en la organización del trabajo.

¿Luchar contra el hambre? Esto puso inmediatamente en el orden del día la cuestión del *transporte*, corolario de la cuestión de la recolección, ya abordada. En una situación de escasez extrema, sobre un vasto territorio donde la producción agrícola y las concentraciones de población están diversamente repartidas y lejos de coincidir, el *abastecimiento* sólo puede realizarse mediante una estructura global que comprenda herramientas de producción y servicios: recogida, almacenamiento, transporte. Es decir, un entramado estatal o cualquier otra forma de actividad centralizada. De hecho, incluso antes de que la guerra civil que estalló en junio de 1918, y que fue inmediatamente ampliada por la intervención de los ejércitos im-

¹⁰³ Traducción de Nikita Struve, París, 1970

perialistas, concentrara todas las fuerzas del proletariado en el aparato estatal en sentido estricto (ejércitos y aparato de lucha armada), la devastación y la hambruna legadas por la guerra del 14-18 pusieron urgentemente a la orden del día el funcionamiento del aparato estatal que constituía el tejido de los vínculos económicos. A partir de la firma de la paz de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918), ésta se convirtió en la cuestión central.

La «ofensiva taylorista» estuvo ligada a este punto de inflexión concreto. Su primer –y durante mucho tiempo principal– punto de aplicación así lo atestigua. Fue precisamente allí donde las actividades productivas y el aparato estatal estaban estrechamente entrelazados donde Lenin lanzó su ofensiva «taylorista». Ofensiva «taylorista». Este punto de impacto fueron *los ferrocarriles*.

En la periferia del aparato estatal, en la interfaz entre la producción, los servicios y la administración, un cierto número de sectores estaban desorganizados o bajo amenaza constante:

- Los ferrocarriles,
- El transporte marítimo y de petróleo,
- Los servicios postales,
- La prensa.

Como maestros de la insurrección («un arte», decía Lenin), los bolcheviques tenían experiencia concreta de esta interpenetración estrecha, delicada y vulnerable del Estado y sus instrumentos materiales. Están casi instintivamente atentos a todo lo que es comunicación, flujo, circuito. Es precisamente en estos sectores de actividad, que combinan las características de la producción industrial moderna a gran escala, los servicios y la administración, y donde los obreros y técnicos ya eran funcionarios, o al menos trabajadores empleados por el Estado, en tiempos del zarismo, donde las corrientes sindicalistas corporativistas, mencheviques o, más raramente, anarquistas, son más poderosas. Estos trabajadores son relativamente más privilegiados que el proletariado de la gran industria capitalista, y sus medios de presión son mayores. En consecuencia, se produjo una tensión contradictoria entre el empuje más decidido y organizado de los sectores de la «autonomía obrera» y las reivindicaciones de los centros neurálgicos del nuevo Estado en formación.

La cuestión de los ferrocarriles ha sido aguda desde la Revolución de Octubre. Desde el primer día, el Vikjel («Comité Ejecutivo de Trabajadores Ferroviarios de toda Rusia») ejerció deliberadamente presión política y sindical sobre el gobierno soviético, obligándole a incluir ministros no bolcheviques tras la insurrección. Esta organización reunía a obreros, empleados y técnicos, algo excepcional en la Rusia de la época. Los mencheviques tenían mayoría en la dirección.

A principios de 1918, la desorganización de los ferrocarriles era extrema. Cada estación funcionaba como una pequeña república independiente, que decidía si detenía o no un tren determinado. Un informe de la época dice:

"La normativa actual garantiza el salario de los trabajadores. Un trabajador se presenta a trabajar, hace su trabajo o no lo hace a su antojo: nadie puede controlarle, porque los comités de taller son impotentes. Si el comité de taller intenta ejercer el control, se disuelve inmediatamente y se elige otro comité".¹⁰⁴

Fue esta situación concreta la que llevó a Lenin, en marzo-abril de 1918, a abogar por el *pago a destajo* (o proporcional a los resultados del trabajo), la disciplina estricta y la responsabilidad personal de los directores nombrados por el Estado, que representaban los intereses de toda la comunidad en este sector particular.

La autonomización de los ferrocarriles –y secundariamente de otros sectores del transporte o de la locomoción– llevó la fragmentación de la actividad económica a un punto de ruptura. En sentido estricto, aquí no hay producción específica (aparte de las reparaciones de locomotoras y vagones, o el mantenimiento de equipos y vías, que pueden equipararse a la producción). Al igual que los demás trabajadores, los ferroviarios no pueden negociar una gama limitada de productos: textil, calzado, acero, etc. – pero el monopolio virtual del transporte del que disfrutaban les permite fijar sus propias condiciones de fabricación y venta de estos productos. Este «control» se extiende a los productos agrícolas en circulación. Así, *cualquier tentativa de autogestión en este sector adquiere inmediata y espectacularmente el aspecto absurdo de un chantaje económico de una pequeña mino-*

¹⁰⁴ Citado en Schapiro, *Les Bolcheviks et l'Opposition*, París, 1957, p. 126.

ría sobre la gran masa. Lo mismo ocurre, aunque de forma menos crucial, con todos los demás componentes del sistema de flujos y comunicaciones: es el propio exceso de su poder lo que condena la autogestión en este caso.

Los dirigentes ferroviarios podían, y a veces lo hacían, coger a Petrogrado por el cuello deteniendo los convoyes de grano. En tiempos de hambruna, como ocurrió en la primavera de 1918, la situación de este modo creada era intolerable.

De hecho, desde el momento en que comenzó a emitir sus ultimátums y a funcionar como *propietario colectivo* de los ferrocarriles rusos, el Vikjel confiscó *una función estatal* en beneficio propio. Es en nombre y en interés urgente de los demás componentes del proletariado y de las masas populares que el poder soviético ataca este monopolio. Los bolcheviques, apoyándose en los ferroviarios de base, entre los que contaban con más partidarios, crearon, primero, una organización rival del Vikjel, el Vikjedor. Pero esto no fue suficiente. La anarquía continuó. El respiro que supuso el acuerdo de paz de Brest-Litovsk permitió al Vikjedor concentrarse en las tareas internas más urgentes: luchar contra la hambruna y restablecer la producción y las actividades económicas vitales. El transporte era clave para lograr estos objetivos. Lenin comprendió lo que estaba en juego y se puso al frente de una ofensiva de dictadura proletaria contra la resistencia de esta facción de obreros y técnicos que, a sus ojos, seguían prácticamente la política de una *aristocracia o burguesía obrera*. Estaba decidido a romper la «resistencia» en los ferrocarriles.

¿Cómo conseguirlo? Sometiendo todo el proceso laboral a *una dirección unificadora*. Y para que esta dirección sea real y no formal, tendrá que establecer *un análisis y un control rigurosos de las tareas*. Tendrá que fijar normas y llevar un registro estricto del trabajo realizado y de la remuneración.

Volvemos a encontrar, asumidas por un poder proletario, las funciones que Taylor definió, en su ofensiva, en beneficio del capitalismo contra lo que él llamaba el «frenazo obrero». No es casualidad que precisamente en esta época, en la primavera del 18, Lenin hablara sistemáticamente del sistema de Taylor y abogara por su adaptación. *La batalla por la explotación de los ferrocarriles fue el primer signo del «taylorismo soviético».*

Rompiendo la autonomía obrera que quedaba en el proceso de trabajo capitalista, Taylor se había propuesto expropiar los monopolios y los feudos obreros basados en el comercio. En la lógica leninista, el proletariado expropia de manera parcialmente análoga, sometiéndola a una dirección estricta, una fracción de sí mismo que se ha vuelto tan autónoma que contradice los intereses vitales de la clase en su conjunto.

El 26 de marzo de 1918, un decreto del Sovnarkom otorgó al Comisariado del Pueblo para las Comunicaciones «poderes dictatoriales» sobre todo lo relacionado con los ferrocarriles.

Este decreto provocó inmediatamente feroces críticas de los «comunistas de izquierda»¹⁰⁵, dirigidos por Bujarin, que criticaban a Lenin por romper la iniciativa obrera en la producción al introducir la disciplina laboral, la dirección personal y los salarios a destajo. Naturalmente, el decreto también fue atacado por los mencheviques, para quienes atentaba contra uno de sus puntos fuertes en la clase obrera.

El debate subsiguiente dio a Lenin la oportunidad de explicar la lógica de su política de «disciplina laboral» en toda su rigurosa desnudez.

En la reunión del Comité Ejecutivo Central de los Soviets del 29 de abril de 1918, resumió la situación con esta observación, tan clara como embriagadora: «[...] *Las masas se mueren de hambre en el centro de Rusia, aunque hay trigo, pero su transporte se ve dificultado por el desorden.*»

Los argumentos de la oposición se desmoronan en este punto evidente: hay que encontrar inmediatamente soluciones concretas para combatir el hambre y poner de nuevo en marcha el transporte; los opositores luchan sobre la base de «principios» y no proponen ninguna solución concreta en lo inmediato:

"Los camaradas Bujarin y Mártov retomaron su pasatiempo: el decreto sobre los ferrocarriles, e hicieron su agosto. Hablan de la dictadura de Napoleón III, de Julio César, etc. Sin ferrocarriles, no sólo no se hablará de

¹⁰⁵ El grupo de los «comunistas de izquierda» se había formado en febrero-marzo de 1918 en el seno del partido bolchevique, sobre la base de la oposición a la firma de un tratado de paz con Alemania. Los «comunistas de izquierda» abogaban por la «movilización de masas» y la guerra revolucionaria.

socialismo, sino que no habrá socialismo. *Sin ferrocarriles, no sólo no habrá socialismo, sino que nos moriremos de hambre como perros, aunque haya trigo cerca. ¿Qué se puede construir sin ferrocarriles?*¹⁰⁶"

Guerra (contra Alemania), luego hambruna, luego guerra de nuevo: a lo largo de los primeros años de la Revolución, la cuestión de los ferrocarriles siguió siendo vital. «No se puede hacer la guerra sin ferrocarriles», decía Lenin. Trenes de abastecimiento y de combustible; transporte de tropas; trenes de mando (el famoso tren blindado de Trotsky, un auténtico cuartel general móvil en constante movimiento por los diversos frentes de la guerra civil). También había trenes de propaganda, con cines, imprentas y vagones pintados con frescos revolucionarios. Durante todo este periodo, los ferrocarriles fueron el torrente sanguíneo, la válvula: *el Estado en movimiento*. La hambruna y la guerra exigieron que el Estado se pusiera en pie: la disciplina y la centralización se extendieron por todo el mundo de la producción a través de este intermediario.

Básicamente, a partir de marzo-abril de 1918, la cuestión central fue: ¿debe existir un Estado soviético? Y la oposición de los «comunistas de izquierda» era coherente: aceptaban *«la pérdida del poder soviético»* en interés de la revolución mundial. En otras palabras, estaban diciendo abiertamente que esperan más efecto de un martirio que no puede ser cuestionado por principio que de una victoria obtenida por compromiso. «Cosa extraña y monstruosa: si desaparece el poder de los soviets, perdemos algo real, y no hay ninguna prueba de que esto vaya a acelerar el curso de la revolución mundial –la masacre de los comuneros no tuvo un efecto inmediato de aliento en la lucha de clases...», replicó Lenin. *Romper resueltamente con la tradición del martirio revolucionario fue también uno de los aspectos esenciales de la novedad del leninismo en el pensamiento revolucionario de su época*. Victor Serge comentó la polémica entre Lenin y Bujarin en 1918:

"Algunos de los mejores revolucionarios debieron sentirse inclinados a continuar la tradición de las heroicas derrotas del proletariado, mediante un sacrifi-

¹⁰⁶ O.C., vol. 27, p. 321.

cio de cuya fecundidad tenían razón en no dudar. Pero también fue uno de los grandes méritos de Lenin forzar la ruptura con esta tradición."¹⁰⁷

Había dos lógicas opuestas, y la de Lenin implicaba volver a poner en marcha los ferrocarriles y otros servicios vitales a toda costa. El momento lo exigía, y en cualquier caso, argumentaba Lenin, era un paso hacia el socialismo, que él veía como el funcionamiento eficiente de la «máquina económica» en beneficio de la comunidad:

*"Y cuando los hombres prácticos, los ingenieros, los comerciantes, etc., digan que si este poder logra, por poco que sea, restablecer el orden en los ferrocarriles, estarán de acuerdo en que es un poder, esta apreciación es más importante que cualquier otra cosa. Porque los ferrocarriles son una cosa capital, una de las manifestaciones más llamativas del vínculo entre la ciudad y el campo, entre la agricultura y la industria, vínculo sobre el que descansa el socialismo en su totalidad."*¹⁰⁸

De hecho, aunque a partir del verano de 1918, y de nuevo en 1919 y 1920, este estatuto de producción vital se extendió a todas las industrias y se rigió por el «comunismo de guerra», los ferrocarriles siguieron siendo el sector clave por excelencia y, en consecuencia, tendieron a funcionar como modelo y campo de pruebas privilegiado para la organización del trabajo. Componente esencial de la «cruzada contra el hambre» y del «ejército de abastecimiento», los ferrocarriles fueron objeto de numerosas campañas y constituyeron la ocasión y el primer terreno de los principales cambios de la política laboral. No es casualidad que fuera en los ferrocarriles donde aparecieron los «sábados comunistas» en abril de 1919. Ya en enero de 1919, un llamamiento de Lenin preveía un nuevo esfuerzo de movilización en este sector, tratando de superar la fase de estímulo material. Su artículo en *Pravda*, titulado «Todos a trabajar por los suministros y el transporte», ya contenía los temas de lo que serían los «sábados comunistas» unos meses más tarde:

"Ya hay millones de toneladas de trigo almacenadas en la región oriental. Lo que las retiene allí es el mal estado del transporte.

¹⁰⁷ *Año 1 de la Revolución Rusa*, París, 1971, t. 1, p. 234

¹⁰⁸ O.C., vol. 27, p. 322.

[...] Debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para estimular una y otra vez la energía de las masas trabajadoras. *Debemos romper resueltamente con la rutina de la vida habitual y del trabajo corriente* [...]. Debemos emprender la *movilización revolucionaria* de los trabajadores para el abastecimiento y el transporte, sin limitarnos al trabajo «ordinario», sino yendo más allá de sus límites [...]."¹⁰⁹

Superar los límites del trabajo cotidiano. Para combatir el hambre y el agotamiento, Lenin llamó a un gran *movimiento ideológico*: «Hay que sacudirse la fatiga», decía en el mismo texto. Y la movilización general de los civiles en las tareas vitales del día ya dejaba entrever las dos tendencias contradictorias y complementarias que iban a tomar forma poco después: el trabajo voluntario de los «sábados comunistas» y la «militarización del trabajo», que se convirtió en «obligatorio». Las preguntas que Lenin pedía a los trabajadores que se plantearan en todos los sectores de la producción y la administración tenían como objetivo una reagrupación meditada (voluntaria si era posible, obligatoria si era necesario) de la fuerza de trabajo:

"¿Qué podemos hacer para extender y reforzar la cruzada contra el hambre en todo el país? [...]

¿No podemos sustituir el trabajo de los hombres por el de las mujeres y asignar cada vez más hombres a los trabajos más arduos de transporte y abastecimiento?

¿No podemos enviar comisionados para reparar locomotoras y vagones?

[...] ¿No deberíamos elegir a un hombre de cada diez o cinco de nuestra comunidad, nuestro grupo, nuestra fábrica, etc., y enviarlo al ejército de abastecimiento o a un trabajo más difícil y arduo en los talleres ferroviarios que su ocupación habitual?"¹¹⁰

Y, más adelante, esta conclusión, que resume el tono general del artículo: «*Millones y decenas de millones de hombres pueden ser salvados del hambre y del tifus*». El intento de Lenin aquí es muy importante, pues toca la cuestión de los incentivos, que ya había sido objeto de acalorados deba-

¹⁰⁹ O.C., vol. 28, pp. 461-462.

¹¹⁰ O.C., vol. 28, p. 462.

tes en la primavera de 1918: la solución de los incentivos materiales intentada entonces fue, poco después, anulada y vaciada de contenido por las condiciones del comunismo de guerra (en particular, la inflación y la rápida depreciación de la moneda, así como las cantidades extremadamente pequeñas de bienes de consumo disponibles para remunerar el trabajo) y se abrió el camino a los dos tipos de incentivos que iban a marcar este período: voluntarios y coercitivos –el estricto interés material inmediato ya sólo desempeñaba un papel secundario.

Si 1919 estuvo marcado por la aparición de los «sábados comunistas», 1920 fue testigo de los intentos de «militarizar el trabajo». También en este caso, la ofensiva comenzó en los ferrocarriles. El 20 de mayo de 1920, Trotsky, a cargo de la reorganización del transporte –todavía en un estado desastroso, lo que significaba, entre otras cosas, que los «sábados comunistas» sólo habían tenido resultados limitados– lanzó su famosa «Orden 1042», un plan para restaurar el parque de locomotoras de todo el país en cinco años, y la primera experiencia práctica de planificación a gran escala. Pero fue sobre todo el método administrativo utilizado para reforzar la «disciplina laboral» lo que marcó este periodo. En septiembre de 1920, Trotsky creó la *Tsektran* (Comisión Central de Transportes) fusionando por la fuerza el Comisariado de Transportes, los sindicatos de trabajadores ferroviarios y los «departamentos políticos» del Partido en los ferrocarriles. Basándose en esta política, a finales de 1920 desarrolló sus tesis sobre la cuestión sindical: absorción de los sindicatos por el aparato del Estado, «*militarización del trabajo*».¹¹¹

¹¹¹ Trotsky también se basó en la efímera experiencia de los «ejércitos del trabajo», formados durante la primera desmovilización de parte del Ejército Rojo a principios de 1920: el 15 de enero de 1920, un decreto transformó el Tercer Ejército de los Urales en el «Primer Ejército Revolucionario del Trabajo». (Véase Carr, op. cit., vol. 2, p. 218.) Poco después, el Ejército de Reserva de Kazán se transformó en el «Segundo Ejército Revolucionario del Trabajo». (Véase W. H. Chamberlin, *The Russian Revolution*, vol. 2, pág. 295).

"Los comandantes de los ejércitos del trabajo presentaron sus informes sobre el trabajo realizado en el estilo militar habitual. Se hizo todo lo posible para dar a estos ejércitos un aspecto atractivo y romántico [...] a veces se tocaban bandas de música durante la marcha hacia y desde el trabajo. Pero los resultados no estuvie-

La experiencia del Tsektran y de la orden 1042 seguiría siendo un ejemplo típico de la concepción autoritaria de la planificación y resurgiría durante los debates de la NEP.¹¹²

Fue también en el sector de los transportes y por iniciativa de Trotski que aparecieron en 1920 los «udarniki», «trabajadores de choque» (término tomado de la terminología militar: «tropas de choque»), equipos de trabajadores que habían realizado tareas particularmente urgentes o difíciles.

Durante los tres primeros años de la Revolución Rusa, la cuestión de los ferrocarriles reaparece con fuerza cada primavera, creando un verdadero ciclo de nuevos intentos de organizar el trabajo en este sector:

-26 de marzo de 1918: decreto sobre los ferrocarriles («poderes dictatoriales» del Comisariado de Transportes y primera aplicación de la «dirección individual»);

-12 de abril-10 de mayo de 1919: Primeros «sábados comunistas» en la línea Moscú-Kazán;

- 20 de mayo de 1920: «Orden 1042»: plan de renovación del material ferroviario.

Esta regularidad estacional no se debía al azar: mostraba hasta qué punto la cuestión de la organización del trabajo estaba, en la implacabilidad de este período, ligada ante todo a los problemas más elementales de *supervivencia*: el transporte de alimentos y combustible. La primavera era la «estación de las vacas flacas», la época de los preparativos para la cosecha y su recogida, y el inicio de una nueva campaña de requisas. Por tanto, era naturalmente una época de gran tensión en el sector del transporte.¹¹³

ron a la altura de las expectativas. La organización militar resultó inadecuada incluso para tareas sencillas no cualificadas". (Chamberlin, *ibíd.*)

¹¹² Lenin apoyó la reorganización autoritaria de los ferrocarriles. Pero, desde finales de 1920, criticó las tesis de Trotsky sobre la incorporación de los sindicatos al aparato del Estado, al mismo tiempo que combatía a la «Oposición Obrera», que proponía confiar la gestión de las empresas a los sindicatos.

¹¹³ Sobredeterminación y tiempo tormentoso: la tensión en los ferrocarriles coincidió a menudo con momentos de crisis en las operaciones militares. El primer objetivo declarado de los «sábados comunistas» en abril de 1919 fue hacer frente a la ofensiva de Kolchak. La creación del Tsektran a finales de agosto y principios de

En cierto modo, los ferroviarios, al igual que los agricultores, soportaron el peso de la implacable «*cruzada del cereal*».

Se dice que los primeros años del desarrollo de un individuo son decisivos: adquisición de reflejos, capacidades psicomotoras, especialización. Una serie de cosas se establecen definitivamente en los niños a partir de los dos años.

Del mismo modo, las limitaciones gemelas de la guerra y el hambre moldearon y deformaron la República Soviética desde sus primeros años.

El hecho de que *los ferrocarriles*, que se habían convertido en una verdadera obsesión para los bolcheviques debido a las circunstancias, sirvieran de *campo privilegiado para los experimentos en la organización del trabajo*, y a menudo como término implícito de referencia siempre que se hablaba del proceso del trabajo, tiene consecuencias de gran alcance. Consideremos por un momento las características específicas de este sector.

Si hay una actividad que, por su propia naturaleza, debe funcionar como un *mecanismo único*, perfectamente regulado, normalizado y unificado en todo el país, ésa es el ferrocarril.

En muchos sectores de la producción industrial, se puede elegir entre unidades de producción pequeñas, medianas o grandes y, a menudo, las etapas del desarrollo económico producen un mosaico de éstas. Podemos imaginar relaciones más o menos flexibles entre las distintas unidades. Podemos imaginar que cada una encuentre sus propios métodos y su propio ritmo de funcionamiento. Todo esto es difícilmente concebible en el ferrocarril.

Además, el ferrocarril se presta de manera excepcional a la *normalización* de los equipos y las tareas: los tipos de equipos son muy limitados (principalmente locomotoras, luego vagones y vías) y las reparaciones y los trabajos de mantenimiento son, en su mayor parte, los mismos de un extremo a otro del país.

septiembre de 1920 se produjo en un momento en que el Ejército Rojo sufría graves reveses a manos de las tropas polacas (toma de Brest-Litovsk el 19 de agosto de 1920, de Bialystok el 23 de agosto; derrota de la caballería de Budlenny en Zamoste el 27 de agosto), al mismo tiempo que se reanudaban las operaciones de guerra civil lanzadas por el barón Wrangel.

Horarios precisos, regularidad, puntos, coordinación... Trabajo continuo, repetición de los mismos recorridos y las mismas paradas... Este era el «mecanismo de relojería» al que se refería Lenin en *Las tareas inmediatas del poder soviético*.

Estas características técnicas se combinaron con las especificidades políticas y sociales de la batalla por los ferrocarriles rusos. Punto vital y sensible, condición de supervivencia para toda la población, eran, al mismo tiempo, el bastión de corrientes sindicales y políticas *antibolcheviques*. Por consiguiente, *organizarlos significaba también acabar con la resistencia sistemática de una parte de su personal*. Allí, como en el campo, la extrema indigencia de la primavera de 1918 llevó a aplicar métodos administrativos y expeditivos.

Condiciones muy específicas: *la ideología soviética de la organización del trabajo y de la «disciplina laboral» estuvo marcada durante mucho tiempo por el periodo de crisis de los primeros años y los modelos que surgieron de él*. Así, durante la gran ofensiva industrial del *Primer Plan Quinquenal*, Stalin dijo en un discurso a los dirigentes industriales el 23 de junio de 1931:

*"Ya saben lo que pasó cuando no había responsabilidad personal en los ferrocarriles. Ha llevado a los mismos resultados en la industria. Hemos remediado la falta de responsabilidad en los ferrocarriles y mejorado su trabajo. Debemos hacer lo mismo con la industria, elevar su trabajo a un nivel superior."*¹¹⁴

Todavía la imagen de los ferrocarriles, que ha funcionado como punto de referencia central desde 1918. Aquí es donde el «taylorismo soviético» tomó su forma esencial.

El cineasta Dziga Vertov fue uno de los creadores y promotores más activos de una visión soviética del mundo y, en particular, de una visión soviética del trabajo productivo. Véase su *borrador del guión para rodar durante el recorrido del tren de propaganda «El Cáucaso soviético»*. Tiene lugar durante la guerra civil:

"Nadia viene a darle la noticia: «nuestro tren parte hacia el Cáucaso». Ogarev quiere estar allí [...].

¹¹⁴ *Les Questions du léninisme*, Éd. sociales, París, 1947, vol. 2, p. 47.

Se libera el trabajo en los pozos petrolíferos de Grozni (mostrando el ritmo acelerado de los trabajos, los hombres, los obreros que creen ardentemente en la utilidad y necesidad de su trabajo). Se repara el oleoducto. Se carga petróleo. Los convoyes de mercancías [...].

En los pozos se anuncia la llegada del tren de propaganda procedente del centro. El comisario propone dar la bienvenida al «Cáucaso soviético» redoblando sus esfuerzos. Los obreros aprueban esta propuesta."¹¹⁵

Aquí, el tren funciona claramente como símbolo del movimiento: su llegada desencadena una aceleración general de todos los circuitos y ritmos de producción, un «redoblamiento de esfuerzos», como dice Vertov. Como portador de un impulso político, pone en movimiento otros trenes, convoyes de mercancías y combustible, y marca el ritmo de toda la actividad productiva de la comunidad obrera local, y luego nacional. De hecho, inmediatamente después de la descripción de la llegada del tren y del encuentro que le da la bienvenida, el guión de Vertov se convierte en una apretada enumeración de breves imágenes que se suceden a un ritmo intenso: el del propio trabajo. En la concepción de Vertov, esta escritura cinematográfica entrecortada y sin aliento tiene una función fundamental: *educa el ojo del espectador*, imponiéndole nuevos reflejos de visión y nuevos modos de asociación que produce sistemáticamente. Eludiendo el intermediario de los modos de expresión tradicionales y del lenguaje habitual, este golpeteo asegura «flujos de pensamiento». Ya en 1918, los textos de Dziga Vertov plantean al cine la tarea de fabricar «científicamente» una nueva ideología mediante asociaciones sistemáticas de ideas e imágenes. Sus guiones constituyen un testimonio de extraordinario valor: instrumentos de laboratorio destinados a producir un «pensamiento de masas», ponen al descubierto lo que, en otras manifestaciones de la ideología soviética del mismo periodo, permanece implícito: una articulación, un tema, un conjunto de imágenes básicas. En el escenario del «Cáucaso soviético», la visión que sigue a la llegada del tren a la región petrolífera establece una relación íntima entre las actividades de transporte y los

¹¹⁵ Dziga Vertov, *Artículos, diarios, proyectos*, París, 1972, pp. 371-372.

gestos productivos, el tren y el trabajo, el movimiento y la materia, la velocidad y la eficacia. Merece la pena reproducir esta larga cita visual:

"Apoteosis: la poesía del trabajo en movimiento.

[...] Trabajadores de pozos petrolíferos en sus puestos de trabajo. Se repara el oleoducto.

El puente ferroviario reparado. El ferrocarril también.

[...]

Una procesión interminable de tanques de petróleo. Barcasas de petróleo.

Primer plano: un motor de combustión interna en marcha. Un agricultor engrasa con aceite el eje de una rueda. Un ferroviario engrasa.

Los trenes van a buscar el petróleo. [...]

Un obrero mueve un martillo. Un agricultor detrás de su arado.

Un albañil.

Un maquinista delante de su locomotora. Un minero trabajando.

Las sierras del aserradero entallando frenéticamente los troncos negros y húmedos.

Las ruedas de un tren girando.

Los ejes de la locomotora en movimiento.

La locomotora (a toda velocidad hacia la cámara). Carriles en marcha.

El frenético tráfico de coches, motos y tranvías en el centro de una gran ciudad.

El martillo golpeando hierro al rojo vivo.

Chimeneas humeantes de fábricas y plantas que se elevan hasta donde alcanza la vista [...].¹¹⁶

¿Qué nos dicen estas imágenes? En primer lugar, que el trabajo es un flujo de comunicación regular e ininterrumpido: las actividades productivas son estrechamente interdependientes –extracción, transporte de combustible, transformación primaria de la madera, la piedra, el acero... Pero también que un «análisis visual» (y era explícitamente la intención de Dziga Vertov llevar a cabo un análisis de este tipo) puede descomponer el trabajo en elementos simples, idénticos de un proceso de trabajo al si-

¹¹⁶ Dziga Vertov, *ibídem*, pp. 372-373.

guiente. Filmar a un herrero, a un minero, a un leñador: eligiendo una fracción adecuada del trabajo de cada uno, se conseguirá captar el mismo movimiento. Un trabajador que se ve durante un breve instante está sujetando un objeto, o golpeando algo, o tirando de algo, o ejerciendo presión... La gama de gestos elementales es limitada. Dziga Vertov aprovechó al máximo esta reducción al elemento simple, tanto para las personas como para los objetos (presentados siempre en movimiento). *Un campesino engrasa el eje de una rueda, un ferroviario engrasa el eje de una locomotora: es el mismo gesto.* Del mismo modo, el maquinista y el minero pueden representarse en la misma postura. *Un hombre golpea un martillo: la imagen evoca los millones de golpes de martillo idénticos que se dan al mismo tiempo.*

Las sierras eléctricas cortan los troncos, las ruedas del tren zumban por las vías: el mismo movimiento.

La cámara filma «el trabajo», pero indiferenciado: no registra un trabajo concreto y determinado. *Evidentemente, este enfoque no pretende captar la lógica y la complejidad de cada proceso de trabajo individual:* Al contrario, lo desmenuza y desmenuza hasta extraer un polvo casi homogéneo de elementos minúsculos; la lógica se convierte en la del conjunto y surge de la simultaneidad.

Esta descomposición extrema de la obra, este intento de detectar su unidad última y el principio de normalización –un simple gesto, una fracción de un movimiento, una actividad típica–, *¿no es un planteamiento idéntico al de Taylor?*

Y, en efecto, ¿cómo calificar la ideología del *Manifiesto de los Kinoks* (grupo de cineastas dirigido por Dziga Vertov), publicado en 1922, de otra cosa que de ultrataylorista?:

"Lo «psicológico» impide al hombre ser tan preciso como un cronómetro, obstaculiza su aspiración a ser como la máquina. [...] Nos avergonzamos de la incapacidad del hombre para comportarse frente a las máquinas, pero qué podemos hacer, si los infalibles modales de la electricidad nos afectan más que el desordenado traqueteo de los hombres activos y la pereza corruptora de los pasivos.

[...] A través de la poesía de la máquina, estamos pasando del ciudadano rezagado al perfecto hombre eléctrico.

[...] El hombre nuevo, liberado de la torpeza y el malestar, que tendrá los movimientos precisos y ligeros de la máquina, será el noble tema de las películas.

Marchamos, a cara descubierta, hacia el reconocimiento del ritmo de la máquina, de la maravilla del trabajo mecánico.

[...] La cinematografía nerviosa necesita un sistema riguroso de movimientos precisos".¹¹⁷

1922: el año en que se publicó *El campesino ruso* de Maxim Gorki. Diferentes en propósito y estilo, los dos textos tienen el mismo poder para dar testimonio del estado de ánimo –los estados de ánimo– de la época. *El Manifiesto de los Kinoks*, al igual que el libro de Gorki, vio la luz en un momento en el que en la Unión Soviética se asentaba en la NEP, Lenin vivía sus últimos meses de actividad política y una sociedad provisionalmente estabilizada emergía del torbellino de la guerra y la revolución.

El exaltado llamamiento de Dziga Vertov no era en absoluto un texto oficial¹¹⁸. Gran admirador de Mayakovsky, se acercó a menudo a los «futuristas» y se asimiló a ellos durante la Segunda Guerra Mundial. Vertov expresó *espontáneamente* las aspiraciones y la visión de toda una corriente de pensamiento y percepción surgida de la guerra civil.¹¹⁹

Esta pieza de ideología cruda y ardiente revela una concepción del trabajo productivo y del «hombre nuevo», tal como acababa de surgir de las condiciones mismas del nacimiento de la Unión Soviética – una con-

¹¹⁷ Dziga Vertov, op. cit., pp. 16-18.

¹¹⁸ En varias ocasiones, Dziga Vertov entró en conflicto con el conservadurismo de los círculos artísticos, cuya ira despertó por su intransigente rechazo del «cine jugado»: en sus «diarios» se pueden encontrar detalles de sus disputas con la administración cinematográfica soviética y los críticos de cine.

¹¹⁹ Vertov siempre insistió en el papel del periodo de la guerra civil en el nacimiento y el estilo del cine soviético. En 1939, se dirigió a una asamblea de cineastas reunidos para conmemorar el vigésimo aniversario del cine soviético: «Hay algo que me parece extraño e incomprensible. ¿Por qué la época de la Guerra Civil está ausente de vuestros recuerdos? ¿No fue durante este periodo cuando nació un sector muy importante de la cinematografía soviética? ¿No fue a partir de 1918 cuando aprendimos cine-escritura, es decir, el arte de escribir con una cámara?» (Op. cit., p. 196.)

cepción que resurgiría con fuerza en el momento del primer quinquenio... ¡y que posteriormente también produciría montones de estereotipos! Y más allá de las diferencias de temperamento y de modos de expresión, el texto de Vertov contiene temas que son también los de Lenin cuando describe el «mecanismo perfecto» de la producción industrial «moderna» a gran escala y llama a romper con la «blandura rusa»...

Pero la comparación puede ir un paso más allá. El extremismo «taylorista» de Dziga Vertov llega al punto de invertirse dialécticamente. Y aquí, de nuevo, la visión del cineasta coincide con la búsqueda del estadista, tal y como pudimos verla en 1918: la esperanza de un «taylorismo» del que se apropiarían las masas.

Taylor quería simplificar el trabajo, pero también quería arrebatar la visión de conjunto a cada trabajador individual, reservándola exclusivamente a la dirección (capitalista) del proceso de trabajo.

Sin embargo, es precisamente lo contrario lo que Dziga Vertov espera conseguir mediante la simplificación visual de las operaciones de trabajo: *dar a cada trabajador una visión de conjunto, mostrar al obrero metalúrgico lo que hace el campesino, al ferroviario los movimientos del minero.*

El cine *se ponía aquí al servicio de un vasto ideal de transparencia del sistema de producción*; se convertía en un vínculo directo entre los productores. Así lo explicaba Dziga Vertov en un texto de 1925 («*Kinopravda* y *Radiopravda*»):

"El obrero textil debe ver al obrero de una fábrica de ingeniería mecánica que fabrica una máquina que el obrero textil necesita. El obrero de la fábrica debe ver al minero que suministra a la fábrica el combustible necesario, el carbón. El minero debe ver al agricultor que produce el trigo que necesita.

Todos los trabajadores deben verse para establecer un vínculo estrecho e indestructible entre ellos."¹²⁰

Para Lenin, la colectivización del proceso de trabajo no se basaba esencialmente en una nueva distribución de los niveles de decisión (y po-

¹²⁰ Op. cit. p. 77.

día dar cabida a decisiones autoritarias si las circunstancias así lo exigían), sino en la transparencia del trabajo, su «*publicidad*».

Esto se puso claramente de manifiesto en los primeros esbozos del proceso de planificación en 1920.

A finales de 1920, la *electricidad* tomó el relevo, o más bien se superpuso al ferrocarril para *condensar la ideología de la producción*. Las similitudes eran evidentes: flujos regulares en todo el país, posibilidad de estandarizar e impulsos simultáneos. Además, en ambos casos no hay producción directa de objetos, sino un servicio permanente prestado a todas las formas de producción. Una inmensa máquina, *simple en principio*, se pone a disposición de las masas para sus diversas actividades productivas. Pero de la máquina ferroviaria a la máquina eléctrica hay un salto cualitativo en el sentido de la regularidad, la continuidad, la simplicidad y la homogeneidad.

El ferrocarril *transporta* el grano que alimenta la energía humana y el combustible (madera, carbón, turba, petróleo) que suministra energía a las máquinas: este sistema de entrega de productos no puede ser perfectamente continuo. La electricidad, en cambio, permite *distribuir la energía* uniformemente por todo el territorio, de forma directamente utilizable, homogénea y perfectamente mensurable.

Una ventaja añadida: *la luz*.

En diciembre de 1920, el Plan de Electrificación (GOELRO) fue presentado al VIII Congreso de los Soviets. En la gran sala helada del Teatro Bolshói, donde se celebraba el Congreso, los delegados de los soviets de toda Rusia se abrigan para protegerse del frío. Pero en el escenario, mientras Krzhijanovsky explicaba los planes de las centrales eléctricas, las líneas de alta tensión y suministros de energía para la agricultura y la industria (muchos de los cuales ya estaban en proyecto), un inmenso mapa electrificado se iluminaba, bombilla tras bombilla, delineando los contornos de una nueva Rusia, tal como la imaginábamos unos diez años más tarde...

Simultaneidad, publicidad, luz: energía igual, distribuida a todos, conocida y dominada por todos, unificando el sistema de producción de todo el país – éste era uno de los componentes esenciales del ideal productivo de la época.

Lenin, en el mismo VIII Congreso:

"Hace poco tuve la oportunidad de asistir a una fiesta campesina en una zona remota de la provincia de Moscú, en el distrito de Volokalamsk, donde los campesinos disponen de alumbrado eléctrico [...]. Un campesino se presentó y pronunció un discurso para dar la bienvenida a este nuevo acontecimiento en la vida campesina. Dijo: Los campesinos vivíamos en la oscuridad, y ahora tenemos luz, «una luz antinatural que disipará nuestra oscuridad campesina» [...]. Para la masa de campesinos sin partido, la luz eléctrica es una luz «antinatural», pero lo que es antinatural para nosotros es que durante cientos, miles de años, campesinos y obreros han podido vivir en esta oscuridad, en la miseria, esclavizados a terratenientes y capitalistas. No tardaremos en salir de esa oscuridad. Por tanto, debemos asegurarnos de que *cada central eléctrica que construyamos sirva de base eficaz para la educación, que se ocupe, por así decirlo, de la educación eléctrica de las masas.*"¹²¹

«Educación eléctrica de las masas»: Lenin veía esta nueva energía al alcance de todos como un centro de atracción desde el que los conocimientos técnicos «modernos» se extenderían a las masas. Lenin volvería sobre este punto varias veces: *romper el misterio que rodea a la tecnología a los ojos de las masas*. Para ellas, la tecnología no era «natural»: tenía que llegar a serlo. En su opinión, la difusión masiva de conocimientos científicos y técnicos era mucho más decisiva para el *uso democrático del sistema productivo* que la transformación de los niveles y procedimientos de toma de decisiones. El ideal último: una inmensa máquina productiva unificada que el pueblo, con el poder del Estado, pueda controlar también a través de sus conocimientos. Lenin lo explicó en una conferencia del *Partido Comunista de Moscú* (21 de noviembre de 1920):

"El éxito económico sólo podrá garantizarse cuando el Estado proletario ruso haya concentrado efectivamente en sus manos todos los resortes de una gran máquina industrial construida sobre los cimientos de la tecnología moderna. Esto significa la electrificación, pero entonces necesitamos conocer las condicio-

¹²¹ O.C., vol. 31, pp. 538-539.

nes esenciales para la aplicación de la electricidad y, por consiguiente, de la industria y la agricultura".¹²²

De ahí la famosa fórmula: «El comunismo es el poder de los soviets más la electrificación de todo el país» (Ibid., pág. 435). (Ibid., p. 435.) Por encima de las exigencias inmediatas de la recuperación industrial, brilla aquí la esperanza de Lenin de una profunda transformación en el estado de ánimo de las masas. La electrificación sería el punto central de la revolución técnica entre el pueblo. Las notas de Lenin escritas en febrero de 1921 confirman esta orientación. Bajo el título *Importancia de la electrificación*, Lenin afirma:

3. Centralización máxima.

4. Comunismo = poder de los soviets + electrificación.

5. Plan general y único: centralización de la atención y de las fuerzas del pueblo".¹²³

El plan de electrificación reuniría «la atención y las fuerzas del pueblo»: su función ideológica era esencial; Lenin enumeró algunas formas concretas de aplicarlo en la segunda parte de la nota titulada *Para la electrificación*:

Movilizar las fuerzas técnicas.

Reunir fuerzas electrotécnicas y laborales.

Utilización de centrales eléctricas. Agitación y propaganda.

Enseñanza teórica y práctica de la electricidad.¹²⁴

Gracias a las características de la electricidad y al hecho de que sus logros eran a la vez espectaculares y directamente eficaces, Lenin consideraba que el *Plan de Electrificación* estaba particularmente bien situado para lograr el objetivo de hacer *transparente el sistema de producción*. Para él, este objetivo a largo plazo era central, incluyendo la extinción de las formas transitorias de coerción y el surgimiento del «trabajo comunista». Habla de ello concretamente en varias ocasiones, y podemos reconstruir el orden implícito de razones que emerge en muchos de sus textos.

¹²² Ibid, p. 436

¹²³ O.C., vol. 42. p. 286

¹²⁴ Ibid, p. 287.

La ciencia y la técnica, ampliamente dominadas por las masas, ampliarían el campo de la evidencia, y se establecería cada vez más fácilmente un consenso sobre lo que, en el orden de la producción y del trabajo, era racional. Como la motivación para el servicio común se interiorizaría y asimilaría hasta la insensibilidad, *la doble interacción de la evidencia racional de las tareas y el hábito de realizarlas sin coacción reduciría el lugar y la importancia de la propia decisión.*

El trabajo productivo, en todos sus aspectos –concepción y ejecución– se convertiría así, al final de un largo proceso, en una actividad natural y espontánea, como las actividades instintivas de los animales o, en los humanos, la respiración, con la diferencia de que todos sus aspectos serían perfectamente familiares para los ejecutantes. El tema del «hábito» aparece varias veces en relación con el «trabajo comunista».

Las descripciones de Lenin de los «sábados comunistas» muestran que concede más importancia a este proceso de transformación ideológica y a la adquisición de nuevos hábitos por parte de los agentes del proceso de trabajo, que a la transformación de los modos de toma de decisiones y a la distribución de tareas dentro de la propia estructura del proceso de trabajo.

Capítulo 5.

Los «sábados» comunistas

*La dialéctica materialista considera que las causas externas constituyen la
condición del cambio,
y las causas internas, su base, y que aquéllas actúan a través de éstas.
A una temperatura adecuada, un huevo se transforma en pollo,
pero ninguna temperatura puede transformar una piedra en pollo, porque
sus bases son diferentes.*

Mao – Sobre la contradicción.

I. Causas y límites externos

En junio de 1919, Lenin describe por primera vez la aparición de formas de trabajo «comunistas» en la Unión Soviética. El texto *Una gran iniciativa*¹²⁵, dedicado a los «sábados comunistas», es un testimonio precioso y esencial sobre este punto: Lenin reproduce descripciones concretas del «trabajo comunista» aparecidas en la prensa soviética. De este modo hace explícita la determinación «comunista» aplicada al trabajo, lo que permite captar su alcance y sus *límites* mediante ejemplos concretos. Volvemos sobre este texto para analizarlo en detalle.

En varias ocasiones en 1919 y principios de 1920, Lenin volvió a referirse a los «sábados comunistas» como la semilla del trabajo comunista en la sociedad en transición. Pero en 1920, otro tema adquirió mayor prominencia: el trabajo obligatorio y la disciplina coercitiva. Lenin no se opuso a ellos, sino que los presentó como complementarios. Su contenido ideológico, sin embargo, difería. Veremos, además, que en mayo-junio de 1920, las formulaciones de *La enfermedad infantil...* sobre la división y organiza-

¹²⁵ 28 de junio de 1919, O.C., vol. 29, pp. 415-438.

ción del trabajo parecían contradecir –al menos en cierta medida– las de *Una gran iniciativa*, un año antes.

Posteriormente, los sábados comunistas, aunque conservaron un lugar en el sistema ideológico soviético, no desempeñaron el papel previsto inicialmente como palanca para la transformación a gran escala de la naturaleza del trabajo productivo. Apenas tuvieron efectos profundos en la organización del trabajo industrial.¹²⁶

Esta fragilidad, estos eclipses –antes de un destino posterior y finalmente decepcionante– fueron el producto, por una parte, de tanteos teóricos e ideológicos y, por otra, de una situación concreta extremadamente fluida e inestable, característica del «comunismo de guerra». Por paradójico que parezca, los principios de la organización del trabajo se vieron seriamente sacudidos por los reveses de la situación militar, que *transformaron la composición social de la Rusia soviética al cambiar la extensión y la naturaleza de las poblaciones controladas por su ejército*. Con pocos meses de diferencia, la política económica del gobierno soviético se aplicaba a territorios y poblaciones diferentes: ¿por qué habría de sorprendernos que ella misma variara?

La paradoja es que las victorias militares, al abarcar vastos territorios mayoritariamente campesinos y en los que el peso de la burguesía rural se dejaba sentir con mayor claridad, aumentaban los peligros inherentes a la estructura social interna. La amenaza externa que se había eliminado temporalmente fue sustituida por (o tomó la forma de) una amenaza interna. Para invertir una afirmación que se utilizaba a menudo en tiempos de Stalin: «Cuanto mejor van las cosas, peor van...».¹²⁷

¹²⁶ Charles Bettelheim señala con razón que los «sábados comunistas» que aún hoy existen en la Unión Soviética son «un rito impuesto que permite extraer trabajo suplementario de los obreros» (Op. cit., París 1974, p. 181). (Op. cit., París 1974, p. 181.) También señala que, desde el final de la guerra civil, el trabajo comunista se marchitó porque estaba reñido con las relaciones sociales generales que existían entonces. Bettelheim señala que el «trabajo comunista» siguió siendo marginal en el proceso de producción industrial, cuya organización y modo de división apenas afectó.

¹²⁷ Carr señala la contradicción, pero no la explica: «La movilización de la mano de obra alcanzó su mayor intensidad en los primeros meses de 1920, en un momento

En la primavera de 1919, los «sábados comunistas» aparecieron en una Rusia soviética con un territorio relativamente pequeño¹²⁸ y donde el peso numérico del proletariado era, por tanto, mayor –aunque su dispersión en numerosas actividades militares y estatales era un obstáculo. De la extrema tensión de todas las fuerzas proletarias cercadas surgió este movimiento obrero voluntario, decidido inicialmente a bloquear el camino de Kolchak.

En la primavera de 1920, el trabajo obligatorio y una versión más coercitiva de la disciplina productiva pasaron a primer plano: el territorio soviético se había ampliado considerablemente y su composición social había cambiado en detrimento de los obreros y antiguos obreros. El discurso de Lenin ante el III Congreso de Sindicatos (7 de abril de 1920) abordó la cuestión de la «disciplina de trabajo» y la «dirección personal» precisamente desde este ángulo, insistiendo enérgicamente en el vínculo entre las proporciones «estadísticas» de la población controlada y las tareas de organización del trabajo:

Nos resulta más difícil administrar el país debido a nuestras victorias [...]. Cuando hablamos de dictadura, no es porque seamos centralistas. Las regiones que conquistamos ampliaron considerablemente el territorio de la Rusia soviética. Hemos conquistado Siberia, el Don y el Kubán. Allí el proletariado representa sólo un pequeño porcentaje de la población, un porcentaje menor que aquí. Nuestro deber es ir directamente a los traba-

en que, gracias a la derrota de Denikin y Koltchak, la aguda emergencia que la había hecho necesaria estaba retrocediendo». (Op. cit., vol. 2, p. 213).

¹²⁸ En abril-mayo de 1919, la ofensiva de Kolchak, seguida por la de Denikin en el verano de 1919, arrebató temporalmente vastas zonas a la República Soviética.

"A mediados de abril de 1919, la tensión en el Frente Oriental había alcanzado su punto álgido. En el ataque de primavera, las tropas de Kolchak se habían apoderado de un territorio de 300.000 km². Era aproximadamente del tamaño de un estado europeo como Italia. Los Guardias Blancos se acercaban al Volga. Cien kilómetros separaban sus destacamentos de vanguardia de Kazán, Simbirsk y Samara. Fue entonces cuando aparecieron los «sábados comunistas», precisamente en la línea Kazán-Moscú, directamente amenazados y casi en contacto con el enemigo (*Historia de la sociedad soviética*, Moscú, 1972, p. 91-92).

jadores y decirles francamente que la situación se ha complicado. Necesitamos más disciplina, más dirección personal y más dictadura.

[...] La anexión de territorios poblados por campesinos y kulaks impone una nueva tensión a las fuerzas del proletariado.¹²⁹

Fue en esta época (primavera de 1920, pero un poco más tarde: mayo-junio) cuando Lenin escribió *La enfermedad infantil del comunismo: el izquierdismo*. Lleva la marca del mismo punto de inflexión, en la medida en que sus formulaciones, que rechazan enérgicamente toda tentación utópica en materia de organización del trabajo, pueden parecer contradictorias con las insinuaciones de *Una Gran Iniciativa*.¹³⁰

¹²⁹ O.C., vol. 30, pp. 527-528

¹³⁰ - *Una Gran Iniciativa* :

"La organización comunista del trabajo social, de la que el socialismo es el primer paso, descansa y descansará cada vez más en la disciplina consciente y libremente consentida de los propios trabajadores [...]" (vol. 29, p. 424).

"Los sábados comunistas son infinitamente preciosos como comienzo efectivo del comunismo" (vol. 29, p. 431).

- *La enfermedad infantil...* :

"A través de estas uniones industriales, la división del trabajo entre los hombres será más tarde abolida; pasaremos a la educación, a la instrucción y a la formación de hombres universalmente desarrollados, universalmente preparados y sabiendo hacer de todo. Hacia allí va, debe ir y llegará el comunismo, pero sólo al cabo de muchos años. Tratar hoy de anticipar prácticamente este resultado futuro del comunismo plenamente desarrollado y sólidamente constituido en la cima de su madurez, es como tratar de enseñar altas matemáticas a un niño de cuatro años. "Podemos y debemos empezar a construir el socialismo, no con material humano imaginario o especialmente preparado para ello, sino con lo que el capitalismo nos ha legado" (vol. 31, p. 45).

Estas dos citas no tratan exactamente del mismo punto, pero abordan realidades similares, y está claro que el estado de ánimo de estos dos enfoques de la cuestión del trabajo (organización, disciplina, división del trabajo) es diferente. Es difícil imaginar la valoración del «material humano» en los pasajes entusiastas de *Una Gran Iniciativa*. El discurso a los sindicatos antes citado, que plantea en términos nuevos la cuestión de la organización del trabajo en función de la situación militar, nos ayuda a comprender esta variación. Estas minuciosas comparaciones pueden parecer excesivas. Pero no hay otra manera de captar el pensamiento de Lenin como un movimiento de contradicciones. El método desgraciadamente común de amontonar trozos de textos de Lenin, abstraídos de su contexto e indeterminados desde el punto de vista de la situación concreta, es un absurdo: desde

Por supuesto, estas inversiones distan mucho de ser mecánicas. Son más bien variaciones –a veces sutiles– de la dominante, dentro de una estructura compleja. En la primavera de 1919, cuando se ofrecieron los «sábados comunistas», la política laboral soviética ya incluía el «trabajo obligatorio» (que había aparecido en 1918, pero se aplicó por primera vez a las antiguas clases propietarias). El llamamiento del Comité Central *para combatir la crisis del combustible* (noviembre de 1919) yuxtaponía los dos tipos de medidas:

"El Comité Central del PCR propone a todas las organizaciones del Partido las siguientes medidas: [...]"

5. El trabajo obligatorio de toda la población o la movilización de determinadas clases para la extracción y el transporte de carbón y esquisto (rocas), para la tala y el acarreo de madera a las estaciones de ferrocarril, debe realizarse con la mayor rapidez y rigor [...].

6. Los sábados comunistas deben ser más frecuentes y realizarse con más energía, método y organización, ante todo en el trabajo de suministro de combustible. Los miembros del Partido deben marchar a la cabeza de la disciplina y la energía en el trabajo".¹³¹

Del mismo modo, el texto *Una gran iniciativa* ya contiene el tema, que se desarrollaría más tarde, de la estructura social general como determinante y límite de la organización del trabajo. Lenin indica que la cuestión

hace mucho tiempo, este método ha permitido apoyar, a bajo costo, todas las variantes posibles del revisionismo y el dogmatismo. Liquidada evidentemente la esencia misma del pensamiento de Lenin: el pensamiento dialéctico, perpetuamente en lucha con la realidad y consigo mismo, logrando y destruyendo adecuaciones siempre provisionales. En este sentido, la obra publicada de Lenin constituye una obra ideológica y teórica en curso, única en comparación con cualquier producción contemporánea que se le pueda comparar. Su especificidad radica precisamente en su extrema sensibilidad a las variaciones de la realidad, y sus propias variaciones son una muestra de ello, a menudo de manera espectacular. No fue el caso de otros pensadores y dirigentes revolucionarios de la misma época, incluidos los más brillantes teóricamente. Rosa Luxemburg se contradecía menos que Lenin. Pero la insurrección espartaquista, que ella dirigió heroicamente, fue aniquilado en cuestión de semanas. Y Lenin mantuvo la existencia de la República Soviética contra viento y marea...

¹³¹ O.C., vol. 30, pp. 137-138.

de la organización y disciplina del trabajo no puede abstraerse de las relaciones concretas de fuerzas existentes en un momento dado entre las diversas clases de la sociedad. Su entusiasmo no era utópico:

*"Quienes pretenden resolver el problema de la transición del capitalismo al socialismo mediante lugares comunes sobre la libertad, la igualdad, la democracia en general, la igualdad de la democracia del trabajo, etc. [...] sólo revelan su naturaleza pequeñoburguesa [...]. [...] sólo revelan su naturaleza pequeñoburguesa [...]. La solución correcta de este problema sólo puede proporcionarla el estudio concreto de las relaciones específicas entre la clase que ha conquistado el poder político, es decir, el proletariado, y la masa no proletaria, incluso semiproletaria, de la población trabajadora; estas relaciones no se forman en condiciones imaginarias, armoniosas, ideales [...]."*¹³²

Y fue precisamente porque Lenin analizó estas «relaciones específicas» transformadas por la situación militar por lo que el tono cambió. En 1919, la «relación específica» se percibía como más favorable¹³³. En 1920, por el contrario, se produjo un endurecimiento y un nuevo impulso ideológico a favor de una organización más autoritaria del trabajo. Sobre todo, *existía la idea de que lo que quedaba de fuerza proletaria debía servir para «cuadrar» la estructura productiva y política de una formación social abigarrada.*

Esta visión del proletariado ahogado en la masa campesina, sumergida por la descomposición de una sociedad duramente golpeada por la guerra, el hambre y la miseria, se ve claramente en los textos de 1920. Se

¹³² O.C., vol. 29, p. 426

¹³³ Esto queda ilustrado, entre otras cosas, por un matiz de *Una Gran Iniciativa*. Hablando de la diversidad de los componentes sociales de la sociedad en transición, Lenin dice: "[...] En los países capitalistas atrasados como Rusia, la mayoría de la población está compuesta por semiproletarios, es decir, por personas que viven regularmente una parte del año como proletarios, que buscan constantemente su subsistencia realizando, durante una cierta parte, trabajo asalariado en las empresas capitalistas» (Ibid., pág. 426). (Ibid., p. 426.) Esto insiste en el lado parcialmente «proletario» de la masa «pequeñoburguesa». Otros textos, en cambio, insistirán en su aspecto «burgués», e incluso en las características «burguesas» de la clase obrera -o de lo que quedará de ella. Dependiendo de las circunstancias y de cómo se mire, se dirá que una botella medio llena ... ¡o medio vacía!

acentuará aún más en 1921. Esto tuvo dos consecuencias más o menos explícitas:

1. La organización del trabajo industrial lleva necesariamente la marca (y es un componente) de la dictadura del proletariado sobre la pequeña burguesía y la burguesía (urbana y campesina) a nivel del conjunto de la economía y de la estructura social;

2. Esta dictadura debe, en cierta medida, penetrar en las propias fábricas, ya que el proletariado las ha abandonado en gran parte y los elementos pequeñoburgueses urbanos y campesinos han acudido a ellas. Aquí tocamos uno de los dilemas cruciales de la revolución soviética: *sabiendo que hay, numéricamente, pocos obreros –y sobre todo pocos obreros «conscientes», politizados y curtidos en la batalla–, ¿cómo deshacerse de ellos?* Si los dejamos en las fábricas, dejamos las funciones estatales a la burguesía. Eso no se puede hacer. Si los dispersas en el ejército, la administración, las tareas de abastecimiento –e incluso, en 1919-1920, en comunas rurales o *artels*, un embrión efímero de colonización del campo por la hambrienta clase obrera urbana–, serán sustituidos en las fábricas y en el sistema de producción urbano por gente de otras clases sociales... y la producción se encontrará en parte en manos menos seguras. En realidad, el proceso comenzó con la Primera Guerra Mundial, que atrajo trabajadores al ejército y pobló parcialmente las fábricas con reclutas frescos de diversos orígenes.

En plena guerra civil, la elección estaba clara: los obreros –los «auténticos»¹³⁴– eran demasiado escasos, demasiado preciosos, para que el Estado proletario los mantuviera en la producción.

A fuerza de poner obreros por todas partes, de formarlos en destacamentos de abastecimiento, grupos de propaganda, cuadros del Ejército Rojo, unidades de combate de choque, dirigentes de soviets o de administraciones estatales, etc., cada vez hay menos en las fábricas. En cualquier caso, la producción industrial, devastada por la guerra, la destrucción y el bloqueo, se hundía.

¹³⁴ En el próximo capítulo veremos con más detalle lo que Lenin entendía por «verdaderos obreros» o «verdadero proletariado», una especie que, a sus ojos, disminuyó durante los años de la guerra.

En estas condiciones, los «sábados comunistas» tenían también la función de mantener en contacto con el trabajo productivo al antiguo proletariado que se había incorporado al ejército y a la administración. Muy pronto, los «sábados comunistas» adquirieron el carácter de un trabajo realizado por comunistas (en el sentido estricto de miembros y simpatizantes del Partido Comunista), o de un trabajo organizado directamente por el Partido. Era una tarea de combate puntual, comparable a las operaciones del Ejército Rojo o de los destacamentos de abastecimiento. Y del mismo modo que los destacamentos de abastecimiento estaban *fuera* del funcionamiento «normal» de la producción agrícola, los «sábados comunistas» parecerían estar *fuera* del funcionamiento «normal», ordinario, del sistema de producción industrial y urbano.

En abril de 1920, Lenin expresó la esperanza de que esta forma de trabajo comunista se extendiera a toda la sociedad. La incorporó al viejo sueño marxista, que siempre había hecho suyo, de la conquista del trabajo como hábito, es decir, libre de todo estímulo *externo*:

"El trabajo comunista [...] es el trabajo no remunerado en beneficio de la sociedad; [...] es el trabajo libremente consentido, al margen de toda norma y prestado sin expectativa de remuneración, sin remuneración pactada, el trabajo condicionado por el hábito de trabajar para la comunidad y por el sentimiento consciente (que se ha convertido en hábito) de la necesidad de trabajar en beneficio de la comunidad; es el trabajo considerado como la necesidad de un organismo sano."¹³⁵

El periódico *Kommunisticheski Soubotnik* («Periódico de los sábados comunistas»), en el que aparecieron estas líneas de Lenin, debía dedicarse a la labor comunista. Tuvo una existencia muy corta. Un solo número...

II. Límites internos.

Veamos las principales características internas de los «sábados comunistas». En *Una gran iniciativa*, Lenin cita in extenso un artículo de *Pravda* del 17 de mayo de 1919 (El trabajo revolucionario – «sábados co-

¹³⁵ O.C., vol. 30, p. 530.

munistas») que describe la decisión de los obreros ferroviarios de Kazán de instituir el «Sábado comunista» y cómo se llevó a cabo.

Al leer este artículo de *Pravda*, que Lenin reprodujo, destacan varios puntos:

1. La forma en que se organizaba el trabajo durante los «sábados comunistas» no difería en nada (según la descripción que se hace en el artículo) de la forma tradicional de organizar el trabajo: respeto de las funciones jerárquicas, papel de los supervisores del trabajo, división de tareas entre trabajadores «manuales» y «administrativos»:

*"El sábado 10 de mayo, a las 6 de la tarde, como soldados, comunistas y simpatizantes fueron a trabajar, se pusieron en fila y, sin empujones, los capataces les asignaron sus puestos."*¹³⁶

Como se puede ver, no se menciona ninguna asamblea en la que los trabajadores voluntarios determinarían conjuntamente sus objetivos, los medios para alcanzarlos y los métodos más apropiados. Por el contrario, el autor insiste en la disciplina de tipo militar frente a la supervisión técnica tradicional. Esto queda aún más claro en el resto del artículo:

*"El personal administrativo que se quedó para supervisar el trabajo apenas tuvo tiempo de preparar nuevas tareas; el viejo capataz apenas exageraba cuando decía que en un «sábado comunista» habíamos hecho lo que trabajadores inconscientes y mal disciplinados habrían hecho en una semana."*¹³⁷

Este planteamiento está en consonancia con los principios del taylorismo: separación estricta entre la preparación y el diseño de las tareas, por un lado (que es responsabilidad de la dirección), y, por otro, las funciones de ejecución (que son responsabilidad de los trabajadores).¹³⁸

El trabajo «comunista» se organiza de forma tradicional: ¿de dónde procede su carácter revolucionario?

¹³⁶ O.C., vol. 29, p. 416.

¹³⁷ Ibid, p. 418.

¹³⁸ Veremos más adelante que los sábados comunistas, los trabajadores que tenían trabajos «administrativos» a lo largo de la semana hacían trabajos «manuales» ese día. Es un embrión de la rotación de tareas y un factor importante de revolucionarización, pero no cambia en sí mismo la estructura del proceso de trabajo: la función de los trabajadores no cambia, sólo se amplía a participantes ocasionales.

2. El artículo de *Pravda* califica de *revolucionario* lo siguiente:

a) *productividad*:

"Los resultados del trabajo de estilo revolucionario están ahí. [...] El rendimiento del trabajo de carga fue un 270% superior al de los trabajadores ordinarios".

b) *ambiente ideológico y motivación*:

"El entusiasmo y el buen entendimiento no tenían precedentes [...]. Al terminar los trabajos, asistimos a un espectáculo nunca visto: un centenar de comunistas, cansados pero con los ojos encendidos de alegría, saludaban el éxito de su trabajo cantando solemnemente la Internacional; uno tenía la impresión de que los acordes del himno victorioso [...] iban a conquistar a la Rusia obrera y a estimular a los trabajadores cansados e indisciplinados".

c) *La composición de la mano de obra voluntaria*: comunistas y simpatizantes de todas las profesiones juntas: "Alrededor del 10% de los comunistas con empleos fijos participaron en el trabajo. Los demás ocupaban puestos de responsabilidad o cargos electivos, desde el comisario de la red hasta el comisario de tal o cual empresa, así como militantes sindicales y camaradas empleados en la gestión y puesta en servicio de las Vías de Comunicación".¹³⁹

La ideología funciona aquí como fuerza productiva. Pero sólo si encaja en el molde de una estructura tradicional del aparato productivo. Un pasaje del artículo resume todas estas características:

"Cuando, sin insultos ni discusiones, obreros, empleados de oficina y administradores, apoderándose de una rueda de 40 libras destinada a la locomotora de un tren de pasajeros, empezaron a empujarla, como hormigas laboriosas, este trabajo colectivo llenó los corazones de un sentimiento de ardiente alegría [...]"¹⁴⁰

Curiosamente, una vez más en este texto sobre el «trabajo comunista», que Lenin cita, percibimos cómo el taylorismo podría parecerle un paso importante hacia este trabajo comunista.

¹³⁹ Ibid., 416-418.

¹⁴⁰ Ibid. p. 418

La descripción es del trabajo manual, pura fuerza física, donde sólo cuenta la determinación. Las tareas han sido preparadas y asignadas; la supervisión técnica habitual está a cargo. Cada hombre aporta su energía y su fuerza muscular a un mecanismo global ya preparado. *Una situación tayloriana*. Y esto es precisamente lo que permite incorporar al proceso de trabajo, prácticamente sin pérdida de tiempo ni de aprendizaje (con la excepción de los ligeros retrasos en la adaptación que pueden darse en un grupo de trabajo que acaba de constituirse¹⁴¹), al personal del Partido, a los empleados del Partido, burócratas, etc.

De hecho, el trabajo en las O.S. tiene algo de democrático, ya que está al alcance de un gran número de individuos, para los que requiere cualidades sencillas y similares. Tiende a crear una mano de obra homogénea.

Esto está en consonancia con el servicio laboral obligatorio, un trabajo sencillo y perfectamente regulado, de tal manera que todos los individuos de la sociedad podrían dedicarle una parte de su tiempo, reservando el resto para actividades diversas. La realización concreta del «trabajo social».

No hay que subestimar la importancia revolucionaria de los «sábados comunistas». Planteaban dos problemas importantes, que hoy son aún más actuales:

- *la cuestión de los incentivos al trabajo*. Lenin indicó claramente que sólo podía hablarse de «trabajo comunista» en el pleno sentido del término cuando actuaban *estímulos ideológicos*, con exclusión de cualquier interés material personal;

- *la cuestión de mezclar trabajadores manuales e intelectuales*.

Sin embargo, aunque la obra de los «sábados comunistas» pretendía acercar a los trabajadores manuales e intelectuales, no intentaba directamente superar la separación entre trabajo manual e intelectual. Al contrario –y esta dialéctica aparece en los textos citados– la radicaliza en su búsqueda de la eficacia inmediata.

¹⁴¹ El trabajo se llevó a cabo a pesar de ciertos defectos (fáciles de eliminar) en los equipos auxiliares que retrasaron a ciertos grupos entre 30 y 40 minutos. (Ibid., p. 418.)

Y ahí reside su *limitación esencial*: en ningún momento se plantea la cuestión de la iniciativa técnica o de la creación técnica por parte de la masa de trabajadores.

Los trabajadores intelectuales se han acercado ocasionalmente al trabajo manual. Pero no hay ninguna tendencia a elevar el *contenido intelectual del trabajo manual*. Todo lo contrario. El siguiente artículo, que Lenin también cita, lo muestra claramente (artículo en *Pravda* del 7 de junio, firmado por A. Diatchenko):

Con gran alegría fui con mi camarada a hacer mi «cursillo» de los sábados, por decisión de la subsección comunista del ferrocarril, y a dar a mi cabeza un descanso momentáneo durante unas horas poniendo a trabajar mis músculos.¹⁴²

Por supuesto, Lenin también se basó en los «sábados comunistas» para reducir las contradicciones fundamentales, incluida la contradicción entre el trabajo manual y el intelectual. *Pero indirectamente. La función inmediata de los «sábados comunistas» es obtener, por medios ideológicos, un aumento de las fuerzas productivas y, sobre todo, un aumento decisivo de la productividad del trabajo humano.* Es esta expansión de las fuerzas productivas –sería más apropiado hablar de recuperación de la devastación de la guerra– la que Lenin espera que determine a su vez transformaciones más profundas. Lenin formuló este plan explícitamente:

"Para eliminar por completo las clases, tenemos que borrar la diferencia entre la ciudad y el campo, y entre los trabajadores manuales y los intelectuales. Se trata de una tarea a largo plazo. Para lograrlo, debemos dar un gran paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas."¹⁴³

¿Cómo conseguirlo? Por implantación:

"[...] de una nueva organización del trabajo, que combine la última palabra de la ciencia y la técnica capitalistas con la unión masiva de trabajadores conscientes que son los artesanos de la gran producción socialista."¹⁴⁴

¹⁴² O.C., vol. 29, p. 420.

¹⁴³ Ibid., p. 425.

¹⁴⁴ Ibid., p. 427.

Cabe señalar que esta formulación es muy similar a la utilizada en *Las tareas inmediatas del poder soviético* (1918) en relación con el sistema Taylor¹⁴⁵. Merece la pena señalar tal similitud de expresión para designar dos medidas políticas que podrían parecer diametralmente opuestas (introducción del taylorismo y «sábados comunistas»). Lo «nuevo» de la «organización del trabajo» a la que se refería Lenin en 1919 era su cohesión ideológica y su estímulo ideológico. La estructura técnica seguía siendo heredada –o importada– del capitalismo.

En cierto modo, los «sábados comunistas» *llegaron al extremo de la versión democrática* del «taylorismo soviético». Pero se quedó por debajo de un límite que nunca se cruzó.

¹⁴⁵ "La última palabra del capitalismo a este respecto, el sistema Taylor, combina, como todos los avances del capitalismo, la refinada crueldad de la explotación burguesa con los más valiosos logros científicos relativos al análisis de los movimientos mecánicos del trabajo [...]". (O.C., vol. 27, p. 268).

Capítulo 6.

El proletariado desaparecido

Deberíamos construir ciudades en el campo: allí el aire es más limpio.

Alphonso Allais.

A medida que la guerra civil devoraba a las fuerzas obreras, despoblaba las fábricas de su antiguo personal –y paralizaba la mayor parte de la producción industrial, principalmente debido a la «hambruna de combustible»–, Lenin llegó a negarse a caracterizar como «proletariado» a la población empleada en lo que quedaba de la producción industrial y urbana. Su definición del «proletariado» se hizo cada vez más rigurosa y restrictiva.

Como hemos visto, la política de organización del trabajo de Lenin era extremadamente sensible a los cambios en la correlación de fuerzas sociales, políticas e ideológicas. La «desaparición del proletariado» que creía haber observado en los albores de la NEP tuvo, evidentemente, consecuencias notables en este terreno: la tendencia de las masas a autoorganizarse en el proceso de trabajo había terminado temporalmente. Y volvieron a darse las condiciones ideológicas para que la disciplina laboral y el «taylorismo soviético» funcionaran en su versión autoritaria. ¿Acaso la organización del trabajo industrial y urbano no forma parte del sistema de dictadura impuesto a las viejas clases dominantes y a la pequeña burguesía, ya que estas fuerzas sociales están presentes en gran medida en lo que queda de fábricas y obras urbanas? Aunque no se formule con tanto rigor, la idea suele ser la misma. Y sobrevivió no sólo a Lenin sino incluso a la NEP, planteando inextricables problemas de legitimidad y determinando actitudes ambivalentes o al menos complejas ante la cuestión de la «disciplina del trabajo».

Organizar el trabajo significa ante todo organizar a las personas que trabajan. La evaluación de Lenin de la clase (económica, política, ideológica) de la población productiva industrial y urbana desempeñó, por tanto,

un papel esencial en las sucesivas políticas que propugnó para la organización y disciplina del trabajo, a partir de 1918. Sin embargo, esta apreciación fue cambiando progresivamente de año en año bajo la presión de las circunstancias, hasta el momento en que –al transformarse la cantidad en calidad– dio un vuelco en 1921. Veamos esta progresión.

1918

Desde los primeros meses de la Revolución de Octubre, Lenin advirtió contra cualquier idealización de la clase obrera rusa, subrayando en varias ocasiones hasta qué punto el legado ideológico del zarismo había dejado su huella en ella. Al mismo tiempo, sin embargo, hizo hincapié en la formación de una nueva ideología dentro de la clase obrera, vinculada a las responsabilidades que estaba asumiendo. *En 1918, la caracterización de la clase obrera era doble.*

El 27 de junio de 1918, en un momento de crisis aguda, poco después del levantamiento del ejército checoslovaco y en medio de la hambruna, Lenin declaró en una conferencia de sindicatos y comités de fábrica en Moscú:

"Es evidente que entre las amplias masas de obreros hay mucha gente que, ¡ustedes lo saben mejor que nadie, cada uno de ustedes lo observa en la fábrica!, no son ni pueden ser socialistas ilustrados porque están obligados a trabajar como presidiarios en la fábrica y no tienen ni el tiempo ni la oportunidad de hacerse socialistas".

De ahí, dice Lenin, dos aspectos de su ideología:

- *Primer aspecto:*

"Es comprensible que estas personas sean comprensivas con el hecho de que en la fábrica los trabajadores crecen, tienen los medios para aprender a dirigir ellos mismos las empresas [...], que es el único trabajo que permitirá a los trabajadores alcanzar finalmente su aspiración de toda la vida: utilizar la maquinaria, las fábricas, las plantas, la tecnología más

avanzada [...] no para explotar sino para mejorar la vida [...] de la inmensa mayoría."¹⁴⁶

- Segundo aspecto:

"Pero cuando vean cómo, en Occidente, en el Norte y en el Este, los bandidos imperialistas se aprovechan de la debilidad de Rusia para arrancarle el corazón, y mientras no sepan cuál es la posición del movimiento obrero en otros países, es concebible que cedan a la desesperación. Sería ridículo y absurdo pensar que la sociedad capitalista basada en la explotación pueda engendrar inmediatamente una perfecta conciencia de la necesidad del socialismo y una comprensión del mismo [...]"¹⁴⁷

Lenin dice incluso que es natural que las «clases trabajadoras», agobiadas por el hambre y asediadas por todas partes, «sientan el deseo de tirarlo todo por la borda» (ibid., p. 497). Más adelante, sin embargo, subraya la aparición y consolidación de una nueva ideología entre los trabajadores. Refiriéndose a los casos de corrupción en los «destacamentos de abastecimiento», dice:

"Mientras nuestros destacamentos no cumplan sus tareas, significa que debemos dotarnos de destacamentos más conscientes, *con un mayor número de trabajadores dedicados a su clase; y estos trabajadores son mucho más numerosos que los que se han dejado corromper.*"

Para Lenin, el aspecto principal de la contradicción en el seno del proletariado en este momento es la fracción consciente del proletariado y la nueva ideología de la que es portadora. Y Lenin ya indica –como hemos visto en varias ocasiones, esto está en consonancia con el núcleo invariable de su sistema de pensamiento– *la dirección en la que debe dirigirse el esfuerzo principal para concentrar a este proletariado consciente*: no debe ser la producción industrial, sino el Estado y los asuntos de la sociedad en su conjunto. Afirma:

"Es necesario que [...] mientras sigamos sumidos en la oscuridad, mientras no creamos en el nuevo orden, los obreros organizados de las ciudades, los obreros organizados de las fábricas y plantas, se conviertan

¹⁴⁶ O.C., vol. 27, p. 496.

¹⁴⁷ Ibid.

en la clase dominante [...]. No olvidéis que *la revolución no podrá conservar ninguna de sus conquistas si vosotros, en vuestros comités de fábrica y de planta, os preocupáis sólo de cuestiones técnicas*, o de vuestros intereses obreros puramente financieros [...]. Vuestros comités de fábrica deben dejar de ser simples comités de fábrica; deben convertirse en las células políticas fundamentales de la clase dominante."¹⁴⁸

Todo el discurso del que se extrae este pasaje es un vibrante llamamiento a la élite de la clase obrera, a la que Lenin dice claramente: *¡salid de las fábricas para hacer la Revolución!* Asediados como estamos, ¡es la única salida!

*"¡Si cada comité comprende que es un líder de la mayor revolución que el mundo haya visto jamás, conquistaremos el socialismo para todo el mundo!"*¹⁴⁹

Así, ya en junio de 1918 (como hemos visto, éste fue también el momento decisivo para el desencadenamiento de la «lucha de clases» en el campo y la «cruzada por el trigo»), *se optó inequívocamente por distribuir a la parte combativa y comunista de la clase obrera en las funciones clave fuera de la producción*. Como veremos más adelante, esto implicaba potencialmente un deterioro de las características políticas e ideológicas de la población productiva. Pero el primer Estado proletario del mundo sobrevivió pagando ese precio.

Por primera vez en la historia, tras el aplastamiento de la Comuna de París, se dio una respuesta concreta a la cuestión planteada desde Marx: ¿cuál podría ser la forma concreta de la toma del poder por parte del proletariado? En las condiciones excepcionalmente difíciles del primer avance duradero, Lenin dio una respuesta radical: *la transformación física del proletariado revolucionario en aparato de poder del Estado*: ejército, administración, policía, propaganda. La epopeya de la Guerra Civil no es otra cosa que la historia de esta fantástica transfusión. No es cuestión de repetirla aquí.¹⁵⁰

¹⁴⁸ Ibid, pp. 506-507.

¹⁴⁹ Ibid. p. 508.

¹⁵⁰ He aquí algunos ejemplos. Tras el levantamiento de octubre, el sabotaje de los funcionarios zaristas se rompió en parte con una afluencia inicial de trabajadores revolucionarios a la administración estatal. Marineros de la flota del Báltico y

¿Quién puede negar que sin esta elección increíblemente audaz –transformar a la clase obrera consciente en oleadas sucesivas en ejército, administración, policía, etc.– la joven República Soviética habría sucumbido en pocos meses a los golpes de una reacción interna y externa (14 países imperialistas intervinieron durante la guerra civil en territorio soviético, entre ellos Inglaterra, Francia y Japón) unida contra ella?

Pero, ¿cómo no ver tanto el coste como las consecuencias de largo alcance? Se puso en marcha un proceso que llevaría, al final de la guerra civil, a la conclusión de que el «proletariado real» había sido arrancado de la producción por las tareas de la lucha armada y política, que los trabajadores activos aún empleados ya no eran, en su mayoría, el proletariado legítimo, en resumen, que ya no existía un proletariado en el pleno sentido de la palabra. Peor aún, los terribles sacrificios del proletariado implicado en los combates condujeron a veces a actitudes ideológicas de desprecio hacia ciertas tareas de retaguardia, reservadas a elementos políticamente atrasados o inseguros –incluidos los miembros de las viejas clases capitalistas y burguesas, obligados a realizar «trabajos obligatorios». Es justo que el proletariado haya movilizadado la fuerza de trabajo de la burguesía derrocada en esta lucha encarnizada. Pero el hecho de que esto permitiera que ciertas formas de desprecio por el trabajo manual se infiltraran en sus filas es, al mismo tiempo, un riesgo de degeneración ideológica para el futuro.¹⁵¹

obreros de la fábrica Siemens-Schuckert de Petrogrado pasaron a dirigir el nuevo Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores. Obreros de la fábrica Poutilov ayudaron a construir el aparato del Comisariado del Interior.

La afluencia de proletariado revolucionario de todos los centros industriales del país dio al Ejército Rojo su punta de lanza y su alma. En mayo-junio de 1919, cuando la combinación de la ofensiva del general zarista Yudenich y los levantamientos contrarrevolucionarios de Krasnaya Gorka y Seraya Lochad amenazaban directamente a Petrogrado, *unos 13.000 obreros de Petrogrado*, tras un breve entrenamiento militar, se unieron al debilitado 7º ejército que defendía la ciudad.

¹⁵¹ "Aunque no se trataba de armar a los miembros de las clases más ricas, los dirigentes soviéticos no tenían ninguna intención de eximirlos de las cargas de la guerra. Trotsky anunció el 10 de julio [de 1918] que la burguesía sería movilizadada para algunas de las tareas no combatientes más duras y sucias en la retaguardia, y

El 20 de enero de 1919, en su informe al II Congreso de Sindicatos de Rusia, el análisis de Lenin contenía la *misma doble evaluación* del proletariado que en 1918, pero era más preciso en ciertos puntos:

- El trabajador nunca ha estado separado de la vieja sociedad por una muralla china. Y ha conservado gran parte de la psicología tradicional de la sociedad capitalista. Los obreros están construyendo una nueva sociedad, *sin haberse transformado en hombres nuevos, liberados del fango del viejo mundo; todavía están metidos hasta las rodillas en él*".

- Pero los trabajadores ven por experiencia propia que el poder está en sus manos, que nadie les ayudará si ellos no se ayudan a sí mismos. *Tal es la nueva psicología que se está creando en la clase obrera [...]*".¹⁵²

[...] exclamó: "Nuestros padres y abuelos sirvieron a vuestros padres y abuelos, limpiando la suciedad y la inmundicia; ¡os obligaremos a limpiar la suciedad!

Un decreto del 20 de julio estableció formalmente la obligación de trabajar en la retaguardia para los miembros de las clases burguesas de entre 18 y 45 años. [Entre ellos: directores de empresas, jefes de asalariados, antiguos abogados, corredores de bolsa, periodistas burgueses, sacerdotes, monjes, antiguos funcionarios o jefes de administraciones". (W. H. Chamberlin, *The Russian Revolution*, vol. 2, pp. 27-28).

Ciertamente, es excelente que el director de una empresa comercial o el propietario de un burdel se transformen en barrenderos... ¡a condición de que, como resultado, todo el mundo no empiece a considerar la profesión de barrendero como despreciable (o incluso más despreciable que en el pasado)! Si los obreros ponen a los burgueses en su sitio y empiezan a despreciar la condición de obrero tal y como cambia de titular, ¡no hay salida!

Hay que reconocer que esto es llevar el razonamiento al absurdo: la situación concreta en los primeros años de la Unión Soviética era mucho más compleja. Sin embargo, desde un punto de vista marxista, resulta un tanto contradictorio considerar el trabajo manual como un castigo, y las circunstancias que rodearon el nacimiento de la ideología soviética en medio de la feroz guerra civil no contribuyeron en absoluto a aclarar este punto.

En China, las «escuelas del 7 de mayo» (reeducación de cuadros mediante el trabajo manual) nacieron de la Revolución Cultural. Numerosos relatos subrayan que, lejos de ser humillados o convertidos en sospechosos, los cuadros que pasaban por estas escuelas eran, por el contrario, muy valorados.

¹⁵² O.C., vol. 28, pp. 446-448.

«Nueva psicología» frente a «psicología tradicional»: la dicotomía ideológica en la clase obrera determina una lucha específica en el terreno de las mentalidades.

Los «sábados comunistas» formaban parte de esta lucha entre las dos «psicologías», en la sociedad y dentro de la propia clase obrera¹⁵³. En cierto modo, *eran la forma que adoptaba la ofensiva de la parte «comunista» de los obreros en la producción*. Lenin esperaba que el «trabajo comunista» ayudaría a forjar la vanguardia obrera. Incluso se apoyó en los «sábados comunistas» como herramienta de selección para reclutar al Partido Comunista:

Debemos continuar la depuración, poniendo en marcha la iniciativa de los «sábados comunistas»: admitiendo en el Partido sólo después de, digamos, seis meses de «iniciación» o «entrenamiento», consistente en «trabajar al modo revolucionario».¹⁵⁴

Como punto final de la ofensiva comunista en la producción y –hasta cierto punto– en el aparato estatal, los «sábados» concentraban muchos rasgos del contenido de los principios del «comunismo de guerra». También reflejaban la valoración relativamente optimista que se hacía entonces de la relación social de fuerzas en el seno de la República Soviética:

"Entre otras cosas, los «sábados comunistas» arrojaron una brillante luz sobre el carácter de clase del aparato estatal bajo la dictadura del proletariado [...] La idea fue planteada por el Comité Central de un partido con entre 100.000 y 200.000 miembros [...]. Esta idea fue adoptada por los trabajadores sindicalizados. Hay hasta 4 millones de ellos en Rusia y Ucrania. La inmensa mayoría de ellos está a favor del poder estatal proletario, de la dictadura del

¹⁵³ En cuanto al trabajo manual, desempeñaron evidentemente un papel importante en la revolución, en contraste con ciertos aspectos, destacados anteriormente, del trabajo obligatorio de la vieja burguesía. Encarnaban la tendencia ideológica opuesta: valorar el trabajo manual en lugar de despreciarlo. Este es un punto importante -aunque todavía embrionario- en la lucha entre las dos líneas dentro de la ideología bolchevique.

¹⁵⁴ O.C., vol. 29, p. 437.

proletariado. 200.000 y 4 millones, esa es la proporción de los «engranajes», si se me permite decirlo así."¹⁵⁵

1920

La valoración de la relación social de fuerzas se transformó en 1920, con lo que se restringió el papel y el margen de ampliación del «trabajo comunista». Al mismo tiempo, aunque el tema de la doble ideología de la clase obrera seguía presente, se produjo *un endurecimiento muy claro* en la caracterización del aspecto negativo. La destrucción del proletariado por la guerra civil se percibe mucho más agudamente, al igual que la idea de que lo mejor del proletariado ha pasado al aparato de la dictadura. De ahí el tono riguroso (éste fue también el período en que Lenin escribió *La enfermedad infantil...*).

El 12 de junio de 1920, Lenin declaró:

*"Sostenemos que los obreros, que han asumido todas las cargas, que han logrado el orden y la estabilidad del poder de los soviets al precio de los mayores sacrificios, deben considerarse como el destacamento de vanguardia llamado a dirigir al resto de la masa trabajadora educándola y disciplinándola, porque sabemos que el capitalismo nos ha dejado la herencia de obreros totalmente ignorantes y estupefactos, que no comprenden que se puede trabajar de otra manera que no sea bajo la vara del capital: que se puede trabajar bajo la dirección del obrero organizado. Pero pueden entenderlo si se lo demostramos en la práctica."*¹⁵⁶

Y en el mismo discurso (era una conferencia a dirigentes obreros del campo) se propugnaba una orientación autoritaria contra los aspectos negativos de la clase obrera. Aparece la idea de que tantos sacrificios en el Ejército Rojo y en el frente dan derechos a la parte del proletariado que los ha hecho:

"Para restablecer la economía es indispensable la disciplina. La dictadura del proletariado debe consistir sobre todo, para la parte más avanza-

¹⁵⁵ O.C., vol. 29, p. 437.

¹⁵⁶ O.C., vol. 31, p. 179.

da, más consciente y más disciplinada de los obreros de las ciudades y de la industria, *que sufren más que nadie el hambre y que han hecho sacrificios inauditos durante los dos últimos años*, en educar, instruir y disciplinar al resto del proletariado, *a menudo inconsciente*, así como a todas las masas obreras y al campesinado. Hay que desterrar todo sentimentalismo y todo discurso democrático".¹⁵⁷

La guerra civil trazó una línea de demarcación: la parte del proletariado que se quedó atrás y no participó fue calificada de «*inconsciente*». De hecho, la ideología desempeñó cada vez más un papel esencial en la definición que Lenin dio del proletariado: las condiciones excepcionales de la Revolución y de la guerra civil le llevaron a no definir ya al proletariado simplemente por su lugar habitual en las relaciones de producción, sino a tener en cuenta sus *orígenes de clase anteriores* a la Revolución, sus características político-ideológicas y su forma de actuar. El torbellino de la situación lo ha mezclado todo.

Al final de la guerra, la gente cada vez encontraba menos su camino. ¿Quién era un obrero? ¿El antiguo obrero metalúrgico de las fábricas de *Putilov* que se convirtió en guardia rojo, luego en miembro de un destacamento de abastecimiento, después en oficial del Ejército Rojo... y que ahora está empleado en el aparato administrativo de un Comisariado del Pueblo? Pero ahora sólo participa en la producción de forma irregular con los «sábados comunistas»... ¿O debemos llamar «obrero» al tendero de Petrogrado que era próspero antes de la Revolución y que, arruinado, logró encontrar un empleo como peón en una fábrica abandonada por los obreros alistados en el Ejército Rojo? Antes de la Revolución, todo le separaba de los obreros, cuya causa nunca abrazó, y ahora odia al régimen soviético, a causa del cual ha perdido su fortuna.¹⁵⁸

¹⁵⁷ O.C., vol. 31, p. 179.

¹⁵⁸ «Hombres y mujeres de origen burgués y pequeñoburgués, generalmente hostiles a la dictadura del proletariado, penetraron en las filas de la clase obrera para beneficiarse de las raciones de los trabajadores manuales o para intentar hacer olvidar su origen de clase.» (Charles Bettelheim, op. cit., pp. 151-152).

La explosión de descontento que estalló en muchas fábricas de Petrogrado y otros centros a principios de 1921 precipitó las cosas y radicalizó la posición de Lenin. Si el proletariado es precisamente –como lo definió Lenin– esa vanguardia de la clase obrera que acepta todos los sacrificios para fundar un nuevo Estado, entonces no puede llamarse proletariado a la multitud de obreros descontentos, desmoralizados por el frío y el hambre, que abandonaron la producción y se declararon en huelga en febrero de 1921. Sus características ideológicas y, en muchos casos, sus orígenes de clase, militaban en su contra. Además de la penetración de los restos de la burguesía y de la pequeña burguesía, los obreros que seguían ocupados se habían unido masivamente al pueblo, redescubriendo sus lazos campesinos para sobrevivir y abastecerse y, por tanto, adoptando las más de las veces la reivindicación campesina del «libre comercio del cereal». En cualquier caso, la producción industrial estaba prácticamente aniquilada y ya no existía ninguna base material para una verdadera clase obrera. Los obreros jugueteaban, fabricando pequeños objetos de uso cotidiano que intercambiaban o vendían en mercados paralelos (los famosos «mecheros» que se habían convertido en el símbolo de la Rusia industrial lumpenizada, que sobrevivía penosamente gracias a los recursos de una economía marginal). Con frecuencia, incluso, vendían piezas de recambio, máquinas y el resto del equipo de su empresa¹⁵⁹ ... Fue en 1921 cuando Le-

¹⁵⁹ Carr da las siguientes cifras, tomadas de las estadísticas soviéticas: "El número de obreros industriales asalariados [...] que había llegado a 3.000.000 en 1917, disminuyó gradualmente, cayendo a 2.500.000 en 1918, 1.480.000 en 1920 y 1.240.000 en 1921". (Op. cit., t. 2, p. 197.) Desgraciadamente, no disponemos de datos precisos sobre la composición de esta clase obrera en 1921: ¿Qué proporción estaba formada por obreros de antes de 1917? ¿Por nuevos reclutas de origen campesino? ¿De origen urbano? ¿Por miembros de las antiguas clases capitalistas y burguesas? Sería especialmente valioso disponer de esos datos para las fábricas de Petrogrado más afectadas por los problemas de febrero de 1921: la acería Troubotchny, la fábrica de tabaco Laferme, la fábrica de calzado Skorokhod, las empresas metalúrgicas Baltik y Patronny, e incluso la fábrica metalúrgica

nin pronunció su famosa frase: «El proletariado ha desaparecido». Dio, entonces, la definición más *restringida* de proletariado.

El 17 de octubre de 1921, en un informe sobre la NEP que presentó al Congreso de los Servicios de Educación Política, Lenin dijo:

"[El proletariado industrial] en nuestro país, como resultado de la guerra, la ruina y la terrible destrucción, ha sido desclasado, es decir, ha sido desviado de su camino de clase y ha dejado de existir como proletariado. *El proletariado es la clase que produce bienes materiales en las empresas de la gran industria capitalista.* Desde que la gran industria capitalista ha sido socavada y las fábricas y plantas inmovilizadas, el proletariado ha desaparecido. A veces se le representaba formalmente como tal, pero carecía de raíces económicas."¹⁶⁰

Obsérvese todo lo que queda excluido por tal definición: transportes, ferrocarriles, servicios postales y otros servicios que no son «producción de bienes materiales»; trabajadores de pequeñas empresas; empleados de artesanos; y, por supuesto, puesto que aquí sólo se considera al proletariado industrial, los trabajadores agrícolas.

Es cierto que las circunstancias impulsaron a Lenin a ser tan riguroso en su definición: ¿no se trataba, en cierto modo, de justificar la NEP y la primacía absoluta de la restauración del aparato productivo, al precio de amplias concesiones al capital privado? Esto puede dar la impresión de que Lenin se limita a una definición estrictamente económica del proletariado. En realidad, la determinación es sobre todo política e ideológica: Lenin busca caracterizar lo que, desde el punto de vista material, produce la «*psicología proletaria*» –y es esta «psicología» lo que es importante para él.¹⁶¹ Vuelve a esta cuestión varias veces, y en particular en el XI Congreso del PC(b)R.

Poutilov, cuya plantilla se había reducido a 6.000 trabajadores. (Véase Paul Avrich, *La tragedia de Kronstadt*, París, 1975, pp. 41-47).

¹⁶⁰ O.C., vol. 33, p. 59.

¹⁶¹ En el esbozo de un discurso que Lenin iba a pronunciar ante el Congreso de Sindicatos en mayo de 1921, encontramos estas escuetas indicaciones:

15. ¿Está en decadencia el proletariado? Sí. ¿Conclusiones? La ideología de los pequeños propietarios.

El 27 de marzo de 1922 –tras un año de la NEP– Lenin, en su informe al Undécimo Congreso, describió las dificultades con las que se había encontrado el Buró Político del Partido Comunista al intentar reconstruir un centro económico en la cuenca del *Donetsk*, en Ucrania. Ucrania salía de un período turbulento de separatismos, anexiones, poderes que se sucedían y guerras; la situación política allí era particularmente confusa. Lenin habló de los intentos de enlace con las organizaciones locales:

Allí tratamos con obreros. Muy a menudo, cuando decimos «obrerros», pensamos que significa proletariado fabril. No es así. Aquí, desde la guerra, gente que no tenía nada de proletario ha venido a trabajar a fábricas y plantas: ha venido allí a esconderse. Y hoy, ¿son las condiciones sociales y económicas de nuestro país tales que llevan a los verdaderos proletarios a las fábricas y plantas? No. *Eso no es cierto. Es cierto según Marx.* Pero Marx no hablaba de Rusia; hablaba del capitalismo en su conjunto, desde el siglo XV en adelante. Eso fue correcto durante seiscientos años, pero es erróneo para la Rusia de hoy. Muy a menudo, la gente que viene a la fábrica no son proletarios, sino todo tipo de personas que se juntan.¹⁶²

Aquí llegamos al punto extremo de la paradoja: ser obrero de la producción industrial en la Rusia de 1922 no sólo no es garantía de pertenecer al proletariado... ¡es *incluso una profesión sospechosa*! En el mejor de los casos, significa que has cortado tus destacamentos de abastecimiento y te has movilizado para el Ejército Rojo. En el peor, ¡significa que eres un antiguo poseedor o incluso un «guardia blanco» reclasificado! En cualquier caso, en cuanto a la actividad práctica, la gente pasaba el tiempo –por necesidad– haciendo chapuzas y dedicándose al pequeño comercio para sobrevivir: nada muy proletario.

En cuanto al proletariado en el aparato estatal, o al menos la parte de él que sobrevivió en 1922 tras los años de sangría, cabalgaba sobre una

16. La gran producción y las máquinas, base material y psicológica [subrayado por Lenin] del proletariado. De ahí *el desclasamiento*. (O.C., vol. 42, p. 317.)

¹⁶² O.C., vol. 33, p. 305.

gigantesca máquina heredada del pasado (¡unos 5 millones de funcionarios al comienzo de la NEP!), cuyo control era, para Lenin en aquel momento, un problema persistente y fundamental:

"Si miramos a Moscú –4.700 comunistas responsables– y si miramos a la maquinaria burocrática, esta enorme masa, ¿quién dirige y quién es dirigido? Dudo mucho que podamos decir que los comunistas están a la cabeza [...]. Son ellos los que son dirigidos.

*[...] Los comunistas que se ponen a la cabeza de las instituciones [...] a menudo se ven engañados. Una confesión muy desagradable [...]. Pero tenemos que hacerlo, me parece, porque ése es ahora el quid de la cuestión. Esta es, en mi opinión, la lección política del año, y bajo este signo se desarrollará la lucha en 1922."*¹⁶³

¿Cómo podía resolverse esta cuestión, que Lenin describió en 1922 como central? La forma principal, que indicó varias veces a lo largo de ese año y a principios del siguiente, era lanzar nuevas fuerzas obreras a la batalla por el aparato estatal. Repitió esto el 31 de octubre de 1922, en una sesión del Comité Ejecutivo Central, al concluir su discurso sobre la cuestión del aparato estatal: «Sólo podemos contar con la sinceridad y el entusiasmo de los trabajadores».¹⁶⁴

En otras palabras, lo que podría quedar de «proletario», en el sentido de Lenin de la heterogeneidad de la población obrera de 1922, seguiría siendo utilizado en un intento de proletarizar un aparato estatal hipertrofiado y descontrolado. ¿No correría esto el riesgo de reducir las últimas fuerzas proletarias de la población productiva? Y preparar el terreno para un círculo vicioso: *cualquier deterioro de la situación general del aparato productivo y administrativo desencadena una llamada a los trabajadores para ocupar puestos de control y dirección, y este empobrecimiento de la base es en sí mismo un factor de deterioro.*

Concentrar el esfuerzo principal de reconstrucción y construcción económica en las funciones de *dirección de la producción* y no en las tareas productivas básicas está en consonancia con el sistema de pensamiento de

¹⁶³ O.C., vol. 33, pp. 293-294.

¹⁶⁴ O.C., vol. 33, p. 406.

Lenin. Lo mismo puede decirse de la primacía de las tareas políticas en el aparato estatal. Finalmente, fue a través de una acumulación gradual de fuerzas proletarias y experiencia en la administración como Lenin esperó, en 1922, reducir las deformaciones burocráticas y mejorar el aparato soviético. *Un método explícitamente reformista*. Hoy, a la luz de la experiencia soviética posterior y sobre todo de la Revolución Cultural en China, podemos imaginar que otro camino era posible: una acumulación de fuerzas proletarias en la base, una concentración de experiencias y transformaciones de las tareas productivas *elementales*, preparando una transformación a pasos agigantados del aparato estatal, por medio de los movimientos de masas revolucionarias. ¿Era practicable tal orientación en las condiciones concretas de la Rusia de 1922? Es difícil responder a esta pregunta. Lo que es seguro, en todo caso, es que transgredía los límites más avanzados del pensamiento de Lenin y de los bolcheviques sobre las cuestiones fundamentales del sistema productivo y del aparato estatal en la época de la dictadura del proletariado. Subjetivamente, no era posible.

La concentración del esfuerzo proletario en el aparato del Estado (y del Partido) en detrimento de la base productiva tuvo importantes consecuencias para el desarrollo posterior de la formación soviética; lo mismo puede decirse de la evaluación extremadamente pesimista que Lenin hizo en 1921 y 1922 de la población que seguía empleada en las fábricas. Sin duda, había un elemento de exageración en las evaluaciones de Lenin —una exageración motivada por el deseo de subrayar la urgencia *política* de las tareas de reconstrucción económica, la única manera de reconstituir la base material de una clase obrera masiva. Y no disponemos de datos suficientemente precisos para analizar la composición histórica de la clase obrera rusa en 1921-1922. Pero cualesquiera que sean los detalles de esta composición concreta (¿era siquiera posible tener un conocimiento suficiente de ella, en este inmenso territorio volcado que salía de los años de guerra y revolución?), la evaluación de Lenin y la política de concentración en el aparato del Estado desempeñaron un papel objetivo duradero. Las consecuencias de ello pueden verse a la luz de los acontecimientos posteriores:

1. La idea de que lo mejor del proletariado había sido absorbido por el aparato del Estado soviético, las funciones de dirección administrativa y de represión (Cheka) podían, en cierta medida, preparar a la opinión pública para una autoridad excesiva e incontrolada desde abajo de estos nuevos aparatos políticos. Esto no es incompatible con la crítica extremadamente dura de Lenin al aparato administrativo heredado del pasado zarista y al mal funcionamiento de la administración soviética en su conjunto;

2. La caracterización muy pesimista de la población obrera de 1921 y 1922 que seguía trabajando en las fábricas planteaba evidentemente problemas inextricables de legitimidad para la renovación de la clase dominante, del Partido y del Estado: el contenido *concreto* de la dictadura del proletariado sería así objeto de agrios debates a lo largo de toda la NEP.¹⁶⁵

¹⁶⁵ Muchos ejemplos de ello pueden encontrarse en las encarnizadas discusiones del XIV Congreso del Partido Comunista (diciembre de 1925) sobre el reclutamiento de nuevos miembros del Partido. La oposición, agrupada en torno a la organización comunista de Leningrado dirigida entonces por Zinóviev y Kámenev, trató de aprovechar las corrientes obreras y las aspiraciones igualitarias nacidas de la NEP y la exasperación de una parte de las masas ante el resurgimiento del capitalismo: llamó a la incorporación masiva de nuevos trabajadores al Partido. La mayoría, agrupada en torno a Stalin y Bujarin, rechazó esta propuesta: bajo la apariencia de proletarianización, sería abrir las puertas del Partido a una masa de elementos recién llegados del campo, o de origen burgués y pequeñoburgués. La discusión sobre los «nuevos estratos del proletariado» ocupó un lugar destacado en los debates del Congreso. Bujarin intentó dar la vuelta a las críticas que ya se dirigían a la oposición por ser demasiado favorable al campesinado y a los kulaks: "Zinóviev habló de material obrero en bruto. ¿De dónde viene ese material? preguntó. ¿Es posible que no entienda de dónde viene? Viene del pueblo, camarada Zinóviev. No es difícil imaginar lo que puede ser. Ciertamente, Sarkiss (un partidario de la oposición que propuso la admisión masiva de obreros industriales en el Partido), que trabajaba en Bakú, no pensaba que su propuesta implicara una desviación campesina; sin embargo, eso es lo que es. Los opositores afirman que hemos cedido nuestras posiciones al elemento campesino pequeñoburgués, pero sus dos propuestas conducen precisamente a la capitulación ante la pequeña burguesía campesina [...]". (Discurso de Bujarin en el XIV Congreso, en *La Russie vers le socialisme, la discussion dans le Parti communiste de l'URSS*, París, 1926, p. 159). Krupskaya, que apoyaba a la oposición, insistía, por el contrario, en el aspecto proletario de las masas obreras, incluidos los elementos recién incorporados: "El

160

Ésta es también la raíz de la meticulosidad específicamente soviética a la hora de establecer el origen de clase, que fue particularmente característica de la época de Stalin. Diez o veinte años después de la Revolución, se juzgaba a un individuo no sólo por su propia biografía y sus acciones, sino también por la profesión y la posición política de sus padres, abuelos, tíos, etcétera. Parece basarse en el principio de que el origen social es, por excelencia, el dominio del camuflaje, las apariencias y las sustituciones: alguien que se cree obrero no lo es de nacimiento, alguien que dice ser campesino tiene conexiones kulaks, etc;

3. Por último, la caracterización pesimista de 1921-1922 lleva de forma bastante natural a considerar la *disciplina laboral* como una disciplina impuesta a un centro de reunión heterogéneo desde el punto de vista del origen y la posición de clase, y no como la *autoorganización* de la clase obrera. Esta fue la premisa implícita de todas las ofensivas autoritarias en el campo de la organización del trabajo en los años que siguieron a la muerte de Lenin. Del mismo modo, todas las ofensivas democráticas sobre esta cuestión están más o menos ligadas a una apreciación positiva del carácter proletario de las masas obreras. El análisis contradictorio de la clase obrera varía con la situación concreta y contribuye a determinar

proletariado -decía Lenin- se lanza con entusiasmo a la lucha por el socialismo", y no dudo de que sabrá asimilar las capas que ahora se le incorporan. No debemos exagerar los peligros a este respecto. (Ibid., p. 191.) El informe de Stalin concluye sobre la cuestión del Partido, subrayando su importancia, pero se mantiene cauto sobre las nuevas capas proletarias, a las que evita caracterizar. La resolución final del Congreso refleja la misma cautela: "El Congreso considera necesario [...] atenerse a una política de mejora de la calidad de la militancia del Partido, atrayendo cada vez más trabajadores a sus filas y aumentando constantemente la importancia de su núcleo proletario. Al mismo tiempo, [...] el Congreso rechaza toda política tendente a engrosar excesivamente las filas del Partido incorporando a él elementos semiproletarios que aún no han pasado por la escuela de los sindicatos y, en general, por las organizaciones proletarias". (Ibid., p. 362.) El hábil equilibrio de la resolución final muestra lo espinoso de la cuestión. Lo que se desprende, sin embargo, es la idea de que uno aprende a ser proletario ("la escuela de los sindicatos y [...] las organizaciones proletarias") en la Rusia de 1925: uno no es necesariamente proletario simplemente por el lugar que ocupa en las relaciones de producción.

posiciones contradictorias en cuanto a la organización del trabajo: *éste es uno de los procesos dialécticos que actúan en el desarrollo de la formación soviética*. La ruptura entre los distintos componentes de caracterización de clase – «ser de clase, origen de clase, posición de clase», para utilizar la rigurosa terminología de Mao Tse-tung–, ligada a la historia específica de los primeros años de la Revolución Soviética, nunca fue dominada sistemáticamente, lo que no hizo sino fortalecer sus tendencias subterráneas.

En 1929 y en los años siguientes –los años de la colectivización agraria y del Primer Plan Quinquenal– estas contradicciones volvieron a salir a la luz. La «dekulakización» («la abolición de los kulaks como clase») tuvo repercusiones en la organización del trabajo industrial, en la medida en que las fábricas se vieron inundadas de masas recién llegadas del campo. El rigor de la «ofensiva bolchevique» en el campo encontró su prolongación natural en la fábrica: los mecanismos formados durante la guerra civil y al inicio de la NEP volvieron a entrar en juego.¹⁶⁶

¹⁶⁶ En abril de 1929, en la XVI Conferencia del Partido, en uno de sus informes sobre el Plan Quinquenal, Kuibichev defendió una política muy firme en materia de disciplina del trabajo. Citó el artículo de Lenin de 1918, *Las tareas inmediatas del poder soviético*, y en particular los pasajes en los que Lenin pedía una «disciplina férrea durante el trabajo» y «la obediencia incondicional de las masas a la sola voluntad del dirigente del proceso de trabajo». Kuibichev basó explícitamente la ofensiva política para reforzar la disciplina laboral en la afluencia de trabajadores de las zonas rurales. «Para satisfacer las necesidades de una industria en expansión, era necesario, y lo sería aún más en el futuro, traer un número relativamente grande de trabajadores del campo». Pero precisamente «estos elementos, estos estratos de la clase obrera» eran, por regla general, los menos disciplinados, los menos capaces de disciplina laboral.» (E. Carr y R. W. Davies, *Foundations of a planned economy*, Pelican Book, 1974, p. 551). De ahí el tema, cada vez más común en la época, de una ofensiva *contra la ideología rural* en las fábricas: ¡una especie de «dekulakización» de la clase obrera! Sobre esta cuestión, véase *Smolensk à l'heure de Staline* (París, 1967), de Merle Fainsod, que reproduce documentos de los archivos de Smolensk:

«El 21 de febrero de 1929, el Comité Central del Partido envió una circular a todas las organizaciones del Partido, bajo el sello «prohibido publicar». El documento comenzaba refiriéndose al «deterioro de la disciplina laboral» en las fábricas, que atribuía principalmente a «la aparición en los centros de producción de nuevas capas de trabajadores, la mayoría de ellos vinculados al campo. Por eso adoptan

Más tarde se vio que la ruptura de la legitimidad proletaria en 1921-1922 llevaba en sí el germen tanto del nacimiento de una nueva aristocracia a partir del antiguo proletariado como de la posibilidad de prácticas represivas contra las masas trabajadoras.

Lenin indicó que la NEP, si bien permitiría un cierto renacimiento del capitalismo, posibilitaría sobre todo *la reconstitución del proletariado*. Pero la muerte interrumpió la obra de Lenin antes de que este nuevo proletariado pudiera tomar forma y hacer su entrada en la historia. ¿Cuál habría sido la política de Lenin hacia estas nuevas fuerzas obreras? ¿Qué instrumentos teóricos habría elaborado para analizar concretamente este fenómeno radicalmente nuevo: la producción de una nueva clase obrera en las condiciones específicas de una forma de dictadura del proletariado?

La evolución de la posición de Lenin sobre la cuestión *sindical* y la complejidad de sus análisis políticos, en el encarnizado debate que dividió al partido bolchevique sobre este tema a finales de 1920 y principios de 1921, nos permiten captar el rigor dialéctico con el que Lenin trató este tipo

con mayor frecuencia actitudes propias de la vida rural y se dejan dominar por consideraciones económicas egoístas [...]» (p. 342).

Un informe de la GPU de 1929, «Sobre la situación de la clase obrera en la región occidental», cita diversas manifestaciones de descontento y concluye:

«Tales actitudes pueden atribuirse en primer lugar a los obreros que están en contacto con la agricultura y que han empezado a trabajar recientemente en empresas industriales: no participan en absoluto en el esfuerzo de producción e influyen hasta cierto punto en los vacilantes [...]. En lo que se refiere a la competencia socialista organizada en las empresas [...] en muchos lugares hay una apatía y una despreocupación excepcionales [...]». (Fainsod, *ibíd.*, p. 346.)

Puede parecer extraño que la policía se erija en juez de las cualidades ideológicas y del nivel de esfuerzo productivo de las masas trabajadoras. Pero la Cheka, que se había convertido en la GPU, seguía presentándose como poseedora de una legitimidad proletaria - conferida por su origen, las condiciones de su nacimiento, su papel en la peligrosa fundación del nuevo Estado - que no reconocía en los recién llegados de la producción industrial. ¿Existe una «esencia proletaria» inalterable, no afectada por las variaciones de existencia y de lugar en la producción? Desde un punto de vista dialéctico, cualquier fenómeno puede transformarse en su contrario, y ninguna cosa tiene una naturaleza única e inmutable. Pero, en esta cuestión esencial de la caracterización de clase, la ideología bolchevique se debatió a tientas entre el método dialéctico y el método metafísico...

de cuestiones, y que, sin duda, habría aplicado de manera aún más profunda si hubiera tenido tiempo de abordar las contradicciones derivadas de la emergencia de una nueva fuerza obrera. Las contradicciones fundamentales entre la clase obrera productiva y el personal obrero de las estructuras estatales, administrativas y sindicales estaban ya –aunque de forma embrionaria en muchos aspectos– en el centro de los densos debates que precedieron poco antes a la NEP.

Fue sobre el tema de los sindicatos, y en polémica contra las simplificaciones de Trotsky y Bujarin, que Lenin declaró en el VIII Congreso de los Soviets en diciembre de 1920:

*"[Trotsky] afirma que, en un estado obrero, el papel de los sindicatos no es defender los intereses materiales y morales de la clase obrera. Esto es un error. El camarada Trotsky habla de un «Estado obrero». Pero esto es una abstracción. [...] De hecho, nuestro Estado no es un Estado obrero, sino un Estado obrero-campesino, eso es lo primero.*¹⁶⁷

[Pero eso no es todo [...]. Nuestro Estado es un Estado obrero con una deformación burocrática [subrayado de Lenin] [...]. Entonces, en un Estado que se ha formado en estas condiciones concretas, ¿los sindicatos no tienen nada que defender? ¿Podemos prescindir de ellos para defender los intereses materiales y morales del proletariado plenamente organizado? Desde un punto de vista teórico, este razonamiento es completamente falso.

*[Nuestro Estado es hoy tal que el proletariado plenamente organizado debe defenderse, y debemos utilizar estas organizaciones obreras para defender a los trabajadores contra su Estado, y para hacer que los trabajadores defiendan nuestro Estado. Estas dos defensas se llevan a cabo mediante una combinación original [...]."*¹⁶⁸

¹⁶⁷ Lenin corrigió esta formulación en *Pravda* el 21 de enero de 1921, aceptando la crítica de Bujarin sobre esta cuestión de definición: «Debería haberle dicho: un Estado obrero es una abstracción. En realidad, tenemos un Estado obrero, en primer lugar, con la particularidad de que es la población campesina y no la obrera la que predomina en el país, y, en segundo lugar, es un Estado obrero con una deformación burocrática.» (O.C., vol. 32, p. 41.)

¹⁶⁸ O.C., vol. 32, p. 16-17.

Estas indicaciones muestran que Lenin rechazaba el enfoque metafísico y mecanicista de esta cuestión fundamental: la caracterización proletaria del Estado soviético y de la clase obrera, y su relación. Y fue precisamente en el centro de la discusión sobre los sindicatos donde Lenin se lanzó a un debate filosófico con Bujarin sobre el método dialéctico (*A propósito de los sindicatos*, en O.C., vol. 32, pp. 67-109 – véanse en particular las pp. 93-96). Es precisamente en la naturaleza contradictoria de todos los objetos y fenómenos donde se centra la demostración de Lenin. Está claro que, a través del problema de los sindicatos, es el del desarrollo contradictorio de la clase obrera en la estructura soviética el que está en el centro del pensamiento de Lenin:

"La lógica formal [...] toma definiciones formales guiándose por lo que es más común, o lo que es con frecuencia más obvio, y se detiene ahí. Si, al hacerlo, tomamos dos o más definiciones diferentes y las yuxtaponemos de forma totalmente fortuita [...], obtenemos una definición ecléctica, que simplemente indica diferentes aspectos del objeto. La lógica dialéctica exige que vayamos más allá. Para conocer realmente un objeto, tenemos que abarcar y estudiar todos sus aspectos, todas sus conexiones y «mediaciones». Nunca podremos hacerlo en su totalidad, pero la necesidad de considerar todos los aspectos nos protege del error y del entumecimiento. Ése es el primer punto. Segundo: la lógica dialéctica nos exige considerar el objeto en su desarrollo, su «propio movimiento» (como dice a veces Hegel), su cambio [...]".¹⁶⁹

¿Fue este tratamiento dialéctico de las contradicciones asimilado por el pensamiento bolchevique tras la muerte de Lenin? Es cierto que un cuerpo doctrinal tomó forma en los años siguientes en la Unión Soviética bajo el nombre de «leninismo». Pero en los debates posteriores se hacía más referencia a las políticas concretas de Lenin que a su método. Se extrae la evaluación fechada de Lenin de un objeto particular o de una situación específica y se sitúa en un contexto concreto diferente, a menudo universalizado en detrimento del enfoque materialista y dialéctico de Lenin ante los problemas. Era un pensamiento vivo y, por tanto, necesariamente inacabado, que fue brutalmente interrumpido por la muerte en

¹⁶⁹ O.C., vol. 32, p. 94.

1924: el «leninismo» que nació en ese momento no era una extensión del pensamiento de Lenin, era otra cosa.

En términos de organización del trabajo, el momento de su interrupción es una pesada carga para su legado: La muerte de Lenin se produjo en un momento en que su concepción «tayloriana» del proceso de trabajo industrial (reducción a elementos simples y separación entre concepción y ejecución), que desde su punto de vista podía combinarse con grandes transformaciones democráticas e incluso fomentarlas, acababa de verse *sobredeterminada* por la decadencia de la clase obrera tras la guerra civil y la extensión de la dictadura del proletariado a amplios sectores de la población productiva industrial y urbana, considerados como no proletarios. Los límites del pensamiento bolchevique y de la formación social rusa, luego soviética, se unieron así a un nuevo giro autoritario ligado a las consecuencias de la guerra.

Al buscar en el taylorismo la simplificación del trabajo manual, que esperaba tanto que liberaría a la clase obrera al reducir significativamente la duración del trabajo que se había vuelto más productivo, como extendería las tareas productivas al conjunto de la sociedad en un futuro más o menos lejano, Lenin intentaba poner al servicio de la primera revolución proletaria duradera todo lo que su época le parecía haber producido que pudiera utilizarse con este fin.

Pero el taylorismo –o cualquier forma de organización del trabajo basada en principios similares– también trajo consigo la burocratización del proceso de trabajo y la exacerbación de la división entre trabajo manual e intelectual. Perpetuaba o acentuaba profundas contradicciones en el corazón mismo del sistema social: *en el aparato productivo*.

Lenin pasó gran parte de sus últimos años siguiendo la pista de «Oblomov»¹⁷⁰ en el aparato estatal soviético. Pero cuando Lenin desapare-

¹⁷⁰ Oblomov, nombre del personaje central de una famosa novela de Ivan Goncharov. El 6 de marzo de 1922, Lenin dijo en una reunión de obreros metalúrgicos comunistas:

"En su poema [...] Mayakovski ridiculiza las reuniones y se burla de los comunistas que no hacen más que sentarse y sentarse. No sé de poesía, pero en lo que se refiere a la política, puedo certificar que tiene toda la razón [...]. Solía haber un

ció y la NEP se afianzó, Oblomov, el ave fénix que siempre resurge de sus cenizas y el tenaz superviviente de todas las revoluciones pasadas, cobró nueva vida en las entrañas de la sociedad soviética: la obra, la mina, el taller, la fábrica...

personaje típico en Rusia: Oblomov. Se pasaba el día tumbado en la cama haciendo planes. Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Rusia ha pasado por tres revoluciones y, sin embargo, los Oblomov han permanecido, porque Oblomov no era sólo un terrateniente, sino también un intelectual, y no sólo un intelectual, sino también un obrero y un comunista. Basta vernos sentados, vernos trabajar en los comités, para decir que el viejo Oblomov sigue ahí, y que hay que lavarlo, limpiarlo, sacudirlo y golpearlo durante mucho tiempo para que salga algo de él". (O.C., vol. 33, pp. 226-227)

ANEXOS

Textos de Lenin (enero-marzo de 2023)

SOBRE EL COOPERATIVISMO¹⁷¹

I

Me parece que no se presta atención suficiente al movimiento cooperativo en nuestro país. No todos comprenden que ahora, a partir de la Revolución de Octubre, y a pesar de la NEP (por el contrario, en este sentido habría que decir: a causa de la NEP), nuestro movimiento cooperativo adquiere una gran significación. En los sueños de los viejos cooperativistas hay mucha fantasía; tanta, que a menudo resultan cómicos. ¿En qué consiste esta fantasía? En que la gente no comprende la significación funda-

¹⁷¹ Lenin se proponía detenerse en el problema del cooperativismo en su informe al X Congreso de toda Rusia de Soviets. En el plan del informe, que elaboró en la primera mitad de diciembre, anotó: "La Unión Central de Sociedades de Consumidores: su significación especial". Vladímir Ilich solicitó a L. M. Jinchuk, presidente de esa institución datos sobre la actividad del movimiento cooperativo. en enero de 1923 N. K. Krúpskaia solicitó para Vladímir Ilich literatura sobre cooperativismo; le fue enviado un conjunto de libros sobre el tema. Los artículos Sobre el cooperativismo y Nuestra revolución (A propósito de las notas de N. Sujánov) (véase el presente tomo, págs. 446-453 y 454-457) fueron entregados por N. K. Krúpskaia al Comité Central en mayo de 1923. El Buró Político aprobó el 24 de mayo la siguiente resolución: "Decidir la más rápida publicación de los artículos de Vladímir Ilich entregados por N. Konstantínovna, con la indicación de su fecha". El 26 de junio el Buró Político discutió el problema del cooperativismo a la luz del nuevo planteamiento en los artículos de V. I. Lenin.

Las ideas leninistas sobre la cooperación del campesinado sirvieron de base para la resolución del XIII Congreso del PC(b)R "Sobre el cooperativismo" y "Sobre el trabajo en el campo". "La línea fundamental del partido en cuanto a este problema, señaló el Congreso, fue indicada en el último artículo de Lenin Sobre el cooperativismo. Lenin expuso en este artículo el programa de desarrollo de la cooperación de la población rural, como medio fundamental de marcha hacia el socialismo en un país campesino... La actual situación del campo subraya con extraordinaria evidencia lo acertado del camino señalado por el camarada Lenin y exige la concentración de la atención fundamental del partido, en primer término en la cooperación del pequeño productor que deberá desempeñar un papel gigantesco en la tarea de la construcción del socialismo".

mental, esencial, de la lucha política de la clase obrera por derrocar la dominación de los explotadores. Nosotros hemos derrocado la dominación de los explotadores, y mucho de lo que era fantástico, incluso romántico, incluso trivial, en los sueños de los viejos cooperativistas, es ahora sencilla realidad.

En efecto, dado que el poder estatal está en manos de la clase obrera, dado que a este poder estatal le pertenecen todos los medios de producción, la única tarea que nos resta es organizar a la población en cooperativas. Con la mayoría de la población organizada en cooperativas, el socialismo, que antes despertaba justificadas burlas, sonrisas y actitudes desdeñosas por parte de quienes estaban convencidos, y con razón, de la necesidad de librar la lucha de clases, la lucha por el poder político, etc., logrará forzosamente su objetivo. Ahora bien, no todos los camaradas advierten la enorme, la infinita importancia que adquiere ahora organizar en cooperativas a la población de Rusia. Al adoptar la NEP hicimos una concesión al campesino en su calidad de comerciante, una concesión al principio del comercio privado; precisamente de ello emana (al contrario de lo que algunos creen) la inmensa importancia del movimiento cooperativo.

Lo que necesitamos, en síntesis, es organizar en cooperativas a la población de Rusia, en escala suficientemente amplia, bajo la NEP, pues ahora hemos encontrado el grado de conjugación del interés privado, del interés comercial privado, con la verificación y control de este interés por el Estado, el grado de su subordinación a los intereses generales, lo que antes constituyó un escollo para muchos socialistas. En efecto, el poder del Estado sobre todos los grandes medios de producción, este poder en manos del proletariado, la alianza de este proletariado con millones y millones de pequeños y muy pequeños campesinos, la garantía de que la dirección del campesinado la ejerce el proletariado, etc., ¿no es eso todo lo necesario para construir la sociedad socialista completa partiendo de las cooperativas, sólo de las cooperativas, que antes ridiculizábamos por mercantilistas y que ahora, bajo la NEP, merecen también en cierto modo el mismo trato? ¿No es eso todo lo necesario para construir la sociedad socialista comple-

ta? No es todavía la construcción de la sociedad socialista, pero sí todo lo necesario y suficiente para ello.

Pues bien, esta circunstancia misma es subestimada por muchos de nuestros militantes dedicados al trabajo práctico. Desprecian nuestras cooperativas, no comprenden su excepcional importancia, en primer lugar desde el punto de vista de los principios (la propiedad del Estado sobre los medios de producción), y en segundo lugar desde el punto de vista del paso al nuevo sistema por el camino más sencillo, más fácil y más aceptable para el campesino.

Y esto, una vez más, es de importancia fundamental. Una cosa es trazar planes fantásticos para construir el socialismo mediante todo tipo de asociaciones obreras, y otra aprender en la práctica a construir el socialismo de modo tal que cada pequeño campesino participe en ella. Esa es la etapa que hemos alcanzado ahora, y es indudable que, después de haberla alcanzado, la aprovechamos muy poco.

Al implantar la NEP fuimos demasiado lejos, pero no porque atribuímos demasiada importancia al principio de la empresa y el comercio libres; fuimos demasiado lejos porque perdimos de vista las cooperativas, porque ahora las menospreciamos, porque ya empezamos a olvidar la enorme importancia de las cooperativas desde los dos puntos de vista arriba indicados.

Me propongo ahora exponer al lector lo que puede y debe hacerse en la práctica y de inmediato, sobre la base del principio "cooperativo". ¿Con qué recursos es posible, y necesario, desarrollar de inmediato este principio "cooperativo", de modo tal que resulte claro para todos su significado socialista?

Es necesario organizar la cooperación políticamente, de suerte que no sólo represente en general y siempre ciertas ventajas, sino que estas ventajas sean de índole puramente material (interés bancario favorable, etc.). Se debe conceder a las cooperativas préstamos del Estado, superiores aunque sea en pequeña medida a los préstamos que se otorgan a las empresas privadas, incluso a la industria pesada, etc.

Todo régimen social necesita, para surgir, del apoyo financiero de una clase determinada. Huelga mencionar los centenares de millones de rublos

que costó el nacimiento del capitalismo "libre". Ahora debemos comprender, para obrar en consecuencia, que el régimen social al que hoy debemos prestar una ayuda extraordinaria es el régimen cooperativo. Pero hay que ayudarlo en el verdadero sentido de la palabra, es decir, no bastará interpretarlo como una ayuda similar a la que se presta a cualquier tipo de actividad cooperativa, sino que por ayuda debemos entender el apoyo al comercio cooperativo, en el cual deben participar en forma efectiva masas verdaderamente grandes de la población. Entregar una prima al campesino que participa en el comercio cooperativo es sin duda una forma acertada de ayuda, pero el problema es verificar el carácter de esa participación, verificar si es consciente, y verificar su valor. Cuando un cooperativista llega a una aldea y abre allí un almacén cooperativo, la población, a decir verdad, no participa; pero al mismo tiempo, y guiada por sus propios intereses; se apresurará a tratar de participar.

Este problema tiene otro aspecto. No nos queda mucho por hacer, desde el punto de vista de un europeo "civilizado" (ante todo que sepa leer y escribir) para inducir absolutamente a todos a que participen, no de manera pasiva, sino activa en las operaciones de las cooperativas. A decir verdad, nos resta "sólo" una cosa: lograr que nuestro pueblo sea tan "civilizado" como para comprender todas las ventajas que representa la participación de todos en la labor de las cooperativas, y para que organice esa participación. "Sólo" eso. Ninguna otra sabiduría se necesita ahora para avanzar hacia el socialismo. Mas para realizar ese "sólo" es preciso una verdadera revolución, un período de desarrollo cultural de todo el pueblo. Por lo tanto, nuestra norma debe ser: la menor cantidad posible de lucubraciones y vueltas.

En este sentido, la NEP es un progreso, pues se adapta al nivel del campesino más comente y no le exige nada superior. Pero se requerirá toda una época histórica para lograr que por medio de la NEP el conjunto de la población tome parte en la labor de las cooperativas; en el mejor de los casos lograremos esto en una o dos décadas. No obstante, será una época histórica distinta, y sin esta época histórica, sin terminar con el analfabetismo, sin un grado adecuado de eficiencia, sin preparar suficientemente a la población para que se acostumbre a recurrir a los libros, y sin

la base material para ello, sin lo suficiente, en cierta medida, para asegurarla, por ejemplo, contra las malas cosechas, el hambre, etc., sin esto no podremos alcanzar nuestro objetivo. Lo necesario ahora es aprender a combinar el amplio campo de acción revolucionario, el entusiasmo revolucionario que hemos revelado, y revelado ampliamente, y coronado con un éxito completo; aprender a combinar esto con (estoy casi dispuesto a decirlo) la habilidad necesaria para ser un comerciante inteligente y eficiente, lo que basta para ser un buen cooperativista. Cuando hablo de habilidad me refiero a la habilidad de ser un comerciante culto. Que lo entiendan bien los rusos, o los campesinos, que piensan: el que comercia es buen comerciante. Esto es por completo equivocado. Es cierto que comercian, pero de ahí a ser un comerciante culto hay mucha distancia. Comercian ahora al estilo asiático, pero para convertirse en un buen comerciante es necesario comerciar al estilo europeo. Están separados de eso por toda una época.

Termino: hay que otorgar a las cooperativas una serie de privilegios económicos, financieros y bancarios; en esto debe consistir el apoyo de nuestro Estado socialista al nuevo principio según el cual debe organizarse la población. Pero esto es sólo el bosquejo general de la tarea; no define ni describe en detalle todo el contenido de la tarea práctica, es decir, debemos encontrar qué forma de "prima" concederemos (y las condiciones en que la concederemos) por incorporarse a las cooperativas,, forma de prima que nos permita prestar ayuda suficiente a las cooperativas, forma de prima que preparará cooperativistas cultos. Y cuando existe la propiedad social de los medios de producción y cuando el proletariado ha triunfado como clase sobre la burguesía el sistema de cooperativistas civilizados es el sistema del socialismo.

4 de enero de 1923.

II

Cada vez que escribí acerca de la nueva política económica, cité siempre mi artículo de 1918 acerca del capitalismo de Estado¹⁷². Esto, en más de una ocasión, despertó dudas entre algunos camaradas jóvenes. Pero sus dudas giraban principalmente en torno de cuestiones políticas abstractas.

Les parecía que no se debía calificar de "capitalismo de Estado" a un régimen en el que los medios de producción pertenecen a la clase obrera, a una clase obrera que tiene el poder estatal. Sin embargo no advertían que utilicé la expresión "capitalismo de Estado", en primer lugar, para establecer la vinculación histórica entre nuestra posición actual y la posición adoptada en mi polémica contra los llamados comunistas de izquierda; también expuse entonces que el capitalismo de Estado sería superior a nuestra economía actual. Para mí era importante mostrar la continuidad entre el capitalismo de Estado común y el capitalismo de estado poco común, incluso muy poco común, al que me referí cuando introduje al lector en la nueva política económica. En segundo lugar, para mí siempre tuvo gran importancia el objetivo práctico. Y en relación con nuestra nueva política económica el objetivo práctico consistía en entregar concesiones, las cuales, sin duda alguna, en las condiciones imperantes en nuestro país, representarían un tipo puro de capitalismo de Estado. Así es cómo argumenté sobre el capitalismo de Estado.

Pero hay otro aspecto de la cuestión, en el cual podríamos necesitar el capitalismo de Estado, o por lo menos una equiparación con él. Se trata de las cooperativas.

No hay duda de que las cooperativas, en el Estado capitalista, son instituciones capitalistas colectivas. Tampoco hay duda de que en nuestras actuales condiciones económicas, cuando combinamos las empresas capitalistas privadas —pero sólo sobre la base de la tierra socializada, y sólo bajo el control del Estado obrero— con las de tipo efectivamente socialista (los medios de producción, la tierra en que se hallan las empresas y todas

¹⁷² V. I. Lenin, ob. cit., t. XXIX, "Infantilismo 'de izquierda y la mentalidad pequeñoburguesa'"

las empresas en conjunto pertenecen al Estado), surge el problema de un tercer tipo de empresas, las cooperativas, que antes no eran consideradas como un tipo independiente que se diferencie fundamentalmente de las otras. Bajo el capitalismo privado, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas lo mismo que las empresas colectivas se diferencian de las empresas privadas. Bajo el capitalismo de Estado, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas estatales, en primer lugar porque son empresas privadas, y en segundo lugar, porque son empresas colectivas. Bajo nuestro sistema actual, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas privadas porque son empresas colectivas, pero no se diferencian de las empresas socialistas si la tierra en que se hallan y los medios de producción pertenecen al Estado, es decir, a la clase obrera.

Esta circunstancia no la tenemos suficientemente en cuenta cuando se discute sobre las cooperativas. Se olvida que debido a los rasgos peculiares de nuestro régimen estatal, nuestras cooperativas adquieren una significación en verdad excepcional. Si dejamos a un lado las concesiones, que dicho sea de paso no han alcanzado en el país un desarrollo importante, en nuestras condiciones la cooperación casi siempre coincide plenamente con el socialismo.

Me explicaré. ¿Por qué eran fantásticos los planes de los viejos cooperativistas, a partir de Robert Owen? Porque soñaban con transformar pacíficamente la sociedad moderna en socialismo sin tener en cuenta problemas tan fundamentales como el de la lucha de clases, la conquista del poder político por la clase obrera, el derrocamiento de la dominación de la clase explotadora. Por eso tenemos razón cuando consideramos que ese socialismo "cooperativo" es puramente fantástico, y que es romántico y hasta trivial, el sueño de transformar a los enemigos de clase en colaboradores de clase y a la guerra de clases en paz de clases (la llamada paz civil) mediante la simple organización de la población en cooperativas.

Es indudable que teníamos razón desde el punto de vista de la tarea fundamental de la actualidad, ya que no se puede establecer el socialismo sin la lucha de clases por el poder político en el Estado.

Pero fíjense cómo han cambiado ahora las cosas, debido a que el poder estatal está en manos de la clase obrera, a. que el poder político de los explotadores ha sido abatido y todos los medios de producción (excepto los que el Estado obrero voluntariamente, por cierto tiempo y en determinadas condiciones, cede a los explotadores en forma de concesiones) pertenecen a la clase obrera.

Ahora tenemos el derecho de decir que para nosotros el simple desarrollo de la cooperación (salvo la "pequeña" excepción indicada más arriba) se identifica con el desarrollo del socialismo, y al mismo tiempo nos vemos obligados a reconocer que se ha producido un cambio radical en toda nuestra visión del socialismo. Este cambio radical consiste en que antes poníamos el acento fundamental, y así debía ser, en la lucha política, en la revolución, en la conquista del poder, etc. Ahora el acento cambia y se desplaza hacia el trabajo pacífico, organizativo, "cultural". Diría que el acento se desplaza hacia el trabajo educativo, si no fuera por nuestras relaciones internacionales, si no fuera porque tenemos que luchar en escala mundial por nuestra posición. Pero si dejamos esto a un lado y nos limitamos a las relaciones económicas internas, en realidad el acento de nuestro trabajo se desplaza hacia la educación.

Se nos plantean dos tareas principales, que constituyen la época. Una, reorganizar nuestro aparato, que no sirve en absoluto, y que recibimos íntegramente de la época anterior; en cinco años de lucha no lo reorganizamos drásticamente, y no podía ser de otro modo. Nuestra segunda tarea es el trabajo educativo entre los campesinos. Y el objetivo económico de este trabajo educativo entre los campesinos es organizar a éstos en cooperativas. Si se hubiera organizado a todos en cooperativas ahora nos afirmaríamos con ambos pies en terreno socialista. Pero organizar a todos en cooperativas presupone tal grado de cultura del campesino (precisamente del campesinado como inmensa mayoría de la población), que sin una revolución cultural esa organización no puede lograrse.

Nuestros adversarios nos dijeron más de una vez que emprendíamos una tarea temeraria al proponernos implantar el socialismo en un país insuficientemente culto. Pero ellos se equivocaron porque comenzamos por el extremo opuesto al que prescribe la teoría (la teoría de todo género

178

de pedantes) y porque en nuestro país la revolución política y social precedió a la revolución cultural, esa misma revolución cultural frente a la cual, no obstante, estamos ahora.

Esta revolución cultural sería hoy suficiente para convertir a nuestro país en un país completamente socialista, pero presenta inmensas dificultades, tanto de carácter puramente cultural (pues somos analfabetos) como material (pues para ser cultos debemos alcanzar cierto desarrollo de los medios materiales de producción, debemos tener cierta base material).

6 de enero de 1923.

Publicado por primera vez el 26
y 27 de mayo de 1923, en Pravda,
núms. 115 y 116.

Firmado: N. Lenin.

Se publica de acuerdo con la copia
mecanografiada de las notas del
secretario cotejada con el texto
del periódico.

NUESTRA REVOLUCIÓN

(A PROPÓSITO DE LAS NOTAS DE N. SUJÁNOV)¹⁷³

I

En estos días he hojeado las notas de Sujánov sobre la revolución. Salta a la vista sobre todo la pedantería de todos nuestros demócratas pequeñoburgueses y de todos los héroes de la II Internacional. Sin hablar de que todos son extraordinariamente pusilánimes, de que incluso los mejores de ellos se fortalecen con salvedades cuando se trata de la menor desviación del modelo alemán; sin hablar de este rasgo común a todos los demócratas pequeñoburgueses, y que se puso de manifiesto con suficiente elocuencia durante toda la revolución, lo que salta a la vista es su imitación servil del pasado.

Todos ellos se llaman a sí mismos marxistas, pero su concepción del marxismo es insoportablemente pedante. No han comprendido lo decisivo en el marxismo: su dialéctica revolucionaria. Incluso las claras indicaciones de Marx de que durante la revolución es necesario ser flexibles al máximo no las han comprendido en absoluto, e incluso les han pasado inadvertidas, por ejemplo, las manifestaciones de Marx en su correspondencia —creo que fue en 1856— cuando expresa la esperanza de que una guerra campesina en Alemania, capaz de crear una situación revolucionaria, se

¹⁷³ El artículo de Lenin *Nuestra revolución* fue escrito a propósito de los tomos tres y cuatro del libro *Notas sobre la revolución* del destacado menchevique N. Sujánov (1922). El Diario de los secretarios de Lenin, el 24 de diciembre de 1922 dice: "A Vladímir Ilich le sacaron el libro de Sujánov *Notas sobre la revolución*, tomos III y IV", y en la siguiente nota, del 29 de diciembre: "Los médicos le permitieron leer. Vladímir Ilich lee *Notas sobre la revolución* de Sujánov (tomos III y IV)". Lenin comenzó a dictar sus notas el 16 y continuó el 17 de enero de 1923. En el diario se lee el 17 de enero: "Vladímir Ilich llamó por media hora entre las seis y las siete. Leyó e introdujo correcciones en las notas acerca del libro de Sujánov sobre la revolución. Durante 10 o 15 minutos dictó la continuación de las mismas". El artículo fue entregado a la Redacción de Pravda por N. K. Krúpskaia sin título; la Redacción del diario le dio el título que tiene.

combine con el movimiento obrero. Llegan a eludir esta clara indicación y dan vueltas alrededor de ella como un gato en torno de un tazón de leche caliente.

Su conducta es la de cobardes reformistas que temen apartarse de la burguesía; más aún, romper con ella; y al mismo tiempo cubren su cobardía con la más desenfrenada fraseología y jactancia. Pero lo evidente en todos ellos, incluso desde un punto de vista puramente teórico, es su absoluta incapacidad para comprender las siguientes consideraciones marxistas: hasta ahora han visto un camino determinado de desarrollo del capitalismo y de la democracia burguesa en Europa occidental, y no están en condiciones de concebir que este camino pueda ser tomado como modelo sólo *mutatis mutandis*, sólo con ciertas correcciones (por completo insignificantes desde el punto de vista del desarrollo general de la historia mundial).

Primero: la revolución vinculada con la primera guerra imperialista mundial. En tal revolución debían aparecer rasgos nuevos, o variaciones, resultantes precisamente de la guerra, pues jamás conoció el mundo guerra semejante que tuviera lugar en una situación similar. Comprobamos que hasta ahora la burguesía de los países más ricos no ha logrado "normalizar" las relaciones burguesas después de la guerra. Mientras tanto, nuestros reformistas pequeños burgueses, que se dicen revolucionarios, consideraban y continúan considerando como límite (además, que no se puede pasar) las relaciones burguesas normales. E incluso su concepción de lo "normal" es extraordinariamente formal y estrecha.

Segundo: Les es por completo ajena la idea de que dentro de las leyes generales del desarrollo de la historia mundial no quedan en manera alguna excluidos, sino por el contrario, presupuestos, ciertos períodos peculiares de desarrollo, tanto en lo que hace a la forma como al orden de sucesión de ese desarrollo. Por ejemplo, no se les ocurre siquiera que Rusia, que se encuentra en la línea divisoria entre los países civilizados y los países que por primera vez son arrastrados de modo definitivo, por esta guerra, a la civilización —todos los países orientales, no europeos—, que Rusia debía manifestar ciertos rasgos distintivos, aunque acordes, claro está, con la línea general del desarrollo mundial, pero que diferencian su revolución

de todas las que se produjeron en los países de Europa occidental e introducen algunas innovaciones parciales al desplazarse la revolución a los países de Oriente.

Por ejemplo, no puede ser más vulgar el argumento, que aprendieron de memoria durante el desarrollo de la socialdemocracia en Europa occidental, de que nosotros no hemos madurado aún para el socialismo, de que —como se expresan ciertos "eruditos" señores que militan en sus filas— en nuestro país no existen las premisas económicas objetivas para el socialismo. A ninguno de ellos se les ocurre preguntarse: ¿Y un pueblo que se encontró en una situación revolucionaria como la que se creó durante la primera guerra imperialista? ¿No podía, influido por su situación sin salida, lanzarse a una lucha que le brindara aunque más no fuese algunas perspectivas de asegurar condiciones un tanto inusuales que le permitieran un más amplio desarrollo de la civilización?

"Rusia no ha alcanzado un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que haga posible el socialismo." Todos los héroes de la II Internacional, y entre ellos, por cierto, Sujánov, se empecinan en esta tesis. Repiten de mil maneras diferentes esta tesis indiscutible, que les parece decisiva para juzgar nuestra revolución.

Pero qué ocurre si la situación, que arrastró a Rusia a la guerra imperialista mundial en la cual estuvieron involucrados todos los países más o menos influyentes de Europa occidental y la hizo testigo de la víspera de las revoluciones que se estaban gestando o que parcialmente habían comenzado en oriente, originó circunstancias que pusieron a Rusia y su desarrollo en una posición que nos permitió alcanzar precisamente esa combinación de una "guerra campesina" con el movimiento obrero, sobre la que escribió en 1856 nada menos que un "marxista" como Marx como una de las posibles perspectivas para Rusia.

¿Qué ocurre si esta situación absolutamente sin salida, que multiplicó los esfuerzos de los obreros y campesinos, nos brindó la posibilidad de crear, de manera diferente que en todos los países de Europa occidental, los requisitos fundamentales de la civilización? ¿Ha cambiado a causa de ello la línea general de desarrollo de la historia mundial? ¿Ha cambiado la

correlación básica entre las clases básicas de todos los países que son o han sido arrastrados al curso general de la historia mundial?

¿Por qué entonces, si para construir el socialismo se requiere determinado nivel cultural (aunque nadie puede decir cuál es este determinado "nivel cultural", pues es diferente en cada país de Europa occidental), no podemos comenzar por la conquista, en forma revolucionaria, de los prerequisites para ese determinado nivel de cultura, y después, con ayuda del poder obrero y campesino y del sistema soviético, pasar a alcanzar a las demás naciones?

16 de enero de 1923.

II

Dicen ustedes que para construir el socialismo hace falta civilización. Muy bien. ¿Pero entonces por qué no podíamos crear primero tales prerequisites de civilización en nuestro país, como la expulsión de los terratenientes y los capitalistas rusos, y después iniciar el movimiento hacia el socialismo? ¿En qué libros han leído que es inadmisible o imposible semejantes variaciones del habitual orden de sucesión histórica de los acontecimientos?

Creo que Napoleón escribía: *On s'engage et puis... on voit*, que en traducción libre quiere decir: "Primero hay que entablar una batalla seria y después ver qué ocurre". Pues bien, nosotros entablamos en 1917, primero un combate serio, y después analizamos detalles de desarrollo (desde el punto de vista de la historia mundial son por cierto detalles) como la paz de Brest, la NEP, etc. Y hoy no cabe duda de que hemos triunfado en lo fundamental.

Nuestros Sujánov, sin hablar ya de los socialdemócratas que están más a la derecha, nunca soñaron siquiera que las revoluciones pueden hacerse de otra manera. Nuestros filisteos europeos nunca soñaron siquiera que las futuras revoluciones en los países orientales, que poseen una población mucho más vasta y una diversidad mucho más vasta de condi-

ciones sociales, presentarán sin duda rasgos aún más particulares que la revolución rusa.

No es necesario decir que el manual escrito siguiendo a Kautsky fue muy útil en su época. Pero ya es tiempo de renunciar a la idea de que en él se habían previsto todas las formas del desarrollo de la subsiguiente historia mundial. Y sería oportuno decir que quienes piensan de tal modo son simplemente tontos.

17 de enero de 1923.

Publicado el 30 de mayo de
1923 en el periódico Pravda, núm.
Firmado: Lenin.

Se publica de acuerdo con la copia mecanografiada
de las notas del secretario cotejada con el texto del periódico.

MÁS VALE POCO Y BUENO

En cuanto al problema de mejorar nuestro aparato estatal, la Inspección Obrera y Campesina no debe, en mi opinión, esforzarse por la cantidad ni apresurarse. Hasta ahora es tan poco lo que hemos podido reflexionar y ocuparnos de la calidad de nuestro aparato estatal, que sería legítimo cuidar de que su preparación fuese especialmente seria, de concentrar en la Inspección Obrera y Campesina un material humano de características realmente modernas, es decir, que no sea inferior a los mejores modelos de Europa occidental. Por cierto, esto es algo demasiado modesto para una república socialista, pero los primeros cinco años nos han llenado la cabeza de no poca desconfianza y escepticismo. Involuntariamente, influyen en nosotros esas cualidades, ante las que peroran demasiado o con demasiada ligereza, por ejemplo, sobre la "cultura proletaria": para empezar nos conformaríamos con una verdadera cultura burguesa; para empezar, podríamos prescindir de los tipos más tradicionales de la cultura preburguesa, es decir, de la cultura burocrática o feudal, etc. En los problemas de la cultura, lo más perjudicial es apresurarse y querer abarcar demasiado. Muchos de nuestros jóvenes escritores y comunistas deberían metérselo bien en la cabeza.

Pues bien, en cuanto al problema del aparato estatal, ahora debemos sacar de la experiencia anterior la conclusión de que sería mejor ir más despacio.

Nuestro aparato estatal es hasta tal punto deplorable, por no decir detestable, que primero debemos reflexionar profundamente de qué modo luchar contra sus deficiencias, recordando que esas deficiencias provienen del pasado, que, a pesar de haber sido radicalmente cambiado, no ha sido superado, no ha llegado a la etapa de una cultura que ha quedado en un lejano pasado. Planteo aquí precisamente el problema de la cultura, porque en esto debemos considerar como logrado sólo lo que se ha convertido en parte de la cultura, de la vida diaria y de las costumbres. Pero podemos decir que lo que hay de bueno en nuestro régimen social no fue profundamente meditado, comprendido ni sentido; que fue tomado al vuelo, sin

haberlo verificado ni ensayado, sin haberlo confirmado mediante la experiencia, sin haberlo consolidado, etc. Es claro que tampoco podía ser de otro modo en una época revolucionaria, y dada la rapidez vertiginosa del desarrollo que en cinco años nos llevó del zarismo al sistema soviético.

Es el momento de que corriamos esto. Debemos mostrar una saludable desconfianza hacia un avance demasiado rápido, hacia cualquier jactancia, etc. Debemos proponernos comprobar cada uno de los pasos hacia adelante que proclamamos cada hora, que damos cada minuto, y que luego, cada minuto, demostramos que son frágiles, inseguros y confusos. Lo más perjudicial en este caso sería apresurarnos. Lo más perjudicial sería creer que sabemos algo, aunque sea poco; o pensar que disponemos de una cantidad más o menos considerable de elementos para construir un aparato realmente nuevo, que realmente merezca el nombre de socialista, soviético, etc.

No, no tenemos tal aparato, e incluso los elementos del mismo que tenemos son ridículamente escasos, y debemos recordar que para crearlo no debemos escatimar tiempo y que necesitaremos muchos, muchos, muchos años.

¿Qué elementos tenemos para crear este aparato? Sólo dos. Primero, los obreros, entusiasmados por la lucha por el socialismo. Estos elementos no son suficientemente instruidos. Ellos quisieran proporcionarnos un aparato mejor. Pero no saben cómo hacerlo. No pueden hacerlo. No han alcanzado todavía el desarrollo y la cultura que son necesarios para esto. Y precisamente hace falta cultura. En esto nada se puede hacer de golpe, con una embestida con bríos o energía o, en general, con cualquiera de las mejores cualidades humanas. Segundo, tenemos elementos de conocimiento educación e instrucción que son ridículamente escasos, en comparación con todos los otros países.

Y aquí no debemos olvidar que aún somos demasiado propensos a compensar esos conocimientos (o creer que podemos compensarlos) con celo, apresuramiento, etc.

Para renovar nuestro aparato estatal es preciso que nos propongamos a toda costa: primero, estudiar; segundo, estudiar y tercero, estudiar, y después, comprobar que este conocimiento quede reducido a letra muerta

o a una frase de moda (y esto no hay por qué ocultarlo, nos ocurre con demasiada frecuencia) sino que se convierta realmente en parte de nuestro propio ser, que llegue a ser plena y verdaderamente un elemento íntegramente de la vida diaria. En una palabra, no debemos plantearnos las exigencias que se plantea la burguesía de Europa occidental, sino las exigencias que son dignas y adecuadas para un país que se ha propuesto convertirse en un país socialista.

Las conclusiones que deben sacarse de lo antedicho son las siguientes: tenemos que convertir a la Inspección Obrera y Campesina en un instrumento para mejorar nuestro aparato, en una institución realmente ejemplar.

Para que pueda alcanzar el nivel necesario, es preciso no olvidar la máxima: mide siete veces antes de cortar.

Para ello debemos utilizar lo mejor que tenemos en nuestro sistema social, y utilizarlo con el mayor cuidado, reflexión y conocimiento para crear el nuevo comisariato del pueblo.

Para ello debemos utilizar los mejores elementos que tenemos en nuestro sistema social: en primer lugar, los obreros avanzados y en segundo lugar los elementos realmente esclarecidos, por los cuales podemos responder que no darán crédito a las palabras, que no dirán una sola palabra contra su conciencia, que no temerán reconocer cualquier dificultad, que no temerán ninguna lucha para lograr el objetivo que seriamente se han propuesto.

Llevamos cinco años de ajetreo tratando de mejorar nuestro aparato estatal, pero ha sido un simple ajetreo, que en estos cinco años ha demostrado ser inútil, o incluso vano, o incluso nocivo. Este ajetreo creó la impresión de que trabajábamos, pero en realidad sólo entorpecía nuestras instituciones y nuestros cerebros.

Es preciso que por fin las cosas cambien.

Es preciso tomar como norma: mejor poca cantidad, pero mejor calidad. Es preciso tomar como norma: mejor dentro de dos años o aún de tres años, que apresurarse sin ninguna esperanza de formar un buen material humano.

Yo sé que esta norma será difícil de cumplir y aplicar en nuestras condiciones. Sé que la norma opuesta tratará dar algún paso mediante mil subterfugios. Sé que habrá que oponerle resistencia, que será necesaria una perseverancia diabólica, que en este aspecto el trabajo será, al menos durante los primeros años, infernalmente ingrato; y, sin embargo, estoy convencido de que sólo con este tipo de trabajo podemos lograr nuestro objetivo, y que sólo después de alcanzarlo podremos crear una república realmente digna de llamarse soviética, socialista, etc.

Es probable que muchos lectores hayan encontrado insignificantes las cifras que di como ejemplo en mi primer artículo¹⁷⁴. Estoy seguro de que se pueden hacer muchos cálculos para demostrar que esas cifras son insuficientes, pero considero que por encima de todo cálculo debemos poner otra cosa: nuestro interés por obtener una calidad realmente ejemplar.

Pienso que ha llegado por fin el momento de trabajar con toda seriedad en el mejoramiento de nuestro aparato estatal, el momento en que quizá lo más perjudicial sería apresurarse. Por eso quiero hacer una enérgica advertencia contra el abultamiento de esas cifras. En mi opinión, debemos, por el contrario, ser especialmente parcos con las cifras en este terreno. Hablemos con franqueza. El Comisariato del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina no goza en la actualidad de la menor autoridad.

Todos saben que no hay instituciones peor organizadas que las de nuestra Inspección Obrera y Campesina, y que en las condiciones actuales nada podemos esperar de este comisariato del pueblo. Es preciso tenerlo bien en cuenta, si en verdad queremos crear, dentro de unos años, una institución que, primero, debe ser ejemplar; segundo, debe inspirar a todos absoluta confianza y tercero, demostrar a todos que realmente hemos justificado la labor de una institución que ocupa una posición tan elevada como la Comisión Central de Control. En mi opinión, debemos eliminar inmediata e irrevocablemente todas las normas generales respecto de la cantidad de empleados. En lo que se refiere a los empleados de la Inspección

¹⁷⁴ “Cómo debemos reorganizar la inspección Obrera y Campesina (proposición al XII Congreso del partido”.

ción Obrera y Campesina, debemos seleccionarlos de un modo especial, y sólo sobre la base de las pruebas más rigurosas. ¿Qué objeto tendría, en efecto, crear un comisariato del pueblo cuyo trabajo se realizara de cualquier manera, que no inspirara la menor confianza, y cuya palabra no tuviese la menor autoridad? Pienso que nuestro principal objetivo, en el tipo de reorganización que ahora nos proponemos, debe ser evitar todo esto.

Los obreros que incorporemos como miembros a la Comisión Central de Control deben ser comunistas irreprochables; y pienso que será necesario hacer mucho todavía para enseñarles los métodos y objetivos de su trabajo. Además, debe haber un número determinado de secretarios para ayudar en este trabajo, a quienes debemos someter a una triple prueba antes de designarlos para esos cargos. Por último, los funcionarios que, en casos excepcionales, decidamos incorporar en seguida como empleados de la Inspección Obrera y Campesina tendrán que responder a las siguientes condiciones:

Primero: deben ser recomendados por varios comunistas;

Segundo: deben pasar un examen para comprobar sus conocimientos sobre nuestro aparato estatal;

Tercero: deben pasar un examen sobre los fundamentos de la teoría de nuestro aparato estatal, los fundamentos de la dirección, el trabajo de oficina, etc.;

Cuarto: trabajar en armonía con los miembros de la Comisión Central de Control y su secretariado, de manera tal que podamos responder por la labor de todo el aparato.

Sé que estas exigencias son extraordinariamente rigurosas, y mucho me temo que la mayoría de los colaboradores "prácticos" de la Inspección Obrera y Campesina las consideren irrealizables o las reciban con una sonrisa despectiva. Pero pregunto a cualquiera de los actuales dirigentes de la Inspección Obrera y Campesina, o a quienes están en contacto con ella, si me pueden decir honestamente cuál es la finalidad práctica de un comisariato del pueblo como la inspección Obrera y Campesina. Pienso que esta pregunta les ayudará a encontrar el sentido de la proporción. O no vale la pena hacer otra reorganización de las tantas que hemos tenido en un asunto tan irremediable como la Inspección Obrera y Campesina, o

bien es preciso plantearse de verdad la tarea de crear con métodos lentos, difíciles, no habituales, y comprobando innumerables veces esos métodos, algo realmente ejemplar, capaz de inspirar respeto a todos, no sólo porque sus títulos y categoría así lo exigen.

Si no nos armamos de paciencia, si no dedicamos a esta tarea varios años, más vale que no la emprendamos en absoluto.

En mi opinión, tenemos que seleccionar el mínimo entre los institutos superiores de trabajo, etc. que hemos cocinado, comprobar si están bien organizados y continuar el trabajo sólo de modo que esté realmente a la altura de la ciencia moderna y nos brinde todos sus beneficios. Entonces no será utópico esperar que al cabo de algunos años tengamos una institución capaz de cumplir sus funciones, es decir, trabajar en forma sistemática y permanente por mejorar nuestro aparato estatal, gozando de la confianza de la clase obrera, del Partido Comunista de Rusia y de toda la masa de la población de nuestra República.

Podrían empezarse desde ahora los preparativos para esta actividad. Si el Comisariato del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina aceptara este plan de reorganización, podría dar en seguida los pasos preliminares, y trabajar sistemáticamente hasta completar la tarea, sin apresurarse, y sin vacilar en modificar lo que ya se ha hecho.

Cualquier solución a medias sería en este caso muy perjudicial. Cualquier norma con respecto a los empleados de la Inspección Obrera y Campesina, basada en cualquier otra consideración, estaría en realidad basada en las viejas consideraciones burocráticas, en los viejos prejuicios, en todo lo que ha sido condenado y ridiculizado por todos, etc.

En esencia, el problema es el siguiente:

O demostramos ahora que realmente hemos aprendido algo sobre la construcción del Estado (no sería un pecado haber aprendido algo en cinco años), o bien que no estamos aún maduros para ello, y entonces no vale la pena acometer la tarea.

Pienso que con el material humano que tenemos no será inmodestia suponer que ya sabemos lo suficiente como para construir de nuevo y sistemáticamente, aunque sólo sea un comisariato del pueblo. Es verdad que

este único comisariato deberá servir de modelo para el conjunto de nuestro aparato estatal.

Debemos anunciar inmediatamente un concurso para compilar dos o más manuales sobre organización del trabajo en general, y sobre el trabajo de dirección en particular. Podemos tomar como base el libro de Ermanski, aunque —dicho sea entre paréntesis— el autor se distingue por su notoria simpatía hacia el menchevismo y no sirve para compilar un manual adecuado para el poder soviético. También podemos utilizar el reciente libro de Kérzhentsev; y por último, también pueden utilizarse parcialmente algunos de los manuales que ya tenemos.

Debemos enviar a algunas personas calificadas y honestas a Alemania o Inglaterra para reunir bibliografía y estudiar el problema. Y digo Inglaterra, en caso de que no fuera posible enviarlas a Estados Unidos o a Canadá.

Debemos designar una comisión para redactar un programa previo de exámenes para los aspirantes a empleados de la Inspección Obrera y Campesina; también para los candidatos a miembros de la Comisión Central de Control.

Estos y otros trabajos similares, no deberán, claro está, ocasionar dificultades al comisario del pueblo ni a los miembros de la dirección colectiva de la Inspección Obrera y Campesina, ni al presidium de la Comisión Central de Control.

Al mismo tiempo, habrá que designar una comisión preparatoria, que seleccione candidatos para el cargo de miembros de la Comisión Central de Control. Espero que para este cargo encontraremos ahora candidatos más que suficientes, tanto entre los colaboradores experimentados de todos los departamentos, como entre los estudiantes de nuestras escuelas soviéticas. No sería justo excluir de antemano a tal o cual categoría. Probablemente tengamos que preferir una composición muy variada para esta institución, en la que combinemos muchas cualidades y diferentes méritos, de modo que la tarea de confeccionar la lista de candidatos nos dará mucho trabajo. Lo menos deseable, por ejemplo, sería que el nuevo comisariato del pueblo estuviera constituido por gente de un tipo único, digamos, sólo por funcionarios, con exclusión de gente del tipo de los propagandistas, o de gente cuya principal cualidad sea la sociabilidad o la

capacidad de penetrar en círculos no habituales para esta clase de funcionarios, etc.

Creo que podré expresar mejor mi idea si comparo mi plan con las instituciones de tipo académico. Los miembros de la Comisión Central de Control deberán trabajar bajo la dirección de su presidium en el examen sistemático de todos los papeles y documentos del Buró Político. Además deberán distribuir acertadamente su tiempo entre las diversas tareas de análisis del trabajo de oficina de nuestras instituciones, desde las oficinas más pequeñas y particulares, hasta las instituciones estatales superiores. Por último, entre sus funciones estará incluido el estudio de la teoría, es decir, de la teoría de la organización del trabajo al que piensan dedicarse, así como la labor práctica, bajo la dirección de viejos camaradas o de profesores de los institutos superiores de organización del trabajo.

Pero creo que de ningún modo deberán limitarse a este tipo de trabajos académicos. Al mismo tiempo deberán capacitarse para otras tareas, que no vacilaría en llamar de preparación para la caza, no diré de granujas, sino de algo por el estilo; y para idear estratagemas especiales destinadas a disimular sus campañas, sus procedimientos, etc.

En las instituciones de Europa occidental semejantes proposiciones darían lugar a un terrible resentimiento, a un sentimiento de indignación moral, etc., pero confío en que nosotros no nos hemos burocratizado hasta ese punto. La NEP aún no ha tenido tiempo de ganar entre nosotros un respeto tal como para que uno pueda ofenderse ante la idea de que se pueda cazar a alguien. La construcción de nuestra República soviética es tan reciente y tenemos una cantidad tan enorme de trastos viejos, que a nadie se le ocurrirá ofenderse ante la idea de que recurramos a algunos ardides para resolver entre esos trastos o de que, mediante investigaciones orientadas a veces por un camino bastante indirecto, lleguemos a fuentes relativamente lejanas. Y si a alguien se le ocurriera ofenderse por eso, podemos estar seguros de que todos se reirían de él.

Confiemos en que nuestra nueva Inspección Obrera y Campesina dejará de lado eso que los franceses llaman pruderie* y que nosotros llamaríamos afectación ridícula o petulancia ridícula, que hace el juego a toda nuestra burocracia, tanto de los soviets como del partido. Dicho sea entre paréntesis, tenemos burócratas, no sólo en las instituciones soviéticas, sino también en las del partido.

Si antes dije que debemos estudiar, y estudiar en los institutos de organización superior del trabajo, etc., esto no significa de ningún modo que entiendo ese "estudio" al estilo escolar, o que mi idea se limite a un estudio al estilo escolar. Confío en que ningún revolucionario auténtico pueda sospechar de mí que, en este caso, rehuso entender como "estudio" alguna picardía, ciertas tretas, algún embrollo o algo por el estilo. Sé que en un Estado de Europa occidental, solemne y serio, esta sola idea provocaría verdadero horror, y ningún funcionario respetable aceptaría siquiera hablar de ella. Pero confío en que no estamos aún burocratizados y que la discusión de esta idea sólo puede divertirnos.

En efecto, ¿por qué no combinar lo útil con lo agradable? ¿Por qué no aprovechar cualquier picardía en broma o medio en broma, para revelar algo ridículo, algo dañino, algo semiridículo semidañino, etc.?

Me parece que nuestra Inspección Obrera y Campesina ganará mucho si se pone a examinar estas ideas, y que la lista de los casos por los que nuestra Comisión Central de Control o sus colegas de la inspección Obrera y Campesina han logrado alguna de sus victorias más brillantes se verá enriquecida por no pocas hazañas de nuestros futuros miembros de la Inspección Obrera y Campesina y de la Comisión Central de Control, en lugares que no es muy oportuno mencionar en manuales solemnes y graves.

¿Cómo se puede combinar una institución del partido con una institución soviética? ¿No hay en esto algo inadmisibile?

No planteo estos interrogantes en mi nombre, sino en el de aquellos a los que aludí antes, cuando dije que hay burócratas no sólo en nuestras instituciones soviéticas, sino también en las instituciones del partido.

¿Por qué entonces no combinar unas con otras, si es en interés de nuestro trabajo? ¿Acaso no advertimos todos que en el caso del Comisariato del Pueblo de Relaciones Exteriores, donde se ha hecho desde el comienzo mismo, tal combinación ha sido extraordinariamente útil? ¿Acaso no se discuten en el Buró Político desde el punto de vista de partido, muchos problemas grandes y pequeños, relativos a las "jugadas" con que respondemos a las "jugadas" de las potencias extranjeras, para evitar, digamos, sus ardidés, por no emplear una expresión menos decorosa? ¿No representa esta flexible combinación de lo soviético con lo partidario, una fuente de extraordinaria fuerza para nuestra política.

Creo que lo que ha probado su utilidad, lo que ha sido definitivamente adoptado en nuestra política exterior y ya forma parte de nuestras costumbres, hasta el punto de que no origina ninguna duda en este terreno, será por lo menos igualmente adecuado (y creo que será mucho más adecuado) para todo nuestro aparato estatal. Porque la Inspección Obrera y Campesina abarca todo nuestro aparato estatal, y su actividad concierne a todas las instituciones estatales sin excepción, tanto locales como centrales, comerciales, puramente administrativas, educacionales, de archivo, teatrales, etc.; en una palabra, a todas sin ninguna excepción.

¿Por qué, entonces, para una institución cuya actividad es de tan vastos alcances y que además requiere formas extraordinariamente flexibles, no se puede admitir un tipo peculiar de combinación de las instituciones de control del partido con una institución de control soviética?

No veo ningún obstáculo para esto. Aun más; creo que dicha combinación es la única garantía de éxito en nuestro trabajo. Pienso que todas las dudas al respecto surgen de los rincones más polvorientos de nuestro aparato estatal y que nuestra respuesta sólo puede ser ridiculizarlas.

Otra duda: ¿es conveniente combinar la actividad de estudio con la actividad en el desempeño de un cargo? Me parece que no sólo es conveniente, sino también necesario. Hablando en términos generales, hemos llegado a contagiarnos de toda una serie de los más dañinos y ridículos prejuicios de la forma del Estado de Europa occidental, a pesar de nuestra actitud revolucionaria hacia ella; y en parte nos los han contagiado deliberadamente nuestros queridos burócratas, con la intención de especular con que en el río revuelto de semejantes prejuicios lograrían más de una vez atrapar los peces; y pescaron tanto en ese río revuelto, que sólo quienes estaban ciegos no advertían la magnitud de esa pesca.

En las esferas de las relaciones sociales, económicas y políticas somos "terriblemente" revolucionarios. Pero cuando se trata de respetar el rango, de observar las formas y la labor administrativa, nuestro "revolucionarismo" es remplazado a menudo por la más rancia rutina. En más de una ocasión hemos observado el interesante fenómeno de que en la vida social, un gran salto hacia adelante se combina con una desmedida timidez ante los cambios más pequeños.

Y esto se comprende, porque los pasos adelante más audaces se han dado en un terreno que desde tiempo atrás pertenecía al ámbito de la teoría, se han dado en un terreno que en lo fundamental o casi exclusivamente, era cultivado en forma teórica. El hombre ruso, cuando estaba en su hogar, se alejaba espiritualmente de la odiosa realidad burocrática mediante especulaciones teóricas extraordinariamente audaces; y por eso, esas especulaciones teóricas extraordinariamente audaces adquirían en nuestro país un carácter extraordinariamente unilateral. La audacia teórica en las especulaciones generales corría pareja con una sorprendente timidez ante cualquier insignificante reforma administrativa. Se elaboraba con una audacia sin precedentes en ningún otro país una gran revolución agraria universal y, al mismo tiempo, faltaba imaginación para hacer una reforma administrativa de décima categoría; faltaba la imaginación o la paciencia para aplicar a dicha reforma las mismas tesis generales que daban resultados tan "brillantes" aplicadas a problemas generales.

Y por eso en nuestra vida actual se combinan en forma sorprendente rasgos de una increíble audacia y timidez de pensamiento ante los cambios más pequeños.

Pienso que las cosas ocurrieron del mismo modo en todas las revoluciones verdaderamente grandes, porque las revoluciones verdaderamente grandes se originan en las contradicciones entre lo viejo, entre lo que tiende a desarrollar lo viejo, y la más abstracta aspiración a lo nuevo, que debe ser tan nuevo como para no contener ni un ápice de lo viejo.

Y cuanto más radical sea la revolución, tanto más se prolongará el período en que se mantengan muchas de esas contradicciones.

El rasgo general de nuestra vida es ahora el siguiente: hemos destruido la industria capitalista, hemos tratado de destruir hasta sus cimientos las instituciones medievales y la propiedad terrateniente, y sobre esta base hemos creado un campesinado pequeño y muy pequeño, que sigue al proletariado porque tiene confianza en los resultados de la labor revolucionaria de éste. Sin embargo no nos será fácil apoyarnos sólo en esta confianza hasta el momento en que triunfe la revolución socialista en los países desarrollados, porque la necesidad económica, sobre todo bajo la NEP, mantiene la productividad del trabajo del campesinado pequeño y muy pequeño a un nivel extremadamente bajo. Además, también a causa de la situación internacional, Rusia ha sido arrojada hacia atrás y, en general, la productividad del trabajo del pueblo es hoy en nuestro país mucho más baja que antes de la guerra. Las potencias capitalistas de Europa occidental, en parte deliberadamente y en parte espontáneamente, hicieron cuanto estaba a su alcance para arrojarnos hacia atrás, para aprovechar los elementos de la guerra civil de Rusia, y arruinar al país en todo lo posible. Era precisamente esta forma de salir de la guerra imperialista la que parecía tener más ventajas: si no logramos derribar el sistema revolucionario en Rusia, por lo menos dificultaremos su avance hacia el socialismo; más o menos así razonaban esas potencias, y desde su punto de vista no podían hacerlo de otro modo. Como resultado solucionaron a medias su proble-

198

ma. No lograron derrocar el nuevo sistema creado por la revolución, pero tampoco le permitieron dar en seguida un paso adelante que justificara las previsiones de los socialistas, que permitiera a éstos desarrollar con enorme rapidez las fuerzas productivas, desarrollar todas las posibilidades que, en su conjunto, habrían producido el socialismo, demostrar a todos y a cada uno en forma evidente y palpable que el socialismo encierra gigantesca fuerza, y que la humanidad ha entrado en una nueva etapa de desarrollo, cuyas perspectivas son extraordinariamente brillantes.

El sistema de relaciones internacionales, que se ha formado ahora es tal, que en Europa un Estado, Alemania, ha sido esclavizado por los países vencedores. Además, debido a su victoria varios Estados, los más antiguos de occidente, están en condiciones de hacer algunas concesiones insignificantes a sus clases oprimidas, concesiones que retardan el movimiento revolucionario en esos países y crean una apariencia de "paz social".

Al mismo tiempo, muchos otros países de Oriente: India, China, etc., también a causa de la última guerra imperialista, se ven apartados por completo de sus cauces normales. Su desarrollo se ha orientado definitivamente por la línea general capitalista europea. En ellos ha comenzado la efervescencia que es general en Europa. Y para todo el mundo es claro ahora que han sido involucrados en un desarrollo que conducirá a una crisis en todo el capitalismo mundial.

En este momento, pues, se nos plantea el siguiente problema: ¿podremos mantenernos con la producción de nuestro campesinado pequeño y muy pequeño, en el actual estado de ruina, hasta que los países capitalistas de Europa occidental completen su desarrollo hacia el socialismo? Pero lo están completando de un modo diferente del que esperábamos antes. No lo están completando mediante la gradual "maduración" del socialismo, sino mediante la explotación de unos países por otros, mediante la explotación del primero de los países vencidos en la guerra imperialista, combinada con la explotación de todo oriente. Por otra parte, a causa de la primera guerra imperialista, oriente se ha incorporado definitivamente al movimiento revolucionario, ha sido arrastrado definitivamente al torbellino general del movimiento revolucionario mundial.

¿Cuál es la táctica que esta situación impone a nuestro país? Sin lugar a dudas, la siguiente: debemos manifestar extrema prudencia para poder conservar nuestro poder obrero, para mantener bajo su autoridad y dirección a nuestros campesinado pequeño y muy pequeño. Tenemos la ventaja de que todo el mundo se incorpora ahora al movimiento que dará origen a la revolución socialista mundial. Pero también tenemos la desventaja de que los imperialistas han logrado dividir al mundo en dos campos, y que esta división se complica por que Alemania, país de desarrollo capitalista realmente avanzado y culto, se ve ante infinitas dificultades para resurgir. Todas las potencias capitalistas del llamado occidente le dan picotazos y le impiden resurgir. Por otra parte, a todo oriente, con sus centenares de millones de trabajadores explotados, reducidos a una vida que apenas puede llamarse humana, le han sido impuestas condiciones tales, cine sus fuerzas físicas y materiales no pueden compararse siquiera con las fuerzas físicas, materiales y militares de cualquiera de los Estados mucho más pequeños de Europa occidental.

¿Podremos librarnos de un próximo conflicto con estos Estados imperialistas? ¿Podemos esperar que las contradicciones internas y los conflictos entre los Estados imperialistas prósperos de occidente y los Estados imperialistas prósperos de oriente nos den una segunda tregua, al igual que la primera vez, cuando la contrarrevolución de Europa occidental se lanzó a una cruzada para apoyar a la contrarrevolución rusa, y fracasó a causa de las contradicciones existentes en el campo de los contrarrevolucionarios de occidente y oriente, en el campo de los explotadores orientales y occidentales, en el campo de Japón y Estados Unidos?

Creo que la respuesta a esta pregunta debe ser que la solución depende de muchísimos factores, y que sólo se puede prever el desenlace de la lucha en su conjunto, basándose en que, en fin de cuentas, la inmensa mayoría de la población del mundo es preparada y educada para la lucha por el propio capitalismo.

El desenlace de la lucha depende, en definitiva, de que Rusia, India, China, etc., constituyen la inmensa mayoría de la población del globo. Y esta mayoría es la que se va incorporando en los últimos años, con extraordinaria rapidez, a la lucha por su liberación, de modo que en este senti-

200

do no puede haber la menor duda sobre cuál será la solución definitiva de la lucha mundial. En este sentido, la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente asegurada.

Pero lo que nos interesa no es la inevitabilidad de la victoria definitiva del socialismo. Nos interesa la táctica que nosotros, el Partido Comunista de Rusia, nosotros, el gobierno soviético de Rusia, debemos seguir para impedir que los Estados contrarrevolucionarios de Europa occidental nos aplasten. Para asegurar nuestra existencia hasta el próximo conflicto militar entre el occidente imperialista contrarrevolucionario y el oriente nacionalista y revolucionario, entre los países más civilizados del mundo y los países sumidos en un atraso de tipo oriental, que sin embargo constituyen la mayoría, es preciso que esa mayoría llegue a ser civilizada. Nosotros tampoco tenemos suficiente civilización para pasar directamente al socialismo, aunque tenemos para ello las premisas políticas. Debemos adoptar la siguiente táctica, o seguir la siguiente política para salvarnos.

Debemos tratar de construir un Estado en el cual los obreros sigan dirigiendo a los campesinos, conserven la confianza de los campesinos, y en el que, por medio de la mayor economía, se elimine de sus relaciones sociales toda huella de lo que sea superfluo.

Debemos lograr el máximo de economía en nuestro aparato estatal. Debemos eliminar de él todas las huellas de lo superfluo, que heredamos en gran cantidad de la Rusia zarista, de su aparato burocrático capitalista.

¿No será esto el reinado de las limitaciones campesinas?

No. Si logramos que la clase obrera siga dirigiendo al campesinado, podremos, mediante estrictas economías en la vida de nuestro Estado, utilizar todo ahorro para el desarrollo de nuestra gran industria maquinizada, para el desarrollo de la electrificación, de la extracción hidráulica de la turba, para terminar la construcción de la central hidroeléctrica de Vóljov, etc.

En esto y sólo en esto residen nuestras esperanzas. Sólo entonces podremos, hablando en sentido figurado, apearnos de un caballo para montar otro, pasar del mísero caballo campesino, del mujjik, del caballo de una economía calculada para un país campesino arruinado, al caballo que el

proletariado está buscando y debe buscar: el caballo de la gran industria maquinizada, la electrificación, la central hidroeléctrica de Vóljov, etc.

Así es como vinculo en mi pensamiento el plan general de nuestro trabajo, de nuestra política, de nuestra táctica, de nuestra estrategia, con las tareas de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada. Esto, en mi opinión, justifica el cuidado excepcional, la atención excepcional que debemos prestar a la Inspección Obrera y Campesina, para llevarla a un nivel excepcionalmente alto, para darle una dirección con derechos de Comité Central, etc., etc.

Todo esto se justifica porque sólo tendremos la seguridad de mantenernos si depuramos a fondo nuestro aparato y reducimos al máximo todo lo que no es absolutamente indispensable en él. Estaremos además en condiciones de mantenernos, no al nivel de un país pequeño campesino, no al nivel de la limitación general, sino a un nivel que se elevará incesantemente hacia la gran industria maquinizada.

Estas son las elevadas tareas que sueño para nuestra Inspección Obrera y Campesina. Es por esto que planeo la fusión del organismo más autorizado del partido con un comisariato del pueblo "corriente".

2 de marzo de 1923.

Právda, núm. 49, 4 de marzo de 1923.

Firmado: N. Lenin.

Se publica de acuerdo con el ejemplar mecanografiado de las notas del secretario, cotejadas con el texto del periódico.

Obras publicadas:

La mitad del cielo – Claudie Broyelle
Obras escogidas, Vol. 1 – Évald Iliénkov
La guardia roja conquista China – Robinson Rojas
Obras escogidas, Vol. 2 – Évald Iliénkov
Las luchas de clases en la URSS (1930-1941): Los dominados – Charles Bettelheim
Ensayos sobre la teoría marxista del valor – Isaak Rubin
Notas sobre Wagner y Manuscritos (1861-1863) – Karl Marx
Obras escogidas, Vol. 3 – Évald Iliénkov
El comunismo ante la cuestión LGTB+ – VV.AA.
El debate soviético sobre la ley del valor – VV.AA.
Lógica dialéctica – Évald Iliénkov
Dialéctica de lo concreto y otros escritos – Karel Kosík
Conciencia y revolución en la filosofía soviética – David Bakhurst
Sobre la génesis de «El capital» de Marx – Roman Rosdolsky
Estrategia y táctica en Marx y Engels – Bambirra, Dos, Santos
Estrategia y táctica en Lenin – Bambirra, Dos, Santos
Marx, marginalismo y sociología moderna – Simon Clarke
La dialéctica, seguido de Anexos – Ramón Valls Plana
Las luchas de clases en la URSS (1930-1941): La nueva clase dominante – Bettelheim
Hegel contra la sociología – Gillian Rose
Historia del marxismo, Vol. 1: El marxismo en tiempos de Marx (I) – VV.AA.
La danza de la dialéctica – Bertell Ollman
Cuento suprematista sobre dos cuadrados en seis construcciones – El Lissitzky
Historia del Partido Comunista Chino (1921-1949) – Jacques Guillermez
Historia del marxismo, Vol. 2: El marxismo en tiempos de Marx (II) – VV.AA.
Lenin, los campesinos y Taylor – Robert Linhart
Lenin, seguido de Anexos – Vladimir Maiakovski

NOTA

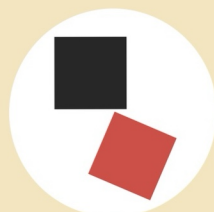
Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:
info@doscuadrados.com

En *La danza de la dialéctica*, el filósofo marxista Bertell Ollman nos ofrece un estudio sistemático, a través de un conjunto de artículos, de la cuestión de la dialéctica. Ollman busca un acercamiento accesible, inteligible y su forma directa, e incluso divertida, de escribir nos permite aprehender las ideas del libro de una forma agradable. Esto no quita que su estudio sea sistemático y esté muy bien fundamentado con referencias.

Ollman hablará de la teoría de las Relaciones Internas como base de la concepción dialéctica de la realidad: contra un acercamiento aislado y fracturado, Ollman buscará un enfoque integrador en el que prioriza estudiar las relaciones de lucha y contradicción dentro de las totalidades sociales. En toda su obra busca ser fiel a la tradición marxista pero cargándola de ejemplos, reflexiones y desarrollos propios: algunos son más acertados que otros –y queremos dejar a quienes lean este libro este trabajo de reflexión–, pero no cabe duda de que están bien fundamentados y contruidos.

En el blog personal de Ollman podemos encontrar artículos que van desde la filosofía del baloncesto hasta la concepción de las clases sociales en Marx. También fue creador de un juego de mesa, *Class struggle*, en el que un bando representa a la burguesía, y vence cuando llega a la barbarie; y otro bando representa al proletariado, venciendo cuando llega al socialismo.



EDICIONES
DOS CUADRADOS